

MARIAH STONE

EL AMOR DEL
VIKINGO

AL TIEMPO DEL VIKINGO

Una novela romántica de
viajes en el tiempo



EL AMOR DEL VIKINGO

AL TIEMPO DEL VIKINGO

LIBRO CUATRO

MARIAH STONE

TRADUCIDO POR
CAROLINA GARCÍA STROSCHEIN



Copyright © 2024 Mariah Stone

Todos los derechos reservados.

La siguiente es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, lugares y eventos que se mencionan en ella son producto de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier similitud con personas vivas o muertas, negocios, empresas, sucesos o tiendas que existan en la actualidad o hayan existido en el pasado es puramente casual.

Título original: *Viking's Love* © 2023 Mariah Stone

Traducido al español de Latinoamérica

Traducción: Carolina García Stroschein

Diseño de portada: Qamber Designs and Media

ÍNDICE

[Consigue un libro de Mariah Stone gratis](#)

[Otras Obras de Mariah Stone](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Epilogo](#)

[Consigue un libro de Mariah Stone gratis](#)

[Otras Obras de Mariah Stone](#)

[¿Te ha gustado el libro? ¡Puedes marcar la diferencia!](#)

[Acerca del Autor](#)

CONSIGUE UN LIBRO DE MARIAH STONE GRATIS

¡Únete al boletín de noticias de la autora en <https://mariahstone.com/es/> para recibir contenido exclusivo, noticias de nuevos lanzamientos y sorteos, enterarte de libros en descuento y mucho más!

OTRAS OBRAS DE MARIAH STONE

DUQUES Y SECRETOS

Vendida al duque (precuela)

La bella y el duque

La falsa prometida de lord Libertino

Duque por conveniencia

La apuesta de lord Canalla

AL TIEMPO DEL HIGHLANDER (NOVELA ROMÁNTICA HISTÓRICA)

Sineag (precuela)

[La cautiva del highlander](#)

[El secreto de la highlander](#)

[El corazón del highlander](#)

[El amor del highlander](#)

[La navidad del highlander](#)

[El deseo del highlander](#)

[La promesa de la highlander](#)

[La novia del highlander](#)

[El protector de la highlander](#)

[El reclamo del highlander](#)

[El destino del highlander](#)

[Reunión de Navidad](#)

AL TIEMPO DEL VIKINGO (NOVELA ROMÁNTICA HISTÓRICA):

La tentación del vikingo (precuela)

[El deseo del vikingo](#)

[El reclamo del vikingo](#)

[La novia del vikingo](#)

[El amor del vikingo](#)

[La cautiva del vikingo](#)

AL TIEMPO DEL PIRATA:

[El tesoro del pirata](#)

[El placer del pirata](#)

¡Más libros nos esperan en 2024!

*Para M y M.
Siempre.*

CAPÍTULO ÚNO

B uskeland, Noruega, julio de 874 d. C.

EN EL GRAN SALÓN se oían los vítores y las risas. Mientras avanzaba hacia el asiento elevado de su padre, Kolbjorn se sintió liviano, como si acabara de beber una jarra de cerveza. Sin embargo, no era el alcohol lo que le producía entusiasmo en el estómago anudado, sino la esperanza.

La temporada de saqueo había ido bien, y el gran salón estaba atestado de guerreros que comían y bebían, intercambiaban anécdotas y cantaban canciones de borrachera. En el aire pendían los aromas a verduras cocidas, carne asada y miel fermentada. En el exterior hacía un día claro, pero allí dentro reinaban las penumbras. La luz provenía de las llamas de las lámparas de aceite que colgaban de los pilares tallados con lobos entrelazados. El lobo era el animal del clan de *jarl* Bjorn.

Kolbjorn pasó por delante de las mesas y los bancos del gran salón y varios hombres lo saludaron. Al pasar, les hizo un gesto con la cabeza. Muchos de ellos le habían salvado la vida en varias oportunidades durante los saqueos de los últimos años. Modolfr, su mejor amigo y hermano de armas, le tomó el brazo y lo jaló para que se sentara en el banco al lado de él.

—Hermano —le dijo e hizo un gesto para que un esclavo llenara un cuerno de beber. El aliento le apestaba a hidromiel y no podía sostener la taza firme—. Quiero beber por ti. Has ganado cada batalla en Pictland. Me has salvado el pellejo al menos tres veces. Odín no dejaba de cuidarte, hermano.

Los otros hombres asintieron con la cabeza al oír a Modolfr. Una calidez se le extendió por el estómago ante el afecto y la aprobación de su amigo más cercano. Kolbjorn se rio y miró hacia donde se encontraba su padre, el *jarl* Bjorn. La calidez desapareció como si la hubiera ahuyentado una ventisca invernal. Al parecer, todos lo aprobaban, excepto la única persona que en verdad le importaba. Kolbjorn negó con la cabeza.

—No bebo. Comeré con ustedes luego de averiguar para qué me llamó mi padre.

Modolfr bajó la cabeza.

—¿Crees que al fin te reconocerá como su verdadero hijo? Si no lo hace luego de esta temporada de saqueos, no sé cuándo lo hará. Gracias a ti, tiene más plata que Njord agua.

Kolbjorn tragó un nudo duro que se sintió como una piedra.

—No exageres.

Modolfr miró con el ceño fruncido a los dos semidioses rubios que se encontraban sentados

al lado del *jarl*. Eran sus hijos nacidos del matrimonio con su difunta esposa. Llevaban puestas unas costosas *brynjas* que destellaban bajo la luz de las llamas.

—Pues, de seguro te fue mejor que a esos dos cerdos. Lo único que hicieron fue alardear delante del *jarl*.

Kolbjorn sintió una ira tormentosa en la sangre al pensar en Alfarr y Ebbe. ¿Cuántas veces había apartado a Alfarr de mujeres que gritaban mientras Ebbe no hacía nada? ¿Y su padre? Se limitaba a mirarlos a los tres como si fueran niños jugando con espadas de madera. Alfarr y Ebbe insultaban a Kolbjorn cuando nadie los veía, y había tenido que reprimir la ira, a pesar de que lo que más había deseado era enseñarles una lección. El *jarl* Bjorn nunca lo defendía ni se ponía de su lado. Además, no les ponía ningún límite a Alfarr y Ebbe, pero Kolbjorn tenía que seguir el código de honor al pie de la letra: debía actuar con coraje, grandeza, fuerza, lealtad, generosidad, integridad y respeto.

Aun así, no era lo suficientemente bueno. Bastaba una palabra mala acerca de Kolbjorn para que perdiera cualquier oportunidad de alcanzar lo que deseaba más que a su próximo aliento: convertirse en el hijo legítimo de su padre, convertirse en un Bjornsson. Entonces sería el siguiente *jarl*. Sospechaba que sus medios hermanos tenían intereses muy distintos en ese asunto.

Una, la criada, le rozó el brazo con los pechos mientras le servía hidromiel en el cuerno.

—¿Por fin comienzas a beber, Kolbjorn? Dime si quieres que me asegure de que no huyas volando esta noche como un cuervo a la merced del viento tormentoso.

Era hermosa. Tenía unas trenzas de color rubio rojizo, ojos verdes y labios carnosos. Olía a heno y flores, y algo dulce y femenino que le despertaba el deseo. Pero también le producía tristeza. Se había acostado con varias mujeres que acudían a él por voluntad propia para compartir su cama y darle placer. Y, aunque tenía su propia casa, no se casaría hasta poder darles un nombre honorable a sus hijos. Además, todavía no sabía lo que era sentir el cariño y el cuidado de una mujer. Le sonrió a Una y le pasó el cuerno a Modolfr.

—Aún no bebo, Una. —Miró a su padre, que se volvió a él y le hizo un gesto para que se acercara. Unas agujas se le clavaron en la piel. Quizás había llegado el momento.

—Guárdame un buen trozo de ese jabalí, Una. —Se puso de pie del banco y asintió con la cabeza hacia el asador—. Voy a querer carne, sin importar si regreso con noticias buenas o malas.

Kolbjorn pasó la pierna por el banco, se levantó y caminó hacia su padre. El *jarl* Bjorn era un hombre grande y aún joven como para acabar con la vida de muchos guerreros en una batalla. Era la imagen ideal de un *jarl*: poderoso y alto, con una orgullosa barba dorada bien acicalada y trenzada. Kolbjorn tenía la altura y contextura física de su padre, pero debía haber heredado el cabello castaño y los ojos pardos de su madre. Se preguntaba si el mismo Freyr, el dios del sol naciente y la fertilidad, había bendecido a la línea legítima de su padre, aunque la madre de Alfarr y Ebbe les había asegurado a todos que había sido Odín. El día en que nació Alfarr, un cuervo había entrado volando al gran salón y caminó hacia ella, y fue entonces cuando entró en trabajo de parto. La mañana del día en que Ebbe nació, el amanecer había destellado como si se hubiera derramado sangre por el cielo. Kolbjorn se preguntaba cómo habría sido el día en que había nacido, pero jamás lo sabría.

Se detuvo delante de su padre bajo su mirada pesada. Y, a pesar de que no era un hombre pequeño, ni mucho menos uno cobarde, un escalofrío lo recorrió como una brisa por aguas calmas.

—Kolbjorn, hijo, siéntate —le ordenó su padre.

Con un gesto, señaló la silla a su lado, y Kolbjorn la ocupó. Alfarr y Ebbe susurraron algo y

le arrojaron unas miradas asesinas. Era la primera vez que Kolbjorn se sentaba en la mesa de honor desde la que su padre reinaba, recibía invitados, negociaba e impartía castigos. Allí era donde se sentaba la familia. ¿Acaso Kolbjorn era parte de esa familia ahora? La pregunta hizo que se le acelerara la respiración.

—Los llamé para discutir un asunto importante.

Kolbjorn se acercó.

—¿Recuerdan que visitamos al rey danés, Eirik, este verano? Bueno, ha ocurrido algo. Necesito la ayuda de su ejército y rápido. Quiero que los suecos sepan que no pueden venir a invadirnos.

Kolbjorn frunció el ceño. Eso no era lo que esperaba oír, pero el hecho de que su padre discutiera asuntos políticos con él hizo que se le llenara aún más el pecho de esperanza.

—¿Has oído rumores, padre? —le preguntó Kolbjorn—. ¿Acaso planean atacarnos?

—Cierra el pico, bastardo. No es asunto tuyo —dijo Alfarr contra el cuerno.

Su padre alzó una mano.

—Silencio, Alfarr. Necesito la ayuda de Kolbjorn.

Alfarr negó con la cabeza y bebió el resto del hidromiel. A Kolbjorn le latía el corazón acelerado en los oídos. Esa era la primera vez que su padre lo había defendido. Sonaba demasiado bueno para ser cierto.

—Bueno, Kolbjorn, la alianza con el rey Eirik también involucra grandes rutas comerciales y más riquezas de las que jamás imaginé. Puede que un día me convierta en rey. ¿Te gustaría que tu padre fuera un rey?

Kolbjorn tragó con dificultad. No le importaba si su padre era un *jarl* o un rey.

—Me gustaría que fueras un rey si eso es lo que deseas.

—Sí. Lo deseo más que nada en el mundo. Y, para lograrlo, debo impresionar a Eirik. Quiero crear joyas que podamos vender por más plata y oro de lo que obtendríamos saqueando. Las tierras del sur nos ofrecerán grandes pagos por esas joyas, y es un negocio mucho más rentable que los saqueos. Invité al mejor joyero del norte para que venga a trabajar aquí. Jamás ha habido alguien más habilidoso que él. Según cuentan, se instruyó con los enanos. Quiero que ustedes dos lidien con el rey danés a mi lado, Alfarr y Ebbe. Para asegurarme una amistad y una alianza, debo darle el mejor regalo que haya recibido. Eirik vendrá para las fiestas de Yule, junto con muchos otros *jarls*. El regalo debe estar listo antes de su llegada.

Yule era el festival de invierno, que se celebraría en seis meses. Kolbjorn apretó tanto la mandíbula que creyó que se rompería los huesos.

—Quieres que Alfarr y Ebbe te ayuden a impresionar al rey, pero ¿qué necesitas de mí, *jarl*?

Bjorn apoyó la mirada pesada en él durante un instante y, si Kolbjorn estaba en lo cierto, vio un destello de pena en los ojos de su padre que le produjo una ola de ira.

—Necesito que estés al frente de los saqueos durante el resto de esta temporada y toda la siguiente, para llevarle al joyero una montaña de plata, oro y piedras preciosas más alta que él mismo. Necesito que hagas lo que mejor se te da, Kolbjorn: saquear y luchar.

A Kolbjorn se le dilataron las fosas nasales. Sabía a dónde iba eso. Si no iba a lidiar con el rey, eso quería decir que nada cambiaría para él. Tenía que saber si estaba en lo correcto.

—¿Me reconocerás como tu hijo legítimo?

Las palabras se le escaparon delante de los tres como si fueran los huesos de la bolsa de un hechicero, y, mientras aguardaba una respuesta de lo que el destino tenía en puerta para él, no pudo respirar.

—Padre, no lo puedes reconocer como hijo legítimo —chilló Alfarr—. Este mestizo, el hijo

de una esclava, no puede ser nuestro hermano.

—Esa no es tu decisión. —*Jarl* Bjorn apretó la mano en un puño—. Puedo hacer lo que quiera.

—Padre, tienes más sentido común que esto. Prometérselo es arrojarle un buen hueso a un perro, pero no puedes estar pensando en convertirlo en un Bjornsson de verdad.

El *jarl* apretó los labios y frunció el entrecejo.

—Alfarr, cierra la boca. —Miró a Kolbjorn a los ojos—. No puedo permitir que un bastardo lidie con el rey —dijo en voz baja.

Kolbjorn sintió que el rostro se le quedaba sin sangre. Era un tonto. Alfarr y Ebbe se codearon y se rieron, pero a Kolbjorn no le pudieron importar menos sus insultos. Alfarr tenía razón. Era un perro al que su padre atraía con un hueso.

—Quiero que hagas lo que mejor se te da, que saquees —continuó su padre—. Todavía no te puedo aceptar en la familia, pero si continúas trabajando duro y mostrándole tu dedicación al clan del lobo, lo reconsideraré, Kolbjorn. Te lo prometo.

Kolbjorn asintió con la cabeza y, sin decir más nada, se marchó del lado de su padre y del gran salón. Salió al exterior fresco del día tras ignorar los gritos de sus amigos y hermanos de armas para que se uniera a ellos.

Debía de ser un tonto, y lo era aún más por saberlo y seguir guardando esperanzas. Pero en sus veinticinco años de vida jamás había habido nada que deseara más que convertirse en un verdadero Bjornsson.

Por más que las posibilidades fueran diminutas, lo haría. Pondría el mundo patas para arriba con tal de conseguir la aprobación y el cariño de su padre y, al final, su aceptación en la familia. Haría que Bjorn se sintiera orgulloso.

CAPÍTULO DOS

C hicago, septiembre de 2018

RACHEL SE SENTÓ en uno de los bancos en Navy Pier y observó a su madre y su hermano alejarse. A pesar de que hacía un día caluroso, el hielo que sentía en los huesos se expandió. Su madre tenía un brazo envuelto alrededor de los hombros anchos de James para darse apoyo.

Kendra se había vuelto una sombra de la artista vibrante y radiante que había sido hacía seis años. El cabello caoba se le había vuelto castaño claro, y había reemplazado los atuendos coloridos por desgastadas camisetas y pantalones deportivos. Tenía el cuerpo más delgado que un fósforo, y la piel blanca, húmeda y pegajosa. El único objetivo diario que tenía era vivir hasta la siguiente mañana.

La cita con el médico esa mañana había conmocionado a Rachel hasta la médula.

—Encontramos un tumor canceroso en el tejido renal de tu riñón izquierdo, Kendra —había dicho el doctor Khatri—. Al estar en la etapa final de la insuficiencia renal, podrías sobrevivir con diálisis, como lo has hecho durante los últimos años, pero ahora que estamos hablando de cáncer... Lo siento mucho, pero mi diagnóstico es que te quedan seis meses de vida como máximo. Si no recibes un trasplante de riñón, eso es lo mejor que podemos esperar.

La temperatura corporal de Rachel debió de haber bajado unos cuantos grados.

—¿Cómo recibiré un riñón? —había preguntado.

—Como sabemos que los riñones de tus hijos no son una opción, debes inscribirte en la lista de espera para un trasplante. La cirugía y la medicación costarán alrededor de doscientos mil dólares. Como no tienes seguro médico, no podemos hacer nada por más que haya un donante, a menos que puedan reunir los fondos necesarios.

Los dedos de Rachel rozaron un hueco en el banco laqueado de paneles de madera, y un aguijonazo doloroso la devolvió al presente. Se quitó la astilla y soltó el aliento. El lago Michigan destellaba bajo el sol radiante y cegaba a los transeúntes, pero Rachel tenía la mirada clavada en un espacio vacío. Una brisa suave transportó los aromas a palomitas y *pretzels* de canela.

Habían ido a Navy Pier después del hospital para distraerse y pensar en una solución, pero la desesperación se había aferrado a ellos como una segunda piel. Al poco tiempo, a su madre le había agarrado mucho calor, y James la había llevado a casa.

Rachel les había dicho que, como tenía que ir a trabajar en breve, no tenía sentido volver a

casa en los suburbios. Lo cierto era que su trabajo de camarera era lo último que tenía en la mente. Luego de seis años de temor, de aguardar un milagro y de tener las esperanzas hechas añicos, sintió cómo su apocalipsis personal le respiraba en la nuca. Ese sería el día en que perdería a la persona a la que era más allegada en todo el mundo. Hacía once años, había perdido a la persona que siempre la había hecho sentir segura y protegida: su padre. Sin embargo, no había muerto. Peor aún, se había marchado.

Rachel recordaba cómo le había dolido todo el cuerpo con el dolor de la pérdida. En ese momento, solo había tenido once años, y fue entonces cuando comenzó a proteger su corazón. Porque si algo similar le volvía a ocurrir, temía que no podría recuperarse. Como si perdiera a su madre. Excepto que, en esta ocasión, Rachel podía impedirlo. Solo necesitaba doscientos mil dólares.

Gruñó por dentro ante la imposibilidad de conseguir esa suma de dinero. Bajo ninguna circunstancia podría hacer esa suma de dinero trabajando como camarera. Tampoco guardaba ninguna esperanza de ganar la lotería.

La conversación de tres ancianas, que debían de haberse sentado al lado de ella en el banco mientras divagaba, la hizo volverse a la derecha.

—¿Te encuentras bien, querida? —le preguntó una de las ancianas. Las tres habían dejado de tejer para mirarla fijo. Tenían un aspecto similar, como si fueran hermanas. Lo único que era diferente era el color de sus prendas: lila, verde pistacho y azul celeste.

Rachel se aclaró la garganta. Había pasado mucho tiempo desde que alguien le había preguntado si se encontraba bien.

—Estoy bien.

La que estaba más cerca de ella la estudió a través de unas gafas redondeadas.

—No te ves muy bien. —Tenía un acento europeo. ¿Sería alemán? —A veces, la vida te da una solución y tienes que actuar. No tienes ni idea de la aventura que tienes por delante.

Las otras dos intercambiaron unas sonrisas elocuentes y comenzaron a guardar los tejidos en sus cestas.

—Gracias —masculló Rachel anonadada. ¿Quién le decía ese tipo de cosas a una desconocida? ¿O la habría oído mal? La mujer le guiñó un ojo a Rachel, y las tres se marcharon.

Algo de oro destelló en el banco al lado de ella. El sol se reflejaba sobre el objeto y le hizo doler los ojos un instante. Entrecerrándolos, miró al costado para encontrar la fuente de ese brillo. A su lado, había un huso de oro que parecía salido de un cuento de hadas. ¿Cómo se llamaba ese cuento para niños? ¿Algo así como *La bella durmiente*? Rachel giró la cabeza para ver mejor.

El huso tenía unos bordes muy afilados, casi tan delgados como unas agujas. Era difícil de creer que, en efecto, fuera de oro, pero los años que había pasado observando a su madre trabajar en la forja de una joyería le había entrenado el ojo para detectar un metal precioso cuando lo veía. La superficie brillante estaba entallada con patrones ondulados y un sin fin de ramas de árboles, bestias con las mandíbulas abiertas y dientes afilados. La palabra «vikingo» se le vino a la mente.

Rachel tragó con dificultad al tiempo que una capa de sudor le cubría la nuca y se llevaba la mano al colgante de plata que su madre le había hecho cuando nació. Tocar el colgante siempre le daba alivio en momentos de estrés. Tenía una cadena sencilla y delicada que resultaba única, un pendiente ovalado con su nombre tallado con elegante caligrafía.

¿Acaso las ancianas se habían olvidado el huso? Casi se puso de pie lista para correr tras ellas y devolvérselos, pero algo la detuvo. Podía quedárselo, y nadie lo sabría. Parecía pesar al

menos trescientos gramos. ¡Eran trescientos gramos de oro! La mente se le aceleró haciendo cálculos. La última vez que había averiguado, el gramo de oro valía cuarenta dólares. ¡Si lo multiplicaba, ganaría doce mil dólares! ¡No estaba pensando en robar! Había sido honesta toda la vida, siempre había hecho lo correcto. Pero ¿a dónde la había llevado eso?

El huso estaba a una distancia prudencial... sencillamente podría estirar la mano y tomarlo. Rachel echó un vistazo alrededor y vio que no había nadie más cerca como para notarlo. Tampoco veía a las tres ancianas. Si lo hacía, no habría vuelta atrás. Sería una ladrona. Pero la idea de perder a su madre, hizo que se quedara sin aliento. Cuando su padre se marchó, le había dolido todo: cada célula, cada cabello y cada pestaña. Perder a su madre sería su fin.

Rachel se acercó al huso. El corazón le latía como si alguien la hubiera golpeado en el pecho con un mazo de madera. Al tiempo que movía la mano hacia el huso, estaba empapada de sudor. Podía sentir el frío del metal a pesar del sol.

—Que Dios me ayude —susurró. Y con el estómago hundido, cubrió el huso con la mano y lo ocultó debajo de la chaqueta.

Sin embargo, en cuanto tocó el metal, el mundo a su alrededor desapareció. La cabeza le dio vueltas como si estuviera en una lavadora, la piel le dolió y todo el cabello del cuerpo se le erizó. Algo la absorbió, como si un tornado acabara de descender solo para ella.

A través del terror y el pánico, un pensamiento se le vino a la mente: «¿Este es mi castigo? ¿Estoy muriendo?».

Luego no hubo más nada.

CAPÍTULO TRES

Buskeland, Noruega, septiembre de 874 d. C.

RACHEL SINTIÓ unas gotas frías que le azotaban el rostro. Abrió los ojos bajo la luz grisácea de un día de lluvia. Estaba recostada en el suelo y, a su alrededor, varios pinos se alzaban hacia el cielo como lanzas, con ramas verdes que se ceñían sobre ella como un cielorraso oscuro. Inhaló el dulce aroma a hojas compostadas y tierra húmeda.

El cuerpo le dolía. Los brazos y las piernas le temblaban con pequeños espasmos. El cálido y soleado Navy Pier había desaparecido, y un frío se le colaba por las prendas y le calaba los huesos. Pero no fue hasta que oyó algo en la distancia que la hizo quedar alerta que la sangre le regresó a los dedos. El corazón se le aceleró en el pecho. Eran animales que mugían, balaban y graznaban. No podía estar en Chicago. Entonces, ¿dónde estaba?

Se sentó erguida y se llevó la mano al cuello en busca del colgante. Al sentir la forma calmante del relicario bajo los dedos, tomó una profunda bocanada de aire. Al lado de ella había una gran piedra tallada, el dibujo parecía el círculo grande e irregular de unas vías férreas acompañado con varias runas.

Para su sorpresa, comprendió lo que decían las runas: «Esta piedra fue erguida para Odín, Thor y Freyja y para las tres nornas que rigen el destino de las personas. El tiempo es la respuesta.». Negó con la cabeza. ¿Qué diablos significaba eso? ¡Más desconcertante aún era el hecho de que comprendiera las palabras!

Miró alrededor y, a una distancia de donde se encontraba, colina abajo, por un sendero visiblemente transitado a pie, había unas casas de madera alargadas, sin ventanas y con techos de paja. Varias voces provenían de esa dirección. Más allá de la aldea, vio una serpiente de agua gigante que se curvaba entre las montañas altas y unos barcos vikingos amarrados en el muelle.

Rachel sintió una vibración en la piel, y el pánico le cerró la garganta hasta producirle dolor. ¿Cómo había llegado allí? Lo último que recordaba era haber robado el huso de oro y una sensación de ser absorbida... ¿Hacia dónde? ¿Acaso era como Dorothy y se encontraba en la tierra vikinga de Oz?

Rachel se obligó a tomar una profunda bocanada de aire y luego otra más. ¿Dónde estaba el huso? Miró alrededor del césped, en los arbustos y detrás de la piedra, pero no se veía por ningún sitio. Una voz de la aldea se oyó más cerca que antes. Rachel se quedó congelada y, tras recuperarse, corrió hacia el bosque.

Se apoyó contra el tronco de un pino hiperventilando y con el pulso tan desaforado que la ensordecía. Sentía como si hubiera aterrizado en una pesadilla o en una extraña realidad virtual. Necesitaba encontrar una forma de regresar a Chicago. Si pensaba con lógica, quizás alguien había tomado el huso sin verla y lo había llevado a la aldea. Inspiró hondo y exhaló.

Se apartó del árbol y avanzó entre el bosque colina abajo en dirección a las casas. Al cabo de un tiempo, llegó a la primera casa de la aldea y se apoyó contra la pared, que se sentía dura contra los dedos y olía a madera, alquitrán y leña.

Echó un vistazo desde la esquina, a través de las ramas de un arbusto. Más lejos, entre más casas, había algo que parecía una plaza central en la que la gente se detenía a hablar delante de puestos con mercaderías. Uno de ellos tenía joyas. Rachel entrecerró los ojos para ver si podía divisar el huso de oro, pero desde esa distancia lo único que veía era hierro y plata.

Los hombres llevaban puestas túnicas, unos pantalones holgados y unos calcetines que les llegaban hasta las rodillas y sostenían en sitio con unos lazos envueltos alrededor de las piernas. Tenían unas capas de lana y piel de animal sobre los hombros cerradas con broches de plata. Muchos de ellos tenían espadas y hachas en los cinturones, y Rachel sintió un cosquilleo en la nuca al ver las armas. Las mujeres llevaban unos vestidos largos y rectangulares con unos tirantes y también tenían broches de hierro y plata.

Parecía que el cabello de la gente era de diferentes tonos de rubio, desde color miel oscuro hasta casi blanco. Si ponía un pie sobre la calle, iba a sobresalir con la moderna chaqueta negra, los vaqueros y el cabello caoba. ¡Todo eso se veía tan extraño! Era como si Rachel hubiera aparecido en el plató de una película histórica.

Con el estómago hundido y las piernas temblorosas, gateó alrededor del borde de la edificación y se mantuvo agachada. El suelo estaba húmedo y embarrado y se le pegaba a las suelas de los zapatos. Cuando alguien salió de la casa, se volvió a ocultar entre los arbustos.

—Cuídalas con tu vida, Kolbjorn —dijo un hombre en voz baja.

Rachel estaba jadeando tanto que se tuvo que cubrir la boca con la mano por temor a que la oyeran. Vio a dos hombres de pie: eran unas montañas gigantes de músculos. El que había hablado le daba la espalda y tenía el cabello rubio a la altura de los omóplatos. Estaba parado con las piernas separadas, una mano en el mango del hacha que le colgaba del cinturón. Todo en su postura decía a gritos que era alguien poderoso.

—Me sorprende que me lo pidas a mí y no a tus hijos legítimos, padre —dijo el más joven—. Querías que ellos lidien con el joyero y el rey.

Al verlo, el tiempo se congeló. Kolbjorn... Qué nombre más extraño y hermoso. Era más alto que el hombre mayor, pero tenía la misma contextura poderosa y unos hombros que parecían piedras. Llevaba el ondulado cabello castaño corto, una barba corta de color chocolate que le cubría la parte inferior del rostro. Rachel sintió el impulso de tocarla para ver si sería suave o dura al tacto.

Con esos ojos avellanados y los pómulos altos, podría ser una estrella de cine en su mundo... sin importar en qué mundo se encontrara en ese momento. Todas las células de su cuerpo lo estudiaron. Lo que la dejaba sin aliento era el modo en que se movía: la espalda erguida, el ceño fruncido y los ojos entrecerrados clavados en el hombre que tenía delante.

Había algo en él que le resultaba demasiado familiar y pensó que debía de ser una roca, un hogar y un protector. Sintió que podía confiar en él. «Ay, pero ¿qué dices? ¿Por qué deberías confiar en él?». No lo había visto nunca en su vida y, si todo salía bien, nunca más volvería a verlo tampoco. No necesitaba otra persona a la que cuidar.

—Para lidiar, sí, hijo. Pero no hay nadie en quien confíe más que en ti para mantener las

joyas a salvo. En especial, estas joyas de oro y plata. Para ser sincero, eres mucho mejor guerrero que tus medios hermanos, y sé que preferirías morir antes que decepcionarme, ¿no?

Rachel tenía las palmas cubiertas de sudor. Joyas de oro vikingas... ¿Podría el huso encontrarse entre ellas?

Kolbjorn enderezó los hombros al tiempo que el rostro se le iluminaba lleno de determinación.

—Lo haré, padre.

—Muy bien. Bueno, solo nos quedan cuatro meses hasta la fiesta de Yule, y el joyero está trabajando sin parar. Deberíamos tener suficiente como para asegurarnos de que el rey quiera ser nuestro aliado. El colgante de las auroras boreales hará que hasta la misma Freyja quiera convertirse en la concubina del rey.

El hombre mayor se rio y le dio una palmada en el hombro a Kolbjorn.

—Vamos a comer. Puedes dejar el cofre. Nadie sabe que está allí, y nadie pensaría en robarle nada al guerrero más peligroso de Noruega a plena luz del día.

A Rachel le pareció que algo sonaba raro en esa relación. Sin embargo, no era asunto suyo. Mientras los dos gigantes se alejaban por la calle, una pequeña parte de ella no quiso que Kolbjorn se alejara.

Cuando se encontraron lejos, se enderezó. Tenía que entrar a buscar el huso, pero el estómago le dio un vuelco de solo pensarlo. Dio vuelta a la esquina y avanzó hasta la puerta. Era probable que no hubiera más nadie allí, pero llamó a la puerta con la mano temblorosa para asegurarse de no llevarse ninguna sorpresa. Si alguien respondía, diría que estaba buscando a una anciana con el cabello blanco a la que le gustaba tejer.

Como eso no sucedió, abrió la puerta despacio y echó un vistazo al interior. Estaba oscuro, y la única luz provenía de un fuego casi apagado en el alargado hogar que ocupaba el centro de la casa. Olía a leña, paja y polvo... y algo más. Algo masculino.

Las paredes estaban cubiertas con espadas, hachas, escudos y armaduras de cuero. Varios cascos yacían sobre los cofres de madera que había contra una pared. Rachel se dirigió a los cofres con el estómago revuelto. Quizás el huso de oro se encontraba dentro de uno. Levantó una tapa, pero solo vio prendas y pieles. El siguiente tenía utensilios de cocina. Pero el tercero...

Los contenidos destellaron dorados en la luz tenue del fuego. Había colgantes, pendientes, collares, broches, anillos y anchos brazaletes que probablemente le quedarían bien a un hombre. Rachel hundió las manos en el cofre y sintió el metal frío y afilado contra los dedos al tiempo que tomaba dos puñados como una pirata.

Acercó las manos a la luz para estudiar los detalles de las joyas. La mayoría de las piezas no tenían piedras valiosas, pero algunas tenían ámbar. Las joyas consistían en bucles enredados de plata y oro, cabezas de bestias haciendo muecas, ramas onduladas y retorcidas, cuerpos de serpientes, patrones de hojas, puntos distribuidos con minuciosidad y microscópicas espinillas sobre la superficie suave. No eran simétricas, como las joyas modernas que se hacían con máquinas. Cada pieza era única, como si la hubiera confeccionado una persona diferente.

Podría vender esas joyas por mucho dinero en subastas de antigüedades. Ese día, Rachel se había convertido en una ladrona. Y, ahora que había cruzado esa línea, parecía más fácil dar el siguiente paso. Eso era lo que salvaría a su madre.

Rachel se llenó los bolsillos de la chaqueta. Tomó todas las piezas, aunque la culpa le formó varios nudos en el estómago. ¿Qué le pasaría a Kolbjorn? No, no podía pensar en eso. Su vida no pendía de ningún hilo. Su madre necesitaba ese tesoro más que él.

Al ver el cofre vacío, se volvió a escabullir hacia la puerta y echó un vistazo al exterior.

Ahora que tenía los bolsillos llenos de joyas robadas, sentía como si estuviera caminando en puntas de pie. No había encontrado el huso, pero era demasiado peligroso buscarlo. Tenía que largarse de ese lugar.

Regresaría al bosque y ocultaría todo allí. Luego intentaría pensar en un plan más sólido. No serviría de nada que la atraparan con los bolsillos llenos de joyas robadas. Tenía la sensación de que el padre de Kolbjorn no sería muy indulgente.

Por fortuna, la calle seguía vacía. Salió y dio la vuelta para tomar el sendero colina arriba por el bosque. Pero su suerte llegó a su fin. Kolbjorn apareció por detrás de una de las casas.

Se miraron a los ojos un instante. Al verlo, se quedó sin aliento. No se pudo mover, y el mundo a su alrededor desapareció. Solo existió él, ella y la eternidad. Él también parecía afectado a juzgar por los labios entreabiertos y los ojos que la perforaban.

Rachel se recompuso. Si la atrapaba, acabaría muerta. Y su madre también. Debía de verse de lo más extraña para él en esas prendas modernas, pero quizás si actuaba con naturalidad, la dejaría pasar. ¿Cuál sería el comportamiento más normal allí? Tragó y asintió con la cabeza. A él se le agrandaron los ojos, pero Rachel se dio la vuelta y comenzó a subir por el sendero como si tuviera asuntos urgentes que atender. Tuvo que reunir toda su voluntad para no echar a correr.

«Por favor, por favor, no me sigas».

Nadie gritó ni la llamó a sus espaldas. Tampoco oyó pasos acelerados tras ella. Pero, de todos modos, siguió alejándose. Al cabo de un rato, miró hacia atrás y lo encontró de pie, observándola desde la distancia. El vello de la nuca se le erizó.

Mientras caminaba hacia el claro, volvió a ver la piedra y recordó las palabras: «El tiempo es la respuesta». ¿Podría tratarse de alguna pista? ¿Podría haber una manera de regresar oculta alrededor de la piedra? El corazón le latía acelerado, y los vasos sanguíneos le cosquilleaban llenos de adrenalina.

La leyenda decía que la piedra era para Odín, Thor y Freyja. Recordaba a Odín y Thor de las historietas y las películas. Eran dioses vikingos, ¿no? Freyja también debía de serlo. A Rachel le dio vueltas la cabeza. Todo en su ser gritaba que había viajado en el tiempo y saqueado a vikingos que la duplicaban en tamaño, estaban armados con afiladas hachas y espadas y se dedicaban a matar gente. Jamás podría regresar allí.

Con el pulso latiéndole acelerado en la sien, dio un paso hacia la piedra. Soltó un jadeo y sintió la atracción que la jalaba como un remolino. A lo mejor no necesitaba el huso...

Al apoyar las manos en la superficie áspera, el mundo desapareció, y Rachel también.

CAPÍTULO CUATRO

Buskeland, Noruega, diciembre de 874 d. C.

UNA FUERTE ráfaga de nieve le golpeó el rostro, y los recuerdos de una hermosa mujer de cabello caoba se evaporaron y le dejaron el corazón vacío. Le había consumido los pensamientos desde que la había visto hacía tres meses. Había preguntado por ella en la aldea, pero siempre había muchos visitantes al final de la temporada de saqueos, y nadie sabía quién era. Modolfr le había sugerido que podía tratarse de la hija de un comerciante.

Los sueños que tenía de ella lo embriagaban. La vana esperanza de volver a verla le encogía el corazón de desilusión cada vez que creía ver una silueta delgada vestida de negro.

Kolbjorn estaba haciendo la guardia en el taller del joyero en la luz tenue de la mañana hibernal. Tenía los ojos llenos de lágrimas por el frío y la nariz húmeda de la condensación del aliento contra la capa de piel de oso. Todavía reinaba la calma, pero la tormenta se aproximaba. La sentía al igual que siempre había podido sentir el movimiento de la cubierta del barco antes de una gran ola.

La aldea se veía vacía bajo la lluvia de copos de nieve porque todos se habían resguardado en la calidez de sus hogares. Deseaba poder estar acurrucado frente al hogar con la belleza de cabello caoba.

Kolbjorn había oído el traqueteo de los platos de arcilla que provenía de la casa a sus espaldas durante un tiempo. El joyero debía de estar preparando unas gachas de avena para desayunar.

Debía de ser un tonto por estar allí parado en ese clima, pero desde que su padre lo había escogido para cuidar al joyero hacía dos semanas, solo se había detenido para dormir unas pocas horas o para aliviarse. Gracias a Una y Modolfr, que eran los únicos lo suficientemente valientes como para acercarse a la casa maldita, hasta comía allí.

Los vikingos no le temían a la muerte, pero no había nada a lo que le temieran más que a la mala suerte. Unas joyas recién hechas habían desaparecido en cuatro ocasiones durante los últimos meses y de las formas más extrañas... Además, antes de eso, habían robado joyas de la casa de Kolbjorn.

Jamás había visto a su padre tan furioso. «Te debería haber echado de la aldea. —Los ojos del *jarl* Bjorn echaban chispas—. Debería tratarte como a un forajido. Los dioses jamás se han sentido más avergonzados que cuando te miran, y yo tampoco», le había dicho.

Kolbjorn había deseado que la tierra se hubiera abierto bajo sus pies para tragárselo. Todo su cuerpo debió de haber brillado como un carbón al rojo vivo de la vergüenza que sintió. Había fallado en la tarea más importante que le había asignado su padre en toda la vida. Había decepcionado a su *jarl*. La mezcla de furia y desesperación habían hecho que la bilis le subiera por el estómago. El *jarl* Bjorn le había prohibido acercarse al gran salón y le había quitado todas las posesiones que tenía: la casa, la plata, todas las armas, excepto un hacha, una espada y su armadura.

Durante los últimos tres meses, había vivido con los padres de Modolfr en su granja. Los había ayudado con los animales para ser de utilidad y agradecerles por darle un sitio donde quedarse, pero cada movimiento que hacía y cada aliento que tomaba estaban empujados de abatimiento.

Lo único que le había dado fuerza y energía era la esperanza de encontrar a la muchacha de cabello caoba. Había estado desgarrado entre el deseo ardiente de encontrarla y hablar con ella y la esperanza de que su padre lo perdonara y lo invitara a regresar a la aldea. No obstante, se había quedado en su sitio. No tenían ningún futuro. Al ser un bastardo, no podría darles un nombre honorable ni a ella ni a sus futuros hijos... si es que las cosas llegaban tan lejos. Y ahora ni siquiera tenía una casa o un trozo de plata para comprar pan.

Pero la oportunidad de redimirse había llegado mucho antes de lo que había esperado, cuando Modolfr llegó para llevarse a Kolbjorn de regreso a la aldea.

Tras pararse delante de su padre, el *jarl* le había dicho:

—Te perdonaré y te devolveré tu posición y tu sitio en el barco de saqueo si te aseguras de que no desaparezcan más joyas. El joyero acabará con el regalo del rey, el colgante de las auroras boreales, justo a tiempo para celebrar Yule.

La esperanza había ardido en el pecho de Kolbjorn.

—No te decepcionaré, *jarl*. Ordena mi muerte si permito que alguien o algo toque el colgante.

Pero en las dos semanas que Kolbjorn había vigilado la casa, no había ocurrido nada fuera de lo normal. Oyó historias acerca de cómo habían desaparecido las joyas de los hombres que habían cuidado al joyero antes.

La primera vez había sido de noche. El joyero jamás había reparado en el intruso, pero por la mañana, las joyas ya no estaban allí. La segunda vez, habían aparecido bocadillos y bebidas del Valhalla en una carreta en la plaza del mercado: salchichas ahumadas tan aromáticas que a los hombres se les había hecho agua la boca a varias manzanas de distancia, pastelillos cubiertos de miel que parecían nubes esponjosas, panes oscuros que olían a pecado de Loki, bebidas tan dulces que parecía como si hubieran venido de una fuente de sabiduría al lado de las raíces del Yggdrasil. La tercera vez, una mujer transparente se había materializado de la nada. Era tan hermosa que debía de ser la diosa Freyja personificada bailando en el aire, quitándose las prendas y enviándoles besos. Los había hecho aullar como lobos hambrientos, y no habían visto más nada. Solo a ella. La cuarta vez, una avispa gigante había volado por delante de los centinelas. Parecía como si estuviera hecha de hierro. Tenía cuatro alas que vibraban y se movían como una libélula y un solo ojo. Los hombres la persiguieron con hachas y espadas, pero todos los intentos fueron en vano, y mientras se encontraban lejos, más joyas habían desaparecido.

El hechicero de la aldea, que había presenciado todo, había afirmado que la casa del joyero estaba maldita y que los gigantes y los espíritus malignos querían las joyas para ellos. A pesar de eso, el *jarl* Bjorn estaba listo para luchar con cualquiera, hasta con los mismos dioses, por lo que era suyo. Kolbjorn no sabía quién estaba robando las joyas, pero no creía que fuera ningún

espíritu. Quienquiera que fuera, lo atraparía y le haría pagar.

A través de la densa nevada, Kolbjorn vio que un esclavo se acercaba con los ojos bien abiertos. El niño se detuvo a unos metros de distancia.

—El *jarl* Bjorn invita al joyero a desayunar en el gran salón. Pronto habrá una tormenta, de modo que no hay más nada que hacer más allá de esperar y comer.

—Díselo tú mismo. —Kolbjorn se rio. No les temía a los espíritus. A lo que le temía era a volver a desilusionar a su padre.

El esclavo no se movió.

—Ya tengo suficiente mala suerte en mi vida —le dijo. Y, con eso, se dio la vuelta y regresó corriendo al gran salón.

Kolbjorn sacudió la cabeza y entró. Pero lo que pensó que era el desayuno resultó ser hidromiel. El aroma intenso a miel fermentada pendía en el aire. La superficie de la mesa estaba cubierta con líquido, la jarra de arcilla se encontraba sobre la mesa, y el maestro Olfar vaciaba un cuerno para beber.

—Kolbjorn —masculló Olfar—. Ven, hijo, únete a mí en este hogar maldito. Acabo de terminar el colgante de las auroras boreales. Los espíritus deben estar por llegar. Conozcámoslos como nórdicos: borrachos.

A Kolbjorn se le tensó el mentón.

—El *jarl* te invita a que aguardes a que pase la tormenta en el gran salón. Me quedaré aquí a proteger el colgante. Ven, veo que no podrás llegar por tus propios medios.

Aunque iba a tener que dejar su puesto un rato, Kolbjorn estaba seguro de que nadie se acercaría al taller maldito en ese tiempo. Además, ¿qué alternativa tenía? No podía enviar al joyero solo en el estado en que se encontraba.

En el gran salón, el banquete estaba comenzando. Al parecer, todos en la aldea estaban listos para celebrar, excepto Kolbjorn. Alfarr y Ebbe lo siguieron con miradas malignas en el rostro y algo más, una suerte de triunfo que hizo que se le erizara la piel.

Kolbjorn recordó la primera vez que había visto una expresión similar en un Alfarr de cinco años luego de que su madre le hubiera susurrado: «Ve a jugar con los perros, mestizo». Alfarr lo había gritado a todo pulmón para que todos los que estaban en el gran salón lo oyeran, y su madre se había reído. Había sido la primera vez que Kolbjorn experimentó el rechazo, la primera vez que se sintió sucio, excluido e insignificante. La primera vez que las mejillas se le sonrojaron. Su deseo de la infancia de ser parte de la familia, de ser más allegado a sus hermanos, había quedado hecho añicos. Y ya no tenía ninguna ilusión de que alguna vez se fuera a realizar.

Kolbjorn dejó al maestro Olfar en el gran salón y regresó al taller. La tormenta de nieve se había intensificado y el viento soplaba más fuerte. Aguardaría a que pasara la tormenta dentro de la casa del joyero. Quizás hasta se permitiría dormir un poco. No era probable que un ladrón, humano o no, fuera a actuar con ese clima. Pero cuando abrió la puerta, vio a una figura agachada frente al cofre de las joyas y se llevó la mano al hacha que le colgaba del cinturón.

La figura tenía la cabeza cubierta con una capucha, pero al oírlo entrar, alzó la cabeza con los ojos abiertos de par en par. Kolbjorn sintió un escalofrío al reconocerla. Era ella.

El colgante de las auroras boreales le destellaba en la mano. ¡Ella era la ladrona! La conmoción lo golpeó como una pared de hielo. Luego sintió ira.

—Tú —la palabra se le escapó de la boca llena de esperanza y angustia. Detestaba que la primera mujer que le había hecho acelerar el corazón resultara ser una ladrona—. Deja el colgante.

Al oírlo, cerró el puño alrededor de la joya y se la ocultó entre los pliegues del abrigo. Luego se enderezó y su rostro se transformó en una máscara severa.

—No, por favor, Kolbjorn. Déjame ir. Lo necesito más de lo que te imaginas.

¿Cómo sabía su nombre? Cuando alzó el hacha, ella agrandó los ojos verdes aún más, y una dureza interna destelló en ellos. Kolbjorn dio un paso hacia ella, que se adentró más en la casa.

—Devuélvemelo —le advirtió—, o tu próximo aliento será el último que tomes.

Ella miró a un lado. Dio unos pasos más hacia atrás con el rostro lleno de dudas y luego gritó:

—¡Detrás!

Kolbjorn se dio la vuelta, y el hacha voló para chocar con otra. Reconoció el rostro sediento de sangre de Alfarr delante de él. Kolbjorn lo apartó con un rugido.

—¡Gusano traidor! —exclamó.

—Tú eres el gusano. ¿Estás solo en esta casa maldita en esta tormenta? Nunca tendré una mejor oportunidad de liberarme de ti. La gente creerá que fueron los espíritus. —Alfarr se lanzó contra él como un toro y, cuando enterró la cabeza en el plexo solar de Kolbjorn, lo dejó sin aliento.

Salieron volando por la mesa, y el hacha le golpeó la mano. Cuando aterrizaron en el suelo, vio un movimiento al costado. ¡La muchacha! ¡La joya! Iba a escapar.

Kolbjorn reunió todas sus fuerzas y apretó el mentón de su hermanastro con una mano. Con la otra, buscó el hacha que había perdido en el suelo. Tras cerrar el puño sobre el mango, golpeó a Alfarr en la cabeza, y se desplomó encima de Kolbjorn. Sin perder tiempo, empujó al hombre inconsciente y se incorporó de un salto. Pero no la vio por ningún lado.

Corrió afuera y, a pesar de la nieve espesa, vio la figura oscura que corría colina arriba hacia la arboleda sagrada. Convocó a todos los dioses que lo estuvieran oyendo y valiéndose de todo su cuerpo y su alma, Kolbjorn se apresuró a perseguir la última oportunidad de volver a caerle en gracia a su padre.

CAPÍTULO CINCO

Rachel avanzó con dificultad por la nieve con el colgante de las auroras boreales en el bolso bajo el abrigo de lana. El viento soplaba de todas las direcciones, y los pulmones le ardían de correr pendiente arriba con la nieve aferrándose a sus pies. Tenía que llegar a la piedra antes de que ese vikingo gigante la alcanzara.

Hacía un par de horas, había aparecido un riñón para su madre, y tenían que llevarla al hospital en veinticuatro horas porque, de lo contrario, sería demasiado tarde. Rachel necesitaba el dinero de inmediato, y el colgante de las auroras boreales era la última pieza del rompecabezas. Cuando se lo había descrito al subastador, le había dicho que esperaba venderlo por al menos cien mil dólares.

La silueta alta de Kolbjorn subió por la colina a sus espaldas y se veía blanca a través de la cortina de nieve. Rachel corrió por su vida. Siempre había sido una buena corredora y había sido imparable en la cancha de fútbol en la secundaria, pero la estaba alcanzando.

Podía ver la piedra gris entre los árboles de la cima de la colina. Solo le faltaban unos diez metros. Los músculos le ardían, pero ya casi había llegado. Ya casi se encontraba en el claro. Cuatro metros más... Tres... Dos...

Ya podía ver la superficie áspera y las runas. Estiró las manos hacia la piedra, pero una mano le sujetó el abrigo y la hizo tambalearse contra la nieve. Se golpeó la cabeza contra la piedra y se quedó sin aliento.

«¡No!».

Kolbjorn la retuvo contra el suelo, y el cuerpo de Rachel se negó a obedecerle. Tanto los brazos como las piernas parecían espaguetis cocidos y la cabeza le daba vueltas. La piedra se encontraba allí. Rachel se retorció y, poco a poco, recuperó fuerza en las extremidades.

—¡Suéltame!

Kolbjorn comenzó a revolverle el abrigo, y la sensación de sus manos le produjo electricidad en la piel.

—Devuélveme el colgante.

Rachel intentó empujarlo, pero era como intentar mover una montaña.

—¿Dónde está?

Sintió que la mano de él llegaba a la bolsa, y sintió una oleada de terror. Tenía que actuar. Sabía que era un golpe bajo, pero con el resto de las fuerzas que le quedaban, le asestó una patada en la entrepierna. Un gemido se le escapó de la boca a Kolbjorn y la soltó. Solo fue un segundo, pero le bastó para escabullirse debajo de él y apresurarse hacia la piedra.

Para su sorpresa, cuando por fin apoyó las manos en la piedra, no ocurrió nada. La superficie gélida y húmeda por la nieve le quemó la piel.

—¿Qué? —susurró Rachel. Estaba a punto de volver a apoyar las manos sobre la piedra, pero Kolbjorn se arrodilló a pesar del dolor lacerante y estiró las manos hacia ella.

Rachel tenía que largarse de allí y alejarse de él. Con el corazón hundido y la ansiedad girando en su interior como un remolino, echó a correr colina arriba hacia el bosque para escaparse de él.

La nevada se convirtió en un temporal, y las ráfagas de viento le hacían perder el equilibrio y la dejaban sin aliento. Se volvió y descubrió que la estaba siguiendo, aunque más despacio que antes.

Rachel no supo cuánto tiempo había estado corriendo. Pronto, la nieve estaba tan alta y el viento era tan fuerte que lo único que quiso hacer fue recostarse y respirar. La eternidad en la que caían los copos de nieve y la pinchaban como abejas, la necesidad de parpadear y la imposibilidad de ver algo a través de la blancura la ralentizaron. No podía sentir más el cuerpo. Era como si estuviera flotando en el aire como un espíritu.

«No. ¡Piensa en tu madre!».

Se obligó a continuar, pero no aceleró el paso. Vio el atractivo rostro de Kolbjorn a través de la neblina a la izquierda, y sus ojos avellanados la tranquilizaron. La tomó del codo, y Rachel dio un paso y se cayó, pero él la atrapó. Se agachó, la sujetó de las caderas y se la arrojó por encima del hombro. El mundo quedó patas para arriba. Rachel quiso protestar, pero no le quedaban fuerzas.

—Hay una cabaña —le dijo Kolbjorn—. Moriremos en esta tormenta de nieve si nos quedamos en la intemperie.

Tenía razón. Tenían que esperar a que pasara la tormenta, por más que eso significara quedar atrapada con él para sobrevivir. Cuando llegaran a la cabaña, lucharía para recuperar el colgante con su vida de ser necesario.

Sin importar lo que pasara, no cedería ante el flechazo que había sentido desde la primera vez que lo vio.



DENTRO DE LA CABAÑA, aún sentía el aire frío en el rostro, pero al menos estaba calmo y seco. Kolbjorn cerró la puerta y el aullido del viento quedó amortiguado, aunque las paredes se estremecían con las ráfagas que soplaban sin cesar.

La casa tenía una sola habitación. En el centro de la cabaña, había un pequeño hogar sobre el suelo de tierra, una pila de leña contra la pared y un banco para dormir en el extremo más alejado. También había una pequeña mesa, un balde con agua congelada y un cofre donde almacenaban utensilios de cocina.

Kolbjorn dejó a la mujer sobre el banco de dormir y vio que tenía los ojos nublados y la frente y el lateral del rostro cubiertos de sangre. Cuando el cuerpo le rozó la superficie de madera cubierta de pieles, abrió los ojos de par en par y se sentó erguida. A pesar de la herida, se veía hermosa en la penumbra de la cabaña. La piel traslúcida y el cabello caoba le brillaban. Podría haber sido la hija de Thor.

Kolbjorn maldijo por dentro. ¡Era una ladrona! Había pasado muchos días imaginando quién era, cómo sería su vida y qué se le daría bien desde la primera vez que la vio. Y lo que se le daba bien era robar. Gracias a ella, había perdido el honor delante de su padre. Y ahora Alfarr había intentado matarlo, y quién sabía qué mentiras le contaría al *jarl* Bjorn cuando despertara. Llevar el colgante de regreso se había vuelto un asunto de vida o muerte.

Se arrodilló delante de ella. Tenía las pupilas dilatadas, los labios entreabiertos y un rubor en las mejillas. Olía a madera húmeda, a nieve, a manzanas y bayas dulces cubiertas por la primera nevada. El aroma le produjo el impulso de arrancarle las prendas para saborear su piel. Pero no. No podía tener ningún sentimiento hacia ella, excepto desprecio.

Ahora que la tenía, lo primero que debía hacer era recuperar el colgante. Le introdujo las manos en el espacio cálido entre el abrigo y el cuerpo en busca del sitio donde lo había ocultado, pero solo le rozó la cintura delgada bajo las prendas... y los senos suaves. Ella comenzó a apartarle las manos.

—¡Quítame las manos de encima, Kolbjorn!

Sin embargo, no se movió.

—¿Cómo sabes mi nombre?

Comenzó a arañarle las manos como una gata.

—¡Ya basta!

Encontró la bolsa de cuero, que estaba cerrada con lo que parecían unos pequeños dientes metálicos. Mientras jalaba de una suerte de manivela, comenzó a deslizarse, y la bolsa se abrió como la boca de una bestia. ¿Quién era esa mujer que tenía ese objeto mágico?

La mujer soltó un jadeo e intentó incorporarse de un salto, pero él la volvió a bajar al banco.

—¡No te vas a ningún sitio, ladrona!

Ella se rebatió con las manos.

—Kolbjorn, por favor, lo necesito. ¡Sin él, mi madre morirá!

Kolbjorn revolvió la bolsa.

—¿Tu madre se morirá sin un colgante? ¿De avaricia como tú?

En lugar de responderle, le arrebató la bolsa de las manos, pero Kolbjorn la recuperó y continuó inspeccionándola. Los contenidos le resultaron de lo más extraños. Un contenedor largo y redondeado de color verde con un líquido, unas bolsas delgadas y transparentes de un material que no reconocía, y, por fin, el metal frío que buscaba.

Extrajo el objeto y vio que se trataba del colgante de las auroras boreales. Los diamantes le brillaban en la palma de la mano. La mujer soltó un grito doloroso e intentó recuperarlo, pero Kolbjorn le esquivó las manos y se puso de pie.

La mujer lo miró adolorida y se mordió el labio inferior al tiempo que el pecho le subía y le bajaba. Algo en el interior de Kolbjorn lo hizo querer devolverle el colgante y hacer lo que fuera con tal de evitar que lo mirara de ese modo. No. Era una trampa.

—Deja de fulminarme con la mirada. —Se guardó el colgante en la bolsa de cuero que siempre llevaba encima—. Tus trucos no funcionarán.

Acto seguido se dio la vuelta para encender una fogata. Siempre había leña en la cabaña. Como Kolbjorn había ido a cazar a menudo con el *jarl* Bjorn, Alfarr, Ebbe y otros, conocía bien los alrededores. Al recordar los escasos momentos de felicidad y el destello de cómo habría sido formar parte de una familia, Kolbjorn apretó los puños de dolor. En esos momentos, solo habían sido hombres cazando. Él y sus hermanos habían estado concentrados en un objetivo común y no se habían odiado. Pero era en vano desear que las cosas fueran diferentes.

Cuando el fuego crepitó y el acogedor aroma a leña llenó la habitación, Kolbjorn estiró las manos hacia las llamas, y la calidez le produjo ardor en los dedos fríos. Sintió los ojos de la mujer fijos en él, como garras. Podía sentir su desesperación.

—Mírame todo lo que quieras. —Se frotó las manos—. No te escaparás. Los que cometen crímenes siempre reciben su castigo.

El aroma a manzanas jugosas le produjo un cosquilleo en la nariz cuando ella se sentó en el

suelo al lado de él. Sintió que le apoyaba las manos en el brazo y, cuando se volvió a ver sus ojos llenos de súplica, algo le dolió.

—No tienes ni idea de lo que haría esto, Kolbjorn. Sé que eres un buen hombre. Devuélveme el colgante. Vas a matar a una persona inocente, alguien que no merece morir. Estoy a punto de salvarla. Solo necesito el colgante. ¡Por favor!

Se le tensó la garganta. Una pequeña parte de él deseaba poder aliviarle el dolor, pero la acalló y la enterró en algún sitio remoto. No podía confiar en ella.

—No voy a matar a nadie. Es tu culpa. ¿De verdad creíste que tus actos no tendrían consecuencias?

Tragó con dificultad, y unas lágrimas le brillaron en los ojos al tiempo que le apartaba las manos.

—La única consecuencia que me importa es que mi madre viva. No me importa nada más.

Kolbjorn estaba desgarrado. Su tono y la manera en que había hablado le decían que no mentía. Jamás había conocido el amor de una madre, jamás había conocido a la mujer que lo había dado a luz. Había crecido viendo cómo la madre de Alfarr y Ebbe los cuidaba, los quería y los consentía. A menudo, se había preguntado cómo habría sido su vida si su madre hubiera vivido.

El fuego calentó el aire, y dejaron de salirles nubes de vapor de la boca con cada aliento. El viento continuaba soplando en el exterior y arrojaba ráfagas de nieve contra las paredes de la cabaña.

—¿Qué le pasó a tu madre? —le preguntó Kolbjorn antes de poder detenerse.

Maldijo su tonto corazón. No debería importarle. No debería creerle. Iba a llevarla ante la justicia y, lo más probable era que su padre le cortara la garganta. La idea hizo que el estómago le diera un vuelco, pero así eran las cosas. No podía cambiarlas. Era una ladrona.

—Mi madre está enferma y necesito el dinero para pagar su tratamiento. El tratamiento está disponible, es un nuevo riñón, pero debo decirles a los médicos mañana si podemos pagarlo o no, porque hay otras personas que también lo necesitan. Cuesta una fortuna, pero es la única manera de salvarle la vida. Ya tengo la mitad del dinero, solo necesito ese colgante. Ya tengo compradores esperándolo.

—¿Un riñón es un tratamiento? ¿Qué tipo de brujería es esa? Eres una tonta si crees que ese tipo de trucos le salvará la vida a tu madre.

A ella se le dilataron las fosas nasales.

—Ese no es el punto. Funcionará. ¡Tiene que funcionar!

Kolbjorn se preguntó si hubiera hecho lo mismo si hubiera sido lo bastante grande como para prevenir la muerte de su madre, por más que requiriera hacer actos deshonorosos. Probablemente sí, pero también habría aceptado el castigo. Y eso era lo que debía hacer ella.

—¿Comprendes que cuando pase la tormenta de nieve te llevaré ante mi padre y es probable que te castigue?

La mujer perdió el color en el rostro.

—¿Que me castigue?

—Has robado las joyas que necesita para convertirse en rey. Puede que te mate.

—No. ¡Si muero, ella también morirá! ¡No puede morir!

Kolbjorn se puso de pie de un salto. Ya había tenido suficiente.

—¡Pues, que muera! A veces, las madres se mueren.

Ella lo siguió.

—Está bien, quédate con las joyas —le dijo con la voz atragantada de la emoción—. Que tu

padre sea rey. Me las rebuscaré de otra manera. Sin el colgante, el panorama es malo. Pero sin mí, no tiene ninguna oportunidad. Déjame ir.

Kolbjorn dio un paso hacia ella. La sangre en la frente le brillaba bajo la luz del fuego. El hermoso rostro estaba iluminado por la cálida luz dorada, y unos rubíes le destellaban en el cabello. A pesar de todo, sintió deseo por ella.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

—Rachel.

Kolbjorn frunció el ceño. Era un nombre extraño, uno que jamás había oído. Pero era hermoso y fuerte. Como ella. Sacudió la cabeza y se deshizo de ese pensamiento.

—No te vas a ningún sitio, Rachel. Pagarás por lo que has hecho.

CAPÍTULO

SEIS

A Rachel le latía la cabeza como si alguien se la hubiera partido con un hacha. Pero más dolorosas aún le resultaban la desesperación y la angustia que la quemaban como la sal sobre una herida abierta.

Él le había quitado el colgante, y no podía recuperarlo a la fuerza. Además, la iba a llevar con su padre para que la castigara de algún modo. La idea le produjo un estremecimiento en los huesos. Si tan solo entendiera, si tan solo supiera...

Quizás podía seducirlo y hacerle ver la situación de otra manera. Sin dudas, sería un juego peligroso: Kolbjorn era demasiado atractivo y ella no tenía experiencia con los hombres porque había evitado a cualquier chico que le hubiera demostrado algo de interés. Desde que su padre se había marchado, se había sentido aterrada de perder a más personas que amaba, y desde que su madre se había enfermado, no le quedaba ninguna capacidad emocional para nada más.

Abrió la boca, pero no logró decir nada. Fue como si se hubiera olvidado de cómo pronunciar las palabras. Frunció el ceño. La cabeza le dolía. Kolbjorn le tomó la mano, y la calidez se le expandió por el cuerpo, aunque los dos estaban fríos.

—Todavía estás sangrando. Te curaré la herida.

La ayudó a sentarse al lado del hogar, probablemente para poder ver mejor. Luego, revolvió un cofre que se encontraba en el extremo opuesto de la habitación.

—¿Vive alguien aquí? —preguntó Rachel mirando alrededor—. Parece muy básica la cabaña.

—No. Es una cabaña de caza en las tierras de mi padre.

Extrajo un paquete de tela que debía contener lo que a Rachel le pareció un botiquín de primeros auxilios medieval que incluía una especie de aguja de hueso e hilo. El estómago le dio un vuelco al verlo.

—¿Qué diablos, Kolbjorn?

—Quédate quieta. —Se sentó cerca de ella y le examinó la frente. Rachel sentía un cosquilleo en la piel donde la tocaba—. No sé si mi padre decidirá matarte o no, pero no tendré tu vida en mis manos si decides perdonarte y acabas muriendo porque se te pudre la herida. —Le apretó la piel para unirle el corte. Eso le dolió, pero Rachel entreabrió los labios sin emitir ningún sonido. Su roce le hacía sentir calor en todo el cuerpo, como una lluvia caliente en una mañana fría.

Tenía el rostro de Kolbjorn delante de ella. Quizás debería hacer algo si deseaba seducirlo para recuperar el colgante. Si se movía unos centímetros, encontraría sus labios. El vikingo la miró a los ojos y, por un segundo, un hilo invisible los conectó como había sucedido en el primer momento en que se habían visto.

«¡No! Qué tontería, Rachel. No puede haber nada entre ustedes». Bajó la mirada para interrumpir el contacto visual.

—Te va a doler —le dijo—. Cuando trato las heridas de mis guerreros, hablamos de caza o pesca o les pido que me cuenten su anécdota favorita acerca de los dioses o de las mujeres que les interesan. No sé nada de ti. Cuéntame algo que disfrutes. Eso te va a distraer.

Le perforó la piel, y el dolor la embargó como una corriente eléctrica. Se mordió el labio, pero no dejó que el sollozo se le escapara de la boca.

—Lo único que me importó en los últimos seis años ha sido que mi madre se recuperara de su enfermedad.

Quería decirle que había dejado la escuela para buscar trabajos, cualquier cosa que fuera legal y le permitiera ganar algo de dinero, ya fuera limpiando, lavando platos o atendiendo mesas. Quería contarle que la mayor alegría que podía imaginarse era que su madre volviera a estar sana. Cuando ese día llegara, soñaba con ir a acampar con ella y James, como lo habían hecho en los tiempos más alegres con su padre. Sin la máquina de diálisis y sin el peso del temor que había sido parte de su vida desde que su madre se enfermó. Soñaba con hacer una fogata como esa para asar malvaviscos, reírse, bromear y conversar. Y no hablarían de insuficiencia renal ni de las facturas del hospital. No hablarían de nada en particular y hablarían de todo al mismo tiempo. Sin embargo, no podía abrirse ante él.

—¿Y qué hacías antes? —le preguntó Kolbjorn, y Rachel sintió el atroz jalón del hilo por la piel. Apretó la mandíbula para contener un grito—. Habla —le dijo—. Y respira.

—Iba a la escuela —repuso apretando los dientes—. Me gustaba trepar y jugar al fútbol. Pero ¿para qué te hablo de eso? ¡Ni siquiera sabes qué es el fútbol!

Kolbjorn le volvió a dar otra puntada, y Rachel tomó una profunda bocanada de aire. La frente le ardía como si le hubiera volcado aceite hirviendo.

—No, es cierto. —Frunció el ceño—. ¿Qué es el fútbol?

—Es un deporte con dos equipos y un balón.

Los ojos avellanados la miraron con intensidad un instante y le produjeron un cosquilleo.

—Es el último punto. ¿Y de dónde eres? ¿Dónde se juega al fútbol?

La aguja le perforó la piel, probablemente más duro de lo que era necesario, y en esta ocasión, Rachel no logró contener el grito de dolor.

—¿De dónde crees que soy?

Kolbjorn jaló del hilo y le provocó más dolor en la piel. De seguro le quedaría una cicatriz de por vida, aunque eso no le importaba en realidad. El vikingo hizo un nudo en el hilo. A pesar de que la frente le ardía de dolor por él, no quería que le quitara las manos de encima. A continuación, Kolbjorn se apoyó una mano sobre la rodilla y con la otra le apuntó la aguja.

—Creí que eras la hija de un comerciante de la aldea vecina. Eso es lo que me dijeron en la aldea cuando pregunté por ti, la muchacha hermosa de cabello caoba que iba vestida de negro.

Rachel se olvidó del dolor, del colgante, del viento en el exterior y del hecho de que se encontraba a más de mil años de distancia de su casa. Se quedó sin aliento.

—¿Preguntaste por... mí?

Kolbjorn puso manos a la obra y guardó la aguja y el hilo.

—Sí. Pero ya no importa, ¿no?

Luego tomó un trapo sucio del botiquín y movió la mano para colocárselo sobre la frente a Rachel, pero ella se apartó.

—¿Qué diablos crees que haces?

—Te quiero limpiar la sangre, no estrangularte.

—¿Con ese trapo sucio? No lo quiero ni remotamente cerca de mi herida. ¿Bromeas?

—Siempre uso un trapo como este con mis guerreros.

—Kolbjorn, escúchame. Lo que describes como una herida putrefacta es una infección, y esa suciedad... —pellizcó la tela gris entre el pulgar y el dedo índice—, es exactamente lo que la provoca. Lávalo con jabón y luego hiérvolo en agua durante al menos cinco minutos. Recién entonces lo puedes aplicar sobre heridas abiertas, ¿de acuerdo?

Él la observó con seriedad.

—¿Eres una bruja?

Ella se rio.

—Probablemente sea algo similar para ti.

Kolbjorn la recorrió con la mirada.

—Entonces ¿me has hechizado? Ese momento, la primera vez que te vi, no me pude mover. Quería seguirte, pero era como si me hubieras pedido que no lo hiciera. ¿Se trató de un hechizo?

El pulso de Rachel debía de estar más acelerado que un coche de la Fórmula Uno. Lo tenía delante de ella e inhaló ese aroma primitivo a heno, cuero y hombre que había sentido al entrar en su casa varios meses atrás. Tenía los cálidos ojos avellanados y la barba que había anhelado tocar durante mucho tiempo... La mano se movió como por voluntad propia, y los dedos le recorrieron la barba corta. Era encrespada, pero se sentía muy bien contra las yemas de los dedos.

Quizás sí le estaba haciendo un hechizo. Pero quizás él también se lo estaba haciendo a ella. Todo perdió significado y el tiempo se detuvo, como había pasado la primera vez que se vieron. Ahora, lo único que importaba era él, ella y la atracción.

Que se unieran era tan inevitable como el amanecer. Kolbjorn le pasó los brazos por el cuello, al tiempo que ella le besaba los labios firmes y cálidos. Él la apretó más contra su cuerpo, y cada parte de la piel que entraba en contacto con el cuerpo del vikingo le comenzó a arder, a pesar de las varias capas de prendas.

Le lamió el labio inferior, y a Rachel se le debilitaron las rodillas. Le permitió deslizarse en su boca, y sus bocas se encontraron para acariciarse y frotarse. El calor la embargó, y la piel se le cubrió de sudor. La necesidad de estar con él, piel contra piel, alma con alma, y de sentirlo desnudo y puro contra ella la poseyó como una intoxicación y comenzó a abrirle el abrigo.

Las manos de Kolbjorn también comenzaron a abrirle la capa a ella, pero de pronto, una fuerte ráfaga de viento azotó contra la cabaña. Las paredes se estremecieron y algo crujió por encima de ellos. Una lluvia de copos de nieve cayó sobre la mejilla de Rachel, y los dos cesaron la exploración para clavar la mirada en el cielorraso: se había hecho un gran hueco, unos tablones colgaban y el heno caía al suelo sobre la pila de nieve que se estaba formando.

El viento siguió soplando, y a pesar de la calidez del hogar y de las manos y los labios de Kolbjorn, el frío de la tormenta le produjo escalofríos en el cuerpo ardiente a Rachel. Y, al parecer, a él también.

El vikingo tenía los ojos tan duros como piedras y se apartó de ella como si acabara de arrojarle un balde de agua congelada.

CAPÍTULO SIETE

—¡P or los testículos peludos de Thor! —exclamó Kolbjorn al apartarse de Rachel y dirigirse hacia el hueco, a pesar de que el cuerpo le ardía por continuar con lo que habían comenzado.

El beso había hecho que se le evaporaran todos los pensamientos junto con la lógica. Debía de ser una bruja. ¿Cómo sino podría hacerle olvidar el objetivo más importante de su vida?

Debía llevarla ante su padre, que de seguro la castigaría. No podía ceder ante el impulso de tenerla, de besarla hasta el final de la eternidad, solo para que la terminaran matando cuando acabara la tormenta.

El viento que seguía soplando acarreaba el olor de la nieve y le enfriaba la piel, le apagaba el deseo y le devolvía la cordura. Estudió los daños. Las vigas de madera que le daban soporte al techo seguían intactas. La paja y dos tablones de madera podridos se habían roto debido a la presión de la nieve y la fuerza de la tormenta.

—Tengo que arreglarlo porque si no moriremos —murmuró.

—Déjame ayudarte. —Rachel se detuvo al lado de él.

Kolbjorn la ignoró y miró alrededor. Hacía bastante tiempo que no reparaban la cabaña, y ese era el resultado. Lo que necesitaba era un hacha, clavos, que quizás podía reutilizar de la madera podrida, y tablones nuevos, que no tenía. En el otro extremo de la cabaña, había una pila de leña y quizás podía cortar los trozos más grandes para cubrir el hueco de manera temporal.

Sin embargo, no iba a poder hacerlo solo, al menos no antes de que se murieran congelados los dos. Miró a Rachel, que lo observaba con el ceño fruncido.

—Deprisa —señaló las vigas caídas—, busca clavos que se puedan reutilizar.

Rachel asintió con la cabeza, se arrodilló en el suelo y comenzó a revolver las vigas de madera podridas que yacían en una pequeña pila de nieve que iba creciendo con cada nueva ráfaga de viento. Detrás de la leña, Kolbjorn encontró un tronco y lo colocó en el centro de la habitación. También había un hacha para cortar leña. La tomó, apoyó el hacha para la batalla contra la pared y comenzó a dar hachazos contra el tronco.

—Tengo seis clavos —anunció Rachel—. ¿Es suficiente?

—No. —La primera corteza salió volando del tronco.

Lo más inteligente que podía hacer Rachel en ese momento era hacer clavos de madera con el hacha para cortar leña mientras él acomodaba las cortezas, pero Kolbjorn no confiaba en ella con un hacha.

—¿Qué quieres que haga? —le preguntó.

—Nada —ladró al tiempo que la siguiente corteza salía volando.

—Oh, vamos, no soy una princesa de sangre azul. Puedo hacer cosas. Sé cómo trabajar el

metal y conozco lo básico de la joyería.

—¿Qué? —El siguiente hachazo extrajo una nueva corteza.

—Mi madre es una joyera. La observaba trabajar cuando todavía trabajaba.

—La joyería no ayudará en nada aquí.

—Bueno, técnicamente, no, pero puedo hacer algo. Déjame martillar los tablones al cielorraso. Has dicho que debíamos darnos prisa.

Kolbjorn se enderezó y tomó una profunda bocanada de aire antes de mirarla. Estaba de pie, erguida y orgullosa como una diosa en una batalla, con la herida en la frente y la sangre empapándole la piel pálida, los labios carnosos y oscuros, las mejillas sonrosadas de la escarcha y el cabello caoba volando al viento. Lo que más quería hacer era tomarla en sus brazos y llevarla al banco de dormir y hacer que los labios se le hincharan y las mejillas le ardieran por otros motivos. Pero se deshizo de ese pensamiento.

—¿Puedes hacer más clavos de madera?

—Me las puedo ingeniar.

Kolbjorn estaba sorprendido por su predisposición. Señaló la esquina opuesta de la habitación.

—Ve allí. De momento, te confiaré con el hacha. Si das un solo movimiento en falso, estarás muerta antes de que puedas elaborar el siguiente pensamiento.

Rachel frunció el ceño.

—¿Por qué tan desconfiado?

—Podrías matarme para conseguir el colgante, ¿no? Es la vida de tu madre contra la mía, ¿a quién escogerías? Aunque si me matas, no podrás arreglar el techo sola y acabarás muerta. Y tu madre también.

—Pero jamás te mataría, Kolbjorn. —Estiró la mano—. Dame el hacha. Ya me las arreglaré.

Kolbjorn le entregó el hacha para cortar leña y la observó con cautela mientras se alejaba de él. Luego se volvió hacia la leña y encontró algunas ramas de madera lo suficientemente gruesas y duras como para convertirse en clavos. Se las entregó a Rachel, junto con otros trozos de leña.

El viento soplaba y acarreaba más nieve, y tras una nueva ráfaga, el techo crujió. Kolbjorn alzó la mirada hacia el hueco para ver si se habían caído más vigas, pero de momento, seguían en su sitio.

Entre los hachazos que daba con el hacha de batalla, le arrojaba miradas de soslayo a Rachel para asegurarse de que no hiciera ningún movimiento extraño o planificara algún truco, pero ella parecía estar completamente absorta en su tarea. La punta de la lengua le asomaba por la comisura de la boca y le daba un aspecto aniñado. Kolbjorn tuvo que ocultar una sonrisa.

—Y ¿cómo está tu padre? —le preguntó Rachel, y Kolbjorn se congeló con el hacha por encima de la cabeza.

—¿Por qué?

—No lo sé, es muy intenso.

—Eso no es asunto tuyo. —Cortó otra corteza.

—Tengo curiosidad.

Kolbjorn arrojó el hacha contra el tronco, pero cayó en el ángulo equivocado, y una fuente de astillas salió volando.

—¡Por los desechos de Loki! ¿Te atreves a preguntar por mi padre? ¿Tú? ¿Sabes lo que me has costado? ¿Sabes que me lo quitó todo?

No hablaba de sus posesiones, sino de cosas más importantes. Todo por lo que había trabajado tan duro toda su vida. La aprobación de su padre y la oportunidad de pertenecer a su

familia.

Rachel se quedó petrificada con el hacha en las manos.

—Nunca tuve la intención de meterte en problemas.

El viento acarrió otra lluvia de nieve que hizo sisear el fuego en el hogar.

—Por eso debo entregarte a él, para que me perdone. Ser un bastardo no me juega a favor.

—¿Eres ilegítimo?

—Soy el mayor, pero soy un bastardo. Tiene dos hijos legítimos.

—¿Y tu madre?

—Era una esclava. Murió. Nunca la conocí.

Rachel cortó una astilla.

—Lamento mucho que haya muerto. Qué descabellado. Tú jamás conociste a tu madre, pero tu padre forma parte de tu vida todos los días. Y yo lucho por mantener a mi madre con vida cuando mi padre me abandonó como a una bolsa de basura.

Kolbjorn la miró con intensidad. ¿Qué era esa extraña situación en la que se encontraban? Rachel y él eran opuestos en muchos sentidos, pero algo visceral los conectaba y resonaba en lo más profundo de su interior cuando la miraba y oía su voz.

Entendía bien el fuego en ella que la llevaba a hacer lo que fuera para salvar a su madre. Él también prefería morir antes que permitir que algo malo le ocurriera a su padre. En algún punto del vientre, sintió que Rachel era igual.

A Kolbjorn se le cerró la garganta. Las nornas que tejían los destinos de las personas eran muy crueles. En otra vida, bajo diferentes circunstancias, hubiera luchado por Rachel también. Golpeó el tronco por última vez, y una corteza perfecta se desprendió. Luego se enderezó.

—Esto debería bastar. Ven, ayúdame a arreglar el techo.

Se acercaron al hueco, y Kolbjorn se paró en una pequeña silla para martillar las cortezas con el mango del hacha. El viento le arrojaba nieve en el rostro y lo hacía atragantar, pero continuó trabajando. Había calculado bien: las cortezas eran bastante largas como para cubrir los huecos entre las vigas.

—No entiendo algo acerca de tu padre —dijo Rachel cuando le entregó la siguiente corteza y más clavos—. Sabe que eres su hijo. Te confió el tesoro más valioso a ti, y no a sus hijos legítimos. Pero, aun así, ¿no eres parte de la familia? ¿Por qué no te puede reconocer? Podría decir: «Legalmente, Kolbjorn es mi hijo».

A Kolbjorn se le tensó el mentón. Había dado en el clavo, ¿no?

—Sí, puede decirlo.

—¿Y por qué no lo hace? ¿Por qué te manipula de ese modo?

Kolbjorn se quedó congelado y la miró.

—¿Me manipula? —Había tenido esa misma sospecha en el pasado, pero no había querido creerla. No podía renunciar a su objetivo luego de todo ese tiempo. Kolbjorn martilleó un clavo, y la corteza cubrió una parte del hueco. El viento dejó de soplarle en el rostro. —No me manipula —masculló—. Tiene condiciones.

—Oh. Condiciones.

—Sí, y por tu culpa, no las cumplí. Estoy más lejos que nunca de lograr mi objetivo.

—¿Tu objetivo? ¿De modo que quieres que te reconozca legalmente como parte de la familia?

Era como si le estuviera azotando el corazón con un látigo. Todos en la aldea estaban al tanto de la situación, del acuerdo tácito entre el *jarl* y su hijo bastardo que colgaba como un tapete en la pared del gran salón. Modolfr era la única persona que le había preguntado abiertamente al

respecto, pero se había limitado a responder con monosílabos o gruñidos.

Kolbjorn jamás pronunciaba las palabras. Era como si el decirlas en voz alta pudiera ser un mal presagio y hacer su objetivo inalcanzable. Pero algo en Rachel, su rareza y su familiaridad, el hecho de que su propio padre la había abandonado, el hecho de que se preocupaba por su familia al igual que él por la suya, le hizo sentir que, a lo mejor, lo comprendía como nadie más podía.

—Lo que más deseo es que mi padre me reconozca —le confesó con voz ronca.

Kolbjorn se quedó petrificado, y Rachel también. Las palabras quedaron pendiendo en una nube blanca y luego se evaporaron en el viento.

—Lo peor es que me lo prometió hace mucho tiempo. Hasta los cinco años, ni siquiera sabía que era un bastardo. Incluso me había dicho que estaba tan contento de que hubiera nacido que me había nombrado con una versión de su nombre. Kolbjorn significa «Bjorn oscuro». La tradición es nombrar a todos los primogénitos como el padre, pero como era un bastardo, eso fue lo mejor que pudo hacer.

Kolbjorn martilleó el clavo en la madera.

—Las criadas de la cocina y los esclavos se aseguraban de que me alimentaran y vistieran, pero todos los días de mi vida él estaba allí. Dormía en un rincón en su casa y me dejaba comer con él en la mesa. En cuanto fui lo suficientemente grande como para sostener una espada, me entregó la suya y me enseñó a blandirla.

Kolbjorn tomó otro clavo de las manos de Rachel. Los dedos le ardían donde la tocaban, pero no se apresuró a apartarlos. Ella lo escuchó sin interrumpirlo. Kolbjorn comenzó a martillear otro clavo contra la corteza y logró bloquear un poco más esa tormenta interminable.

—Pero luego se casó, y cambió todo. Antes del banquete de la boda, me dijo que me convertiría en un Bjornsson si le demostraba que era un gran guerrero y un hombre honorable, de modo que ese objetivo ocupó toda mi vida.

Kolbjorn hizo una mueca de amargura.

—Luego nació Alfarr, y no lo pudo llamar Bjorn, porque yo había tomado parte de ese nombre. Aun así, tenía a su hijo legítimo y se olvidó de mí. Aún hablaba conmigo en ocasiones, pero era para asegurarse de que me estuviera entrenando bien. Quizás veía algo en mí.

Kolbjorn tragó y pensó que quizás, como Rachel había dicho, su padre solo había querido manipularlo y mantenerlo cerca por si lo necesitaba. Continuó:

—Mi padre decía que como era un bastardo, solo podía aceptarme en la familia si era digno, si era un ejemplo de honor y el mejor guerrero de toda Noruega. Y que si cumplía todas las tareas y le traía todo lo que me pedía, un día me reconocería legalmente como su hijo. Pero debía hacerlo sentir orgulloso.

Rachel frunció el ceño.

—Pues, debería haberlo hecho hace mucho tiempo. Creo que has cumplido sus tareas y mucho más. No debería hacerte trabajar tanto por su atención. Ningún padre debería hacerlo. — Las palabras le salieron estranguladas.

Lo que Rachel le dijo le resonó como un dolor apagado, pero a pesar de que volvió a experimentar dudas en el estómago, se negó a verlo de esa manera.

—No sabes nada.

—Cualquiera que tenga ojos y te vea lo sabe. Apuesto a que no encontrará un hijo más digno que tú, aunque le dé la vuelta al mundo.

A Kolbjorn se le llenaron los ojos de lágrimas, de seguro por el viento que le volaba en el rostro, y no por sus palabras, que le dieron fuerza y energía mientras seguía martilleando los

clavos contra las cortezas para hacerle frente a la tormenta... Mientras la hermosa mujer que lo había hecho hablar más con sus preguntas que un torturador con carbones calientes se quedaba de pie a su lado.

Cada vez que le entregaba las cortezas, le rozaba los dedos más tiempo del necesario. Y ella aceptaba su caricia con una sonrisa, y la conexión se extendía una eternidad. Al mismo tiempo que la calidez se le extendía por todo el cuerpo con cada roce, también se oponía a la fría certeza de que su futuro sería demasiado corto.

CAPÍTULO OCHO

Rachel observó cómo Kolbjorn añadía un trozo de leña al fuego, que crujió al tiempo que las llamas comenzaron a consumir la madera. Habían terminado de reparar el hueco justo a tiempo antes de que el corto día de invierno llegara a su fin y la noche absoluta se tragara el mundo. Había vuelto a reinar la oscuridad en la habitación.

Rachel y Kolbjorn se sentaron frente al hogar con las piernas casi rozándose. La cercanía del poderoso cuerpo de Kolbjorn le producía cosquilleos por doquier. Además, los músculos le vibraban del desgaste físico del día. En la habitación, se volvía a sentir el tranquilizador aroma de la leña, pero a pesar del fuego, hacía frío en la cabaña, y el arreglo que habían hecho no era más que una solución temporal.

Rachel miró de reojo su hermoso perfil, que no despegaba la mirada de las llamas, sus ojos avellanados y el cabello castaño de un tono muy encantador, los pómulos altos y la nariz recta. Tuvo una extraña sensación, como si ella y Kolbjorn estuvieran entre dos mundos, los dos escudados y amenazados por la tormenta que los aislaba de todo lo demás, incluidas sus preocupaciones. Y, al menos de momento, mientras no podía hacer más nada que esperar, Rachel se permitió relajarse.

—¿Tienes hambre? —le preguntó. Cuando alzó la mirada para verla, le sonrió, y la sensación se sintió extraña en sus labios.

—Estoy muerto de hambre, pero no hay nada en la cabaña.

—Claro que sí. —Revolvió su bolsa.

Extrajo la botella de vino, dos paquetes de salchichas y una bolsa con panes. Había llevado todo eso para distraer a los guardias de ser necesario. Pero, al final, no había necesitado ni eso ni la distracción principal: una bolsa de plástico con trescientos zafiros sintéticos que planeaba arrojar en las calles para que la gente se peleara por ellos. Le entregó las salchichas a Kolbjorn, que las miró con curiosidad y removió el envoltorio de plástico con los dedos.

—¿Qué material es este? ¿Cuero? ¿Cómo lo hacen?

Rachel abrió la boca para contarle la verdad, pero se contuvo. No estaba segura si debería confiar en él. Le daría más poder sobre ella del que ya tenía. El pensamiento la hizo sentir culpable porque Kolbjorn había confiado en ella antes.

—No sé cómo lo hacen. —Eso era verdad: no tenía ni idea de cómo fabricaban el plástico. — Pero comeremos lo que está dentro, las salchichas y el pan, y beberemos el vino. Tenemos fuego, perros calientes, que es como se llama este plato, y palos. Comeremos la mejor comida de la vida. Al menos, para mí. ¿Las puedes asar? Abriré el vino.

Mientras Rachel retorció la tapa metálica de la botella de shiraz australiano, Kolbjorn abrió el paquete de salchichas y las miró con curiosidad.

—Nunca vi salchichas así —señaló.

—Ponlas en un palo para asarlas sobre el fuego. Aquí tienes los panes. Es más rico si están tostados, pero no tenemos una parrilla.

Kolbjorn colocó las salchichas sobre una rama delgada y la sostuvo por encima del fuego. El aroma celestial a salchichas asadas le embargó los sentidos a Rachel y, pronto, se le hizo agua la boca.

—Salud —dijo alzando la botella como para brindar antes de beber un sorbo.

El vino era bueno. Tenía unas notas intensas a uvas y moras que le llenaron la boca mientras el líquido le circulaba por la garganta y le producía un agradable ardor en el estómago. La cabeza le comenzó a dar vueltas casi de inmediato. El alcohol le entró directo en el sistema ya que tenía el estómago vacío. Le ofreció la botella a Kolbjorn, que negó con la cabeza bruscamente.

—Oh, vamos, eres un vikingo —señaló—, ¿no se supone que se la pasan bebiendo?

—Yo no. Nunca bebo.

—¿Por qué no?

—Porque el alcohol me nubla la mente y el juicio.

—Sí, es cierto. Pero a mí me vendrían bien unas nubes en este momento. Además, es exquisito.

—Si tú lo dices.

Rachel bebió otro trago y gimió saboreando el vino.

—Oh, bueno, tú te lo pierdes, amigo. Pretendo disfrutar esta noche al máximo porque ¿quién sabe? Puede que no tenga otra mañana.

A pesar de que estaba bromeando, el pensamiento le produjo un escalofrío en la piel, pero se deshizo de él. Esa noche no pensaría en el mañana. Kolbjorn la observó con una mirada que le quemaba la piel y la hacía sentir más ebria.

—Todas estas cosas... —comenzó—. Las salchichas, el vino... Cuando la gente probó la comida que dejaste en la carreta, dijeron que venía del Valhalla. Pero tú no puedes venir del Valhalla. ¿De dónde eres en realidad?

Rachel bebió otro sorbo de vino. Se sentía libre, y la alegría le llenaba el pecho. El hombre más atractivo que había visto en su vida se encontraba sentado a su lado asando salchichas. Quizás era el alcohol, pero estaba considerando de verdad contárselo todo. Él había sido honesto con ella. ¿Qué tan mal podía reaccionar? A lo mejor, hasta dejaba de ser tan duro con ella. Sin embargo, lo más probable era que no le creyera.

—Vengo del futuro, Kolbjorn —le respondió y, al oír las palabras, las comisuras de la boca se le tensaron. Estaba mucho más ebria de lo que debería haber estado tras unos pocos sorbos.

—¿Qué has dicho?

—Vengo del futuro. Del año 2018. Casi mil doscientos años en el futuro. —Clavó la mirada en un punto vacío mientras consideraba el número que acababa de decir. —Vaya —susurró.

—No pienses que te creo —masculló Kolbjorn, aunque no dejaba de mirar el envoltorio de plástico de las salchichas, la botella con el cierre a rosca y un punto debajo del abrigo de Rachel, probablemente donde guardaba la bolsa. Esto último la hizo sonrosar.

El alcohol siempre la volvía terca, y demostrarle a Kolbjorn que le decía la verdad se convirtió en lo más importante en ese momento.

—¿No me crees? ¿Cómo explicas esto?

Encontró una barra de chocolate en la bolsa, abrió el envoltorio y se la entregó.

—Prueba. Es chocolate, pero jamás lo habías probado. ¡Es delicioso!

Mientras giraba el chocolate con la mano libre y lo olfateaba con cautela, Rachel buscó más

pruebas. De repente, encontró la cartera.

—¡Ajá! —exclamó y le mostró la licencia de conducir—. Mira la fecha.

Kolbjorn tomó la tarjeta y la estudió mientras rozaba las esquinas laminadas con los dedos.

—Veo que es un excelente retrato, pero no puedo leer esas runas.

—Ese excelente retrato es una fotografía y se hace con una máquina que se llama cámara de fotos.

La miró con perplejidad.

—¿Una máquina?

—Si pudieras leer esas runas, verías que nací en el año 1997 en la ciudad de Chicago, en el país Estados Unidos de América.

Kolbjorn frunció el ceño y la recorrió de pies a cabeza con la mirada. Una de las salchichas explotó, y apartó el palo del fuego.

—Del futuro... —dijo con la mirada en blanco y una entonación que sugería que todo comenzaba a tener sentido—. La avispa de hierro, la comida y las bebidas... La diosa que bailaba en el aire, ¿ese también era uno de tus trucos del futuro?

—Sí, lo logré con un pequeño proyector que me cabe en el bolsillo.

Kolbjorn entrecerró los ojos.

—Supongamos que te creo. ¿Cómo viajaste en el tiempo?

—Hay un huso de oro en Chicago y, cuando lo toco, algo me succiona y acabo apareciendo aquí. Lo tenían tres ancianas, pero... —se le ruborizaron las mejillas—, se los robé.

Kolbjorn se quedó paralizado con los ojos abiertos de par en par.

—Tres ancianas, un huso de oro... Son las nornas, ¿no?

—¿Quiénes?

—Las tres nornas que tejen el destino de las personas. Tienen el poder de hacer lo que quieran con las vidas de las personas. Debe ser cierto. De seguro te enviaron aquí. —Kolbjorn la estudió unos instantes—. Dámela. —Estiró la mano para tomar la botella. Rachel se la entregó sorprendida. —Bueno, no todos los días conozco a alguien del futuro.

Bebió un gran sorbo y, cuando se apartó la botella de la boca, la miró con aprecio mientras sonaba los labios. Rachel quería besárselos y sentirlos succionándole los senos y acariciarle la piel. Sintió un estremecimiento. Kolbjorn bebió un poco más.

—Las salchichas están listas. —Movié el palo en el aire.

Rachel buscó el paquete de pan.

—Pon una en cada pan, así. —Extrajo una salchicha con las puntas de los dedos y la colocó en el pan—. Debería tener mostaza y ketchup en la bolsa. —Encontró unos pequeños paquetes, abrió el del ketchup y lo apretó hasta formar una línea encima de la salchicha—. ¡A comer y repetir!

Le entregó el perro caliente, y Kolbjorn casi se lo tragó entero.

—Mmm —gimió lamiéndose los dedos. Rachel se mordió el labio, y la boca se le hizo agua al verlo.

Preparó uno para ella y lo mordió. El jugo de la salchicha con gusto a leña le invadió la lengua, y pensó que jamás había saboreado nada más exquisito.

—La comida y el vino son del futuro —comenzó Kolbjorn bebiendo otro sorbo de la botella—. ¡Odín estaría celoso, pero la norna se debe estar riendo de mí en este instante! El hijo bastardo de un *jarl* varado en una cabaña de caza con la mujer más hermosa que ha visto en toda su vida, y es de otra época.

A Rachel se le sonrojaron las mejillas del cumplido. Debía de ser el vino hablando. No quería

decir lo que había dicho, pero Rachel deseaba que así fuera.

—Pues en ese caso, se debe estar riendo de mí también —le aseguró tomando la botella de vino. Sus dedos se rozaron, se miraron a los ojos, y a Rachel se le aceleró el corazón a mil por hora. No logró apartar la mano. Era como si estuvieran pegados, como si todo el mundo hubiera sido creado por ese roce—. Hace que me importe alguien que no debería significar nada —concluyó.

—¿Qué? —Kolbjorn casi se atragantó.

Rachel apartó los dedos y apretó la botella en la mano. La piel le cosquilleaba donde él la había tocado. Apretó los labios contra el vidrio húmedo para beber un sorbo y pensó que los labios de él acababan de posarse allí. Era como si se estuvieran besando a través de la botella. Cerró los ojos.

—Kolbjorn, en realidad no debería decir esto, pero eres un gran chico. Si te hubiera conocido en mi época...

Se detuvo antes de decir demasiado, antes de decir las palabras que lo cambiarían todo. Pero la mirada ardiente de Kolbjorn no se apartaba de ella. Los ojos de color avellana se oscurecieron hasta adoptar un tono caoba, y unas llamas le bailaban en ellos. Se acercó a ella y la dejó sin aliento.

—¿Qué?

Rachel tragó con dificultad.

—Estaría en problemas.

Se volvió a acercar hasta que quedó sentado al lado de ella, y su cercanía hizo que a Rachel se le debilitaran las manos y las rodillas. Le acarició la mejilla con los nudillos de los dedos, le tomó un mechón de cabello, y la electricidad le produjo un cosquilleo en toda la piel.

—Estás en más problemas de lo que sabes —le dijo.

Acto seguido, le tomó los hombros y la jaló hacia él para cubrirle la boca con la suya. Perdida en el incendio forestal que se le propagó por todo el cuerpo, Rachel supo que él tenía razón.

CAPÍTULO NUEVE

El beso comenzó lento, exploratorio, y Rachel se derritió con cada caricia de los labios y la lengua de Kolbjorn. Le recorrió el pecho y el estómago con las manos y se deleitó con la dureza de los músculos debajo de la túnica. Le despertaba un fuego interno, en un punto profundo, y el fuego la atravesaba como el mercurio.

Kolbjorn tomó control del beso. Le ladeó la cabeza hacia atrás para tener acceso completo a su boca. Sabía a vino y a él, y la estaba volviendo loca. Quería más de él: cielos, lo quería todo. ¿Cómo podía gustarle tanto tras haber pasado unas pocas horas con él?

No podía negar que se estaba enamorando de ese hermoso vikingo. Había estado soñando con él todas las noches, y se había imaginado ese momento desde la primera vez que lo vio. Su ausencia en las siguientes veces que fue a la aldea la había dejado desilusionada. Había estado muy entusiasmada con la idea de volver a verlo.

Con la lengua suave la provocaba, con los dientes juguetones le mordía los labios, y con las manos le exploraba la espalda por debajo del abrigo hasta dejarle los músculos suaves aún más maleables. El corazón le latía en los oídos. Sin quitarle el abrigo, Kolbjorn le deshizo los broches que le sujetaban las anchas tiras del vestido, que cayeron pesadas a sus espaldas. Le bajó el vestido hasta el estómago y la dejó en una camiseta de lino. Le masajeó los senos a través de la tela y le arrancó unos gemidos de aprobación que silenció con su boca. Se le tensaron hasta los músculos más profundos.

Rachel le abrió el cinturón que le mantenía la túnica en su sitio y lo dejó caer. La bolsa de cuero se golpeó contra el suelo, y Rachel registró en la distancia que allí guardaba el colgante. Sin embargo, estaba demasiado excitada y alejada de la realidad como para interesarse en eso. Necesitaba sentir esas manos grandes en el cuerpo, las necesitaba en la piel. No podía recordar la última vez que se había sentido tan fuerte o tan seductora.

Le succionó la lengua con detenimiento y lo oyó gemir al tiempo que le tomaba un puñado de cabello en un gesto tan primitivo que la hizo arquear la espalda para apretarse contra la mano que le acariciaba el pecho. Le acarició un pezón y la hizo frotar los muslos.

—Te sientes tan bien, Rachel —murmuró cuando le soltó la boca para recorrerle el cuello con la lengua.

La soltó para levantarla en el aire. El vestido le colgó mientras la llevaba hasta el banco de dormir, que estaba cubierto de pieles suaves. Le abrió el abrigo y se lo bajó por los hombros antes de quitarle la camiseta. El aire fresco se sintió algo gélido contra la piel desnuda y la hizo estremecer.

—Yo te daré calor, no te preocupes —gruñó al tiempo que se abría el abrigo a toda prisa. Luego se quitó la túnica de lino, y Rachel se quedó sin aliento al verlo delante de ella.

El cuerpo de Kolbjorn era puro músculo. Unos suaves rizos de vello castaño oscuro le cubrían el pecho, y un rastro de rizos más pequeños seguían descendíendole por la cintura. Todo lo que se había imaginado en sus sueños más eróticos se había vuelto realidad. Unas cicatrices plateadas le recorrían el hombro izquierdo y el pecho. A Rachel se le ciñó el corazón de imaginárselo luchando por su padre, quien jamás apreciaría su dedicación... tal y como el suyo no lo había hecho. Le depositó besos suaves en las cicatrices, y lo sintió temblar bajo sus labios.

Kolbjorn colocó su abrigo de piel alrededor de los dos, y el aroma a animal salvaje se mezcló con el del cuero y su propia esencia térrea. Le tomó los senos desnudos y se los acarició con las yemas callosas de los dedos. Luego se llevó uno a la boca y lo provocó con la lengua. Los labios le torturaban la piel de la manera más deliciosa.

Rachel se estremeció de placer y quiso darle placer a él también. Con los dedos, halló el estómago sólido como una piedra y recorrió la línea suave de rizos que descendía hacia los pantalones. Le desató la cuerda que hacía de cinturón y le bajó los pantalones por los fuertes muslos. La erección le saltó a la mano, y se mordió el labio al sentirla firme en la palma.

Kolbjorn tomó una profunda bocanada de aire y, alentada por su reacción, Rachel lo acarició y sintió la piel suave y aterciopelada bajo las yemas de los dedos. Pero no la dejó continuar. La empujó con suavidad hacia atrás para que se recostara de espaldas, y el abrigo de piel los cubrió como la pared de una cueva al tiempo que la montaña de su cuerpo se ceñía sobre ella. Rachel le pasó los brazos alrededor del cuerpo desesperada por más, y la besó con voracidad introduciéndole la lengua en la boca para que danzara con la de ella. Los labios de él le producían un cosquilleo, la provocaban, le exploraban el cuello, la piel del pecho y el vientre acalorado para acabar desatándole un incendio cuanto más descendía. Nadie jamás le había hecho eso. Nadie. Bueno, tampoco era que tuviera demasiada experiencia.

Con los dedos, le acarició la cara interna de los muslos. La piel áspera de las yemas le desataban un remolino de placer. Las mejillas se le sonrosaron de la vergüenza, y sintió el calor que rugía en su interior. «Por el amor de Dios, no eres virgen. ¿Qué te pasa?». Pero bien podría haberlo sido porque nadie la había besado «allí». Y estaba contenta de que Kolbjorn fuera el primer hombre con el que compartiría esa experiencia.

Con suavidad, le introdujo los dedos en el centro cálido y húmedo y le dibujó unos círculos sobre el tejido suave que palpitaba por atención. Le desató unas olas de placer urgentes, rápidas y feroces. Pero cuando sintió la boca contra la piel, la barba suave intensificó todas las sensaciones, y las mejillas le ardieron aún más. Cielos, todo el cuerpo le ardió.

Un placer violento le nació en cada punto que le rozaba la lengua, y Rachel nunca se sintió más lasciva, atrevida o presente. Ni su cuerpo, más libre. Era como si por fin hubiera despertado a un mundo de colores tras haber vivido muchos años en un gris. Y no quería regresar. Jamás. Su cuerpo estaba listo. Tenía los nervios saturados y empapados de placer.

—Kolbjorn, voy a acabar —gimió.

—Qué bueno —le murmuró contra la piel.

—No —le jaló de los hombros que eran tan gigantes que las palmas solo le cubrían las puntas—. Te deseo. Por favor. Te quiero dentro.

Él alzó la cabeza de entre los muslos con una sonrisa hambrienta en los labios.

—Como deseas.

Se le acercó a la boca, le rozó la piel con la suya, y la mata de vello suave del pecho le produjo un cosquilleo contra la piel que la hizo arder con un fuego líquido. Pero Rachel quería experimentar aún más cosas por primera vez esa noche. Lo empujó a un lado y, con un movimiento rápido, lo dio vuelta y se le montó a horcajadas. Kolbjorn soltó un gemido de placer

y sorpresa. Le llevó los dedos al sexo y la provocó al tiempo que se deslizaba en su interior y hacía movimientos circulares que le generaban una presión dulce en los músculos internos. Luego apartó los dedos.

—Estás tan húmeda —susurró—. Estás lista para mí.

—Oh, sí. —Se le escapó un gemido—. Sí.

Se retorció encima de él. Ardía por él, pero quería que ese momento, el instante previo al acto en el que sería suya y él de ella, durara una eternidad.

Cuando Kolbjorn le acercó la erección dura como una piedra a la entrada, se miraron a los ojos, como la primera vez que se vieron en la aldea. El tiempo se congeló, y una eternidad los conectó. Y mientras le hundía esa dureza cálida en el interior y la estiraba, le daba el placer más extremo que jamás había sentido. Sus corazones latieron al unísono, y comenzó a embestirla hasta que se movieron juntos.

Rachel tenía los músculos tensos del placer, y la conexión entre los dos la estaba consumiendo. Como una ola en una tormenta distante, su orgasmo comenzó pequeño y se fue intensificando con cada embestida. Cuando él se acercó a la cima y comenzó a jadear y gruñir con cada movimiento, la ola la terminó de arrasar y reventó con un placer que nunca antes había sentido. Se amplificó con el orgasmo de Kolbjorn, que la hizo estremecer y la llevó a mover el cuerpo a la par de él.

Y, mientras sus respiraciones creaban una canción, pensó que jamás se había sentido más completa.

CAPÍTULO DIEZ

El silencio abrumador más allá de las paredes de la cabaña fue calando la consciencia de Kolbjorn, que comenzó a despertarse despacio. El cuerpo también se sentía pacífico. La casa ya no temblaba, y el viento no se colaba por entre las grietas del techo reparado a las apuradas. Era como si Fimbulvetr, el gran invierno antes de Ragnarok, hubiera pasado, y todo el mundo fuera nuevo y tranquilo.

El aire fresco le enfriaba la nariz y las mejillas, pero cuando miró el hogar, vio que el fuego seguía ardiendo sobre la madera chamuscada. No habían dormido mucho tiempo si el fuego aún no se había apagado. A pesar del aire gélido, se sentía cálido y acogedor bajo el abrigo de piel de oso.

Sintió el cuerpo cálido y sedoso de Rachel encima de él y respirando al unísono con él. Tras envolverla en sus brazos, sintió que todo estaba bien en el mundo. La noche anterior había sido la mejor de su vida. La mujer del futuro... Era fuego, amor y... Se puso tenso, y la sensación de paz se evaporó. Una ladrona.

Nunca se había sentido aceptado por su padre y, por culpa de ella, su padre lo había exiliado. ¿Qué estaba pensando? ¿Cómo llevaría a casa a una ladrona y la haría su mujer? ¿Cómo podía haber sido tan débil? ¿Cómo podía haber bebido su vino? Él, que había jurado vivir una vida de sobriedad porque temía hacer ese tipo de cosas cuando bebía. Temía dejarse engañar y perder el control.

Pero se había acabado. La tormenta había pasado y, con ella, el capullo protector que los envolvía a ambos. Tenía que llevar a Rachel y el colgante ante su padre, y cuanto antes, mejor.

Cuando se movió para quitarse a Rachel de encima, abrió los ojos somnolientos y buscó su mirada. Le ofreció un beso y le depositó un beso en el pecho. Era tan hermosa con el cabello caoba extendido por su pecho, las mejillas sonrosadas y los labios hinchados de hacer el amor que le pedían a gritos que los volviera a besar.

—Vuelve a dormir —le pidió con la voz ronca—. Te daré espacio. Debo ser pesada.

¿Pesada? Era más liviana que una pluma, y la sensación de tenerla apretada contra él era tan dulce como la miel.

—La tormenta ha pasado. Debemos regresar.

Rachel se apartó de él con el rostro pálido. Sabía lo que significaba eso tan bien como él. Ella también parecía haberse olvidado de todo lo que existía más allá de la tormenta, todo lo que los ponía en extremos opuestos del juego.

Se movió debajo de ella y, cuando salió de debajo del abrigo, el aire frío hizo que se le pusiera la piel de gallina. Sintió la mirada de ella encima mientras se vestía.

—¿De verdad me vas a llevar con tu padre? —le preguntó.

Se volvió a enfrentarla, y le resultó una visión: los delicados hombros desnudos le sobresalían por debajo de la piel y le asomaban las cimas de los senos. Se le secó la boca y sintió una ola de calor en la entrepierna, pero se deshizo del sentimiento.

Había cometido un error al permitirse actuar sobre su atracción. No habría ningún futuro para ellos. Era una ladrona y, además, pertenecía a otra época.

Aunque Kolbjorn se permitiera pensar en lo que ocurriría si decidía quedarse con él, presentarle una futura esposa que era una ladrona a su padre era imposible. Iba contra todo lo que el *jarl* quería que él fuera. Con una ladrona de esposa, su padre jamás lo aceptaría en la familia. Siquiera considerar esa posibilidad era tonto, porque estaba seguro de que su padre mataría a Rachel, por más que intentara convencerlo de que le perdonara la vida.

No, debía olvidar cualquier sentimiento que tuviera hacia ella; eran sentimientos que jamás debió albergar en primer lugar. Era probable que estuviera intentando manipularlo.

—Te llevaré con él —le respondió Kolbjorn al tiempo que se ponía las prendas—. Será mejor que te vistas.

Sin volver a mirarla, Kolbjorn caminó hasta la puerta. Necesitaba ver qué tan mal estaba la nieve. Abrió un poco la puerta para ver, y una brisa se coló en la cabaña. La nieve le llegaba hasta los talones. Volvió a cerrar la puerta. Podían partir, pero la caminata sería difícil.

—¿Quieres desayunar algo? —le preguntó Rachel con una sonrisa nerviosa—. Todavía quedan algunas salchichas. Las podemos cocinar.

A Kolbjorn le gruñó el estómago de pensarlo, pero no quiso ceder ante el recuerdo de la noche más feliz que había tenido en su vida.

—Vístete. Tenemos que irnos.

Rachel se sentó y se apretó los bordes del abrigo contra el cuerpo.

—¿Por qué te comportas de este modo?

—¿Cómo?

—Ya sabes cómo. Como si no hubiera pasado nada ayer.

La miró a los ojos, que estaban agrandados y llenos de emoción.

—No pasó nada ayer —le respondió—. Te tuve como un hombre, como también tuve a esclavas y criadas. ¿Cuál es el problema?

Rachel se apartó como si la hubiera golpeado.

—No fue solo sexo y lo sabes.

Sí que lo sabía. Nada se había parecido jamás a lo que sentía con ella. Era como si todo el cabello de su cuerpo estuviera lleno de ternura y placer. Y no solo placer, sino algo más. Completitud. Como si hubiera encontrado un hogar. Ella.

—Fue un error —le dijo—. No me debería haber embriagado, y no debería haber... Bueno, no me arrepiento de nada. Debo llevarte con mi padre y tú... debes enfrentarte a las consecuencias de tus actos.

Rachel se puso pálida y paseó la mirada por la habitación como si estuviera buscando una respuesta.

—Mira, tengo una solución —le dijo apoyando la mirada en la bolsa—. No tienes que llevarme con tu padre. Déjame llevarme el colgante.

Kolbjorn se aferró la bolsa que tenía en el cinturón, donde había guardado la joya, pero Rachel estiró la mano como si estuviera calmando a un animal salvaje.

—No, no, escucha. Déjame llevármelo para salvarle la vida a mi madre. A cambio, te puedo traer cosas del futuro. Cosas valiosas. Comida y bebidas, joyas modernas con muchas piedras preciosas. La tecnología moderna nos permite producir piedras que parecen rubíes, esmeraldas y

diamantes por una fracción del costo. Casi no se diferencian a simple vista. Tu padre tendrá muchas más riquezas que con este colgante. Se convertirá en rey en poco tiempo. Traeré muchas. Mira mi bolsa. ¡Quédate con las que he traído conmigo!

Kolbjorn la escuchó con el ceño fruncido. Si le decía la verdad, tenía razón. Esa sería una muy buena solución. Aunque lo más probable es que hubiera mentido; no regresaría.

—Mira, mira —lo urgió poniéndose de rodillas. El abrigo de piel se le deslizó con el movimiento, y Kolbjorn apretó la mandíbula ante esa vista tan deliciosa.

Kolbjorn tomó la bolsa y extrajo un paquete del mismo material transparente que la bolsa de las salchichas. Estaba lleno de zafiros. Todos tenían el mismo tamaño y destellaban bajo la luz como los ojos de la serpiente de Midgard. Había al menos cien. Los estudió sin poder creer que estuviera sosteniendo semejante tesoro en la palma de su mano. Tenía razón, eso era mucho más valioso que el colgante solo.

—¿Y en tu época los hacen?

—Sí, los producimos.

—¿Con qué?

—Con minerales.

—¿Y son baratos?

—Sí, en comparación con los reales, sí. Pero se ven casi igual.

Kolbjorn no veía la diferencia.

—¿Y por qué los tienes encima?

—Quería arrojarlos en la calle para que la gente se pelee por ellos si me quedaba sin suerte y el joyero o los guardias no se marchaban de la casa. Quédatelos. Solo dame el colgante de las auroras boreales y déjame ir —le pidió con la voz casi quebrada.

Kolbjorn abrió la bolsa transparente, vació las piedras preciosas sobre la palma y las vio destellar como verdaderos zafiros.

—¿Algún día la gente podrá hacer eso?

—Sí.

Negó con la cabeza como si se estuviera deshaciendo de un mal sueño y luego volvió a guardar las joyas en la bolsa transparente.

—Debes creer que soy un tonto para sugerir que confíe en tu palabra.

Rachel frunció el ceño.

—Ya sé que parezco una ladrona... Bueno, lo soy. Pero regresaré. Lo juro por la vida de mi madre.

Parecía sincera. Si creía cualquier cosa que hubiera dicho antes, para ella no había nada más importante que su madre. Pero no importaba. No se alejaría del sendero del honor, ni siquiera por ella.

—No.

Rachel soltó un bufido y se deshizo del abrigo. Los senos se le balancearon delante de él, que se dio vuelta al sentir que se le endurecía el miembro por la vista y la necesidad de tomar la hermosa carne en la boca, un seno tras otro, hasta que no pudiera contener los gemidos.

Mientras se vestía, Kolbjorn le dio la espalda y respiró intentando calmar la lujuria. La voz de Rachel sonó más cerca, y pudo oír el ajeteo de las prendas a sus espaldas.

—No entiendo por qué eres tan terco. Te he demostrado que vengo del futuro y me crees, ¿no? Entonces ¿por qué no puedes confiar en mí cuando te juro algo sobre la persona más importante en mi vida? ¿Qué tengo que hacer para que me creas?

—No regresaré con las manos vacías.

—¡No lo harás! Llévate la bolsa con los zafiros. ¡Hay trescientos zafiros dentro!

—Esas piedras falsas no comprarán mi lealtad.

Rachel apareció delante de él con la túnica y el vestido puestos; los pies descalzos debían de estar congelándose sobre el suelo de tierra. Tenía los ojos bien abiertos, la boca redondeada y los labios succulentos. Le estaba rogando, y detestaba verla de esa manera.

—Kolbjorn. Lo que quieras: medicina, prendas, comida, más piedras preciosas. Diablos, incluso armas. Pídeme lo que quieras y te lo traeré. Cosas que harán que tu padre te ruegue que te unas a la familia. Seré tu genio personal. Solo devuélveme el colgante y déjame ir.

Kolbjorn la miró. Aunque no quisiera admitirlo, en algún punto profundo, le creía. Sin embargo, no había nada que demostrara que lo cumpliría, y sería un tonto por confiar en ella. ¿Dudaba que era del futuro? No. Todas las cosas que tenía, incluidas la comida y el vino, eran pruebas irrefutables. Además, las nornas podían hacer cualquier cosa, hasta enviar gente al pasado.

Necesitaba que se quedara para poder restaurar su buen nombre delante de su padre. Pero una gran parte de él quería que se quedara por un motivo muy distinto.

CAPÍTULO ONCE

—No.

La voz de Kolbjorn la golpeó como una bofetada en el rostro. ¿No? ¿Simple y llanamente no? ¿Luego de todo lo que había dicho y todo lo que le había ofrecido?

No podía darle más nada. No podía decir nada que lo hiciera cambiar de parecer. Casi había dicho que sí, lo había visto en sus ojos, y le habían florecido sentimientos de esperanza y temor en el interior. Esperanza por su madre y temor de separarse de él.

La primera vez que lo había conocido, le había parecido que era una roca. Ahora, sabía que toda su fuerza y solidez iban acompañadas de una terquedad extrema. Era imposible hacerle cambiar de parecer.

Y su respuesta confirmó su mayor temor. Se estaba enamorando de él, y él jamás la escogería. Por el contrario, la destrozaría. Tenía que protegerse antes de que fuera demasiado tarde.

—¿Sabes qué, Kolbjorn? ¿Quieres ser el verdadero hijo de tu padre? ¿Quieres ser el hijo del *jarl*? ¿Quieres que él te apruebe y te deje tomar decisiones importantes a su lado? ¿Quieres ser el próximo *jarl*? Estás tan obsesionado con tus principios, con hacer lo que sea para complacer a tu padre, que ni siquiera puedes ser un poco flexible para hacer lo que es mejor para ti. ¡No ves que te está usando como un perro! Porque eres como un perro: no tienes tus propias reglas, sino que vives según las de tu amo.

Kolbjorn se sonrojó, y supo que había tocado una fibra sensible.

—Sí, así es. ¿Crees que la mejor manera de complacer a tu padre es obedeciendo cada una de sus órdenes? ¿Sacrificando todo lo que eres para que te ame y te acepte? ¡Él ya sabe que sin importar lo que haga, siempre estarás a su lado! Te ha entrenado bien.

—Silencio.

—¿Silencio? ¿Qué sucede? ¿Tienes miedo de oír la verdad? Digamos que te acepta como su heredero y te conviertes en *jarl*. ¿Cómo planeas ser un líder si todo es cuestión de honor para ti? ¿Qué harías si alguien te amenaza con una guerra, Kolbjorn? Esto es igual que en mi mundo. Responder como un soldado rígido, con violencia, no siempre es la mejor solución para tu gente. Eso es lo que hacen los grandes guerreros, que probablemente acaban muertos, dicho sea de paso. Pero para los líderes, el honor es una herramienta. Y si no lo entiendes, no eres más que un instrumento que está allí para ser utilizado y botado a la voluntad de tu padre.

—No sabes nada. Eres una forastera de otra época.

—¿No? Bueno, quizás no. Pero sé una cosa. Daría lo que fuera por salvar a mi madre. Lo que fuera. Como puedes ver, estoy dispuesta a robar, viajar en el tiempo y ofrecer cosas que jamás hubiera creído, como armas. Su vida depende de mí, y tengo una fecha límite. Nada de lo que

haces por tu padre basta y jamás bastará tampoco. ¿Cuándo vas a dejar de vivir siguiendo las reglas de tu padre y comenzarás a seguir las tuyas?

Kolbjorn se había puesto pálido de la ira. Oh, no. Se había pasado de la raya.

—¿Harías lo que fuera por tu madre? ¿Y a dónde te ha llevado eso? Primero, le has robado un huso de oro a tres ancianas. Acto seguido, robaste joyas de mi casa, sin preocuparte por que mi vida quedara patas para arriba. Luego robaste aún más joyas, un colgante que sería un regalo importante para ayudar a mi aldea. ¿Qué harás a continuación, Rachel? Estás viviendo la vida de una forajida. ¿Cuándo crees que acabarás con todo eso?

Rachel jadeó al oír las palabras que la desgarraron. Había dado en su punto más vulnerable, justo donde se negaba a mirar, porque si lo hacía, no sería capaz de hacer más nada. Y si su madre llegara a descubrir lo que estaba haciendo por ella, jamás podría mirar a su hija de la misma manera. Rachel le había mentido y le había asegurado que el dinero era de un benefactor anónimo, de un admirador de su trabajo.

Sin embargo, Kolbjorn tenía razón. Primero: no había pensado en su futuro más allá de salvar a su madre. ¿Qué haría cuando su madre se encontrara recuperada? ¿Para qué sería buena? ¿Para robar, hurtar y engañar? Había estado tan concentrada en cuidar de su madre durante los últimos seis años, que no había considerado qué le gustaría hacer con su vida. Y segundo: ¿qué había de las consecuencias? ¿Cómo habían impactado sus actos en las vidas de las personas a las que les había robado? ¿Cómo haría para mirar a su hermano y a su madre a los ojos?

Un sudor frío le cubrió todo el cuerpo. En ese instante se dio cuenta de que tenía los pies descalzos y, como se encontraba de pie sobre el suelo de tierra, los sentía como dos témpanos de hielo.

A pesar de todo, sentía que enfrentarse a todo lo que había hecho y a todo lo que le estaba pasando era mejor que ver el ataúd de su madre. El pensamiento hizo que se le llenaran los ojos de lágrimas.

Kolbjorn seguía furioso, pero su expresión se había suavizado un poco. Al verlo alto, orgulloso y honorable, se calmó. Era una roca, un hogar y un refugio. Y tenía razón. Ese hombre enorme y exasperante que veía a través de ella y la atraía como la gravedad... Se secó las lágrimas. Tenía miedo de dejar que alguien se le acercara al corazón porque no quería experimentar un dolor lacerante, pero era demasiado tarde. Eso era precisamente lo que había hecho.

—Si fueras mía —comenzó Kolbjorn—, te enderezaría, aún después de todo lo que has hecho. Te enderezaría como un hombre a su...

A Rachel se le tensó el estómago de un dolor dulce. El silencio quedó colgando entre ellos pesado y saturado. Una pequeña luz de esperanza se encendió en alguna parte de ella y le aceleró la respiración al tiempo que le producía una excitación que le hizo vibrar el cuerpo como un millón de luciérnagas.

La vena del cuello le pulsó al mismo ritmo violento que el corazón de ella. A Rachel se le secó la boca. Y la misma atracción que habían experimentado al estar cerca y que los había unido con tanto poder como la fuerza de la tormenta la hizo olvidar de todo lo demás.

—Si fuera tuya... Hazme tuya.



ESA FUE la única invitación que necesitó.

Se acercó a ella, la tomó en sus brazos y la devoró con la boca. La sintió helada, y decidió

hacerla entrar en calor. Había visto en sus ojos que se podía redimir, que sus palabras acaloradas habían hecho efecto. Había visto una herida oculta y un dolor que había sentido él mismo.

Si fuera suya... Ella lo deseaba tanto como él. Aunque no tenían un futuro, podían preocuparse por eso más tarde. Tenían ese momento. Y se encontraba en sus brazos. Todo era posible.

Mientras tuviera su piel contra la de ella y la sintiera cálida, hermosa y feroz con esas atractivas curvas, nada más existía. La deseaba como jamás había deseado a nadie ni a nada en el mundo. El deseo ardía en su interior, despertado como una bestia feroz que solo la necesitaba a ella. No podría respirar ni moverse. Su corazón no podría continuar latiendo si ella no era suya. Si no pudiera disolverse en ella.

Lo único que deseaba era hundirse en su interior estrecho, pero eso no bastaría. Necesitaba saborear cada instante, cada beso, cada movimiento de sus labios y caricia de su lengua, la plenitud de sus senos y la piel tersa de su vientre...

Le subió las faldas hasta la cadera, la levantó en sus brazos y la hizo envolverle las piernas alrededor de las caderas, de modo que su sexo quedó apretado contra su erección. La sensación lo hizo soltar un gruñido. No podía dejar de besarla, de saborear el aroma a manzana dulce de su cabello y la embriagadora esencia femenina que lo hacía endurecer aún más.

Sosteniéndola con un brazo, se abrió los pantalones con la otra mano y le apretó el miembro contra el trasero desnudo. Se le endureció aún más. Rachel se movió para frotarse contra él. Se acercó a él y se colocó sobre su erección, de modo que su humedad aterciopelada lo rodeó y le produjo un estremecimiento de placer en todo el cuerpo.

Era suya. Por todos los dioses, era suya. Esa hermosa mujer de otro mundo que acababa de darle vuelta la vida y se había adueñado de su corazón desde el primer momento en que la había visto era suya.

Se deslizó en su interior sujetándole el trasero con las manos y moviéndola sobre su miembro. Rachel movió las caderas al mismo ritmo de sus embestidas. Estaba tan húmeda y estrecha para él, que la fricción de los cuerpos moviéndose al unísono le hizo perder la mente.

—Mía —gruñó, mientras le apartaba los labios de la boca y bajaba la cabeza para depositarle besos húmedos y voraces en la oreja y el cuello e inhalar el delicioso aroma de su cabello.

—Sí —gimió Rachel—. Oh, sí.

Las embestidas eran devastadoras. Le produjeron placer y satisfacción, pero no le bastaron. Nada le bastaría para hacerla suya para siempre.

Las olas de dicha le invadían la sangre cada vez que se hundía más en su interior. Como el oleaje de una tormenta que se avecina, se hundió cada vez más rápido en un mar de placer. Las embestidas se tornaron más duras y urgentes, al igual que los gemidos de placer de Rachel.

El baile primitivo los elevó cada vez más, hasta que sintieron como si sus almas se hubieran conectado. Y cuando el orgasmo consumidor lo hizo estremecer, sintió los espasmos internos de Rachel que seguía moviéndose contra él y le intensificaban todas las sensaciones para hacerle olvidar todo excepto ese momento. Todo excepto la hermosa mujer valiente y feroz que tenía en sus brazos.

No recordó cómo regresaron al banco de dormir, pero luego del orgasmo, Rachel se acurrucó contra él, la envolvió en sus brazos y los susurros de «mío» y «mía» fue lo último que oyó antes de quedarse dormido.

CAPÍTULO DOCE

Rachel sintió un cosquilleo en todo el cuerpo al tomar consciencia de los brazos de Kolbjorn envueltos alrededor de su cintura y del pecho que se inflaba y desinflaba pacífico contra su espalda. Sentía los músculos suaves, como si se los hubieran empapado con chocolate caliente. Unas lágrimas se le asomaron a los ojos, y una le rodó por la mejilla.

Sería la única lágrima que derramaría por él. Las emociones le batallaban en el interior. Sentía lágrimas de felicidad, alegría y de esa fuerte y profunda conexión física y trascendental con el primer hombre del que se había enamorado. Pero también lágrimas de pérdida, porque estaba a punto de traicionarlo.

Kolbjorn estaba profundamente dormido, y la tormenta había acabado. Rachel se marcharía para salvar a su madre, pero también para evitar que ese hombre le hiciera añicos el corazón.

No le temía a la muerte. Apenas se había recuperado cuando su padre se marchó, y ahora corría peligro de perder a su madre. Pero perder a Kolbjorn sería el fin de su alma. Y eso era lo que pasaría cuando la abandonara y la sacrificara para complacer a su padre. No veía otra alternativa y se lo había dejado claro.

Rachel se secó las lágrimas y le depositó un beso en el brazo fuerte que le envolvía los hombros.

—Lo siento —murmuró y comenzó a deslizarse debajo de él, centímetro a centímetro, hasta que apoyó los pies en el suelo. Se puso los zapatos y se colocó el abrigo por encima del vestido que nunca se había quitado.

Oyó algo que crujía afuera de la casa. Debía de ser el viento. A lo mejor se acercaba otra tormenta. La luz del día se colaba por el hueco del techo. Debían de haber transcurrido unas horas desde que Kolbjorn había intentado abrir la puerta. Tenía que darse prisa para regresar a casa antes de que le dieran el riñón a otra persona.

Rachel se arrodilló y, con las manos temblorosas, hurgó en la bolsa del cinturón de Kolbjorn hasta encontrar el colgante. Le dejó los zafiros para que no tuviera que regresar ante su padre con las manos vacías.

Un golpe suave contra la pared la hizo congelar y echar un vistazo en esa dirección, pero no vio más nada. Debía de tratarse de una rama meciéndose al viento. Kolbjorn seguía dormido y respirando profundo. A Rachel le hubiera encantado recostarse de nuevo en el banco de dormir con él y acurrucarse contra la calidez de su cuerpo grande, pero era imposible.

Le arrojó una última mirada y deseó tener una cámara delante de sus ojos para capturar para siempre esa imagen en su mente. A pesar de que había hablado en serio acerca de regresar y llevarle cosas, él no quería que lo hiciera porque estaba determinado a llevarla ante su padre. No podía arriesgarse. Tenía que marcharse.

Sin emitir ni un solo sonido, avanzó hasta la puerta y jaló para abrirla, pero no se movió. Qué extraño. Había esperado que la nieve se derramara en la cabaña. ¿Sería que la puerta estaba trabada por el hielo? Volvió a jalar con más fuerza, pero no logró abrirla.

De repente, oyó algo. Unas voces que provenían del exterior. Otro golpe contra la pared opuesta. Y otro más contra otro lateral. Rachel jaló de la puerta con frenesí, pero se sintió como si estuviera bloqueada del exterior. Inhaló olor a quemado y vio la línea de una llama que titilaba entre los tablones de las paredes. Se sintió horrorizada y salió volando al lado de Kolbjorn para sacudirlo.

—¡Kolbjorn, despierta!

Él abrió los ojos.

—¡La cabaña está en llamas! —A pesar del pánico, no podía mover los labios lo suficientemente rápido—. ¿Qué vamos a hacer? ¡La puerta está bloqueada!

Pero Kolbjorn parecía tranquilo. Tenía el ceño fruncido y miraba alrededor de la habitación para evaluar la situación. Luego reparó en ella y se tornó más gélido que el hielo antes de comenzar a vestirse.

—Te ibas a marchar. —La voz de acero la hizo estremecer. Miró la bolsa—. No está. No me sorprende.

A Rachel se le congeló la sangre. No porque temiera a la amenaza de su voz, ni porque estuviera adentro de una cabaña en llamas sin manera de escapar, sino porque había cruzado la línea. No podría regresar. El último destello de esperanza murió.

—No cambiarás —dijo con un tono desilusionado que la desgarró como una daga—. Y yo tampoco lo haré.

Con un movimiento rápido, le arrebató la bolsa y le cortó las tiras con el hacha. Rachel se aferró a sus manos mientras revolvía el interior, pero él movió las manos para quitárselas de encima como si fueran moscas, encontró el colgante y lo volvió a guardar en su bolsa.

Rachel lo observó como si fuera una película de terror en cámara lenta. Lo había perdido todo. El colgante, la oportunidad de salvar a su madre y el último indicio de esperanza de que Kolbjorn la amara. Ahora también estaba a punto de perder la vida en un incendio. El terror le paralizó el corazón. Sentía los brazos y las piernas débiles, como reducidas a gelatina, y le dolían los pulmones.

Por su parte, Kolbjorn parecía indiferente y se veía tranquilo. Avanzó hasta la puerta e intentó abrirla jalando con todas sus fuerzas. Sin embargo, era evidente que algo mucho más fuerte que él la trababa desde el exterior.

Una nube de humo gris comenzó a colarse por las hendiduras entre los tablones de las paredes, y Kolbjorn tosió. Tomó el trapo sucio de su farmacia improvisada, lo empapó en agua helada que se había derretido en un balde en la esquina y se lo entregó a Rachel.

—Cúbrete la boca y la nariz y respira. Y ni se te ocurra decir nada de la suciedad.

Rachel asintió con la cabeza. Se sentía entumecida por la conmoción y la sensación de pérdida, pero lo obedeció. En alguna parte de la mente, sabía que él tenía razón y que respirar a través del trapo húmedo la ayudaría a no sofocarse por el carbono. Pero él no tenía nada. El hecho de que hubiera antepuesto su bienestar por encima del suyo le derritió el corazón.

—Tenemos que salir. —Estudió el techo que habían arreglado la noche anterior.

—¿Estás considerando...?

—Sí, es la única manera de salir de aquí.

Se puso de pie sobre la misma banqueta que había utilizado para reparar el techo antes y comenzó a quitar los tablones. Qué ironía.

El fuego rugía detrás de las paredes que los rodeaban y el humo se espesó cada vez más hasta que Kolbjorn comenzó a toser. ¿Qué hacía Rachel parada como una estatua? Tenía que ayudarlo. Se sacudió el estupor, buscó el hacha para la leña con la que había cortado los clavos y la encontró detrás de una pila de madera. Movi6 la mesa hacia Kolbjorn y se par6 sobre ella.

Acto seguido, se amarr6 el trapo detr6s de la cabeza para poder valerse de las manos. Uno de los dos tena que encontrarse bien por si el otro perdía la consciencia.

—¿Qué haces? —Kolbjorn tosi6.

Se las haba ingeniado para quitar la primera corteza, y la nieve se col6 por el agujero y permiti6 el ingreso de una ráfaga de aire fresco en la cabaña.

—Te estoy ayudando. ¿Qué crees que estoy haciendo? —Rachel continu6 moviendo el hacha. El trabajo era más arduo de lo que haba anticipado, pero poco a poco se las ingeni6 para quitar la segunda corteza mientras Kolbjorn trabajaba en la tercera. La habitación estaba cada vez más cálida, y Rachel comenz6 a sudar.

Kolbjorn tosía sin parar, y Rachel temía que le ardieran los pulmones de inhalar tanto humo. Por fortuna, por el hueco más grande se col6 más aire fresco y, en breve, tuvo el tamaño suficiente como para permitirles salir.

Kolbjorn se puso de pie sobre la mesa y se subi6 a Rachel sobre los hombros para ayudarla a alcanzar el techo. Las paredes estaban en llamas, pero el techo seguía intacto: una gruesa capa de nieve lo cubría. Rachel se volvi6 para ofrecerle una mano y ayudarlo a salir.

Cuando Kolbjorn se encontr6 de pie a su lado, Rachel mir6 alrededor. Al lado de la puerta, a través del grueso humo gris, vio a unas personas.

Kolbjorn dijo:

—Iré primero y te atraparé. —Luego salt6 sobre la nieve, gran parte de la cual ya se haba derretido por el calor del fuego.

Rachel arroj6 el hacha en la nieve y salt6. Se qued6 sin aliento, pero la cabaña no era alta. Y cuando dej6 atr6s el calor que le mordía la piel y los brazos fuertes de Kolbjorn la atraparon, por fin exhal6. No se haba dado cuenta de que haba estado conteniendo el aliento.

—Hay algunas personas...

—Ya lo sé. Son los hijos legítimos de mi padre. El hombre que intent6 matarme en la cabaña del joyero es el mayor de mis hermanastros, y debe haber visto en qué dirección me marché. No quiero ni imaginar qué mentiras le habrá contado a mi padre.

Rachel trag6 un nudo doloroso.

—Bueno, no nos vieron. Vámonos.

—Oh, no voy a huir. Quédate aquí. Esto es entre ellos y yo.

CAPÍTULO TRECE

A Kolbjorn le latía el corazón acelerado contra los oídos. Los pulmones le ardían de inhalar el humo y los músculos estaban exhaustos del arduo martilleo contra el techo por lo que se había sentido como una eternidad.

Caminó hacia ellos sin ocultarse, y mientras emergía por la esquina de la edificación en llamas, vio a Alfarr, Ebbe y otros tres guerreros. Deberían haber sabido que Kolbjorn no podría ir muy lejos con esa tormenta. Además, ese era el único refugio cerca de la aldea de su padre.

A Kolbjorn le hirvió la sangre. Esos gusanos habían tenido la audacia de intentar matarlo. Por supuesto, como los cobardes que eran, habían intentado apuñalarlo por la espalda porque no tenían las agallas de enfrentarlo. Y ahora eran cinco contra uno.

Rachel tenía razón, sería un *jarl* inepto con su código de honor y la rigidez de sus creencias. Era tan bueno como un peón en un juego de *hnefatafl*, un guerrero que ejecutaba las órdenes de los *jarls* y reyes ingeniosos que manipulaban y traicionaban. Como esos dos.

Reconoció a los guerreros al lado de sus hermanastros: Ulf, Garpr y Haki. Había saqueado con ellos desde que se habían unido a la fuerza de su padre hacía unos años. A pesar de que nunca habían sido amigos, había confiado en ellos en una batalla. Y ahora tenía que enfrentarse a ellos porque su padre les había creído a sus hijos, las dos serpientes que habían querido matar a Kolbjorn desde el momento en que pudieron distinguir un hacha de una espada.

Esos hombres estaban descansados, mientras que él estaba exhausto. Además, estaban completamente preparados para una batalla con escudos, espadas, hachas y *seaxes*, mientras que él solo tenía un hacha.

«Odín, ¿será que hoy te conoceré?». No sería una mala muerte: tendría el hacha en la mano y estaría enfrentándose a sus verdaderos enemigos. Pero...

La sangre se le congeló en las venas y el aliento, en los pulmones. Se tambaleó un instante. Si moría, ¿qué le harían a Rachel? Los recuerdos de cómo se comportaba Alfarr con las mujeres durante los saqueos hicieron que se le estremeciera la piel.

No. No podía morir. Al menos, no hasta saber que Rachel se encontraba fuera de peligro lejos de ellos. Qué irónico: estaba haciendo de todo por salvarle la vida, pero si tenía éxito la llevaría delante de su padre. Echó un vistazo hacia atrás y la vio de pie con los ojos abiertos como platos y una nube de vapor saliéndole de la boca.

—Corre —le gritó—. Corre, Rachel. Ve a casa con tu madre.

—No te dejaré. Si te lastiman o algo aún peor... quizás te pueda ayudar.

—Corre.

Sin embargo, ella se limitó a negar tercamente la cabeza. Eso lo complació, pero también le hizo sentir una capa de sudor en la piel por temor por ella.

Que así fuera. La norna había tejido otro punto en el tapiz de su vida. Su mujer quería quedarse a su lado... Oh, por todos los dioses, ¿por qué pensaba en ella como su mujer? Como fuera, Kolbjorn prefería morir antes que permitir que le ocurriera algo.

Se tocó el Mjölñir, el martillo de Thor, para invocar la protección del dios de la batalla que jamás lo había abandonado ni le había permitido perder ni una sola pelea.

—¡Thor! —gritó al tiempo que se lanzaba como una lanza hacia sus enemigos.

Rugió mientras corría casi trepando entre la nieve que le llegaba hasta la rodilla y convocaba al sagrado rugido de batalla. Era uno contra cinco. La furia y el hacha eran lo único que tenía. Era difícil correr en la nieve y sería más difícil aún luchar en ese terreno. Pero había una cabaña en llamas, que podría ser su aliada o su mayor enemiga.

Se enfrentó a los tres guerreros mientras Alfarr y Ebbe se quedaban alejados y permitían que los otros hicieran su trabajo sucio. Ulf cortaba el aire con un hacha cerca de su rostro, pero Kolbjorn le perforó el hombro y lo pateó hacia el fuego. El guerrero soltó un grito agonizante. Garpr lo golpeó con el escudo desde un costado. Kolbjorn se tambaleó y casi se cayó, pero logró girar y la hoja de su hacha le cortó el pie al enemigo, que se cayó. Kolbjorn le quitó el escudo para protegerse, pero fue un error. Haki tomó ventaja y le desgarró el antebrazo con la espada. El dolor se sintió como un relámpago.

Oyó el grito que soltó Rachel y maldijo por lo bajo porque estaba seguro de que Alfarr y Ebbe también la habían oído. Se dio media vuelta y fue tras Haki blandiendo el hacha, que solo logró dar contra el escudo. Varias astillas salieron volando debajo de la hoja metálica. Su brazo herido lo estaba debilitando. Por lo general, a esa altura ya habría logrado perforar la madera.

Desvió la mirada hacia sus hermanastros y vio que solo Alfarr se encontraba de pie allí. La preocupación fue como una patada. Ebbe debía de estar corriendo tras Rachel. Cielos, esperaba que se hubiera ocultado o estuviera huyendo. Tenía que llegar a Ebbe antes de que la encontrara.

Tras soltar otro rugido, atacó a Haki, blandiendo el hacha como un herrero martilleando contra un yunque. Uno de los golpes, asestó en el objetivo y partió el escudo en dos. El siguiente dio en la cabeza del hombre. La sangre salpicó como una fuente, y el hombre se arrodilló antes de caerse de costado sobre la nieve.

Kolbjorn se retorció y, con la mirada, buscó a Ebbe y Rachel, pero no los veía por ningún sitio. Alfarr había comenzado a acercársele con un ojo negro gracias al golpe que le había dado Kolbjorn el día anterior. Alfarr apuntó al brazo herido, cosa nada sorprendente de ese despreciable gusano, pero Kolbjorn se escapó de su espada y le asestó un golpe por detrás con el escudo.

No podía matar a su hermanastro. A pesar de que se merecía la muerte por todo lo que había hecho, Kolbjorn sabía que su padre quedaría devastado. Simplemente no podía causarle semejante dolor. Alfarr no era un mal guerrero, y lo embistió con la espada hasta que casi le perforó el hombro. Kolbjorn se agachó y le asestó un golpe con el mango del hacha.

—¿Tienes miedo de derramar mi sangre, gusano? —gruñó Alfarr mientras le golpeaba el escudo y le embestía la espada hacia el espacio vacío entre el brazo y el cuerpo de Kolbjorn y casi le perfora una costilla.

—No te tengo miedo —escupió al tiempo que lo pateaba. Su hermano tuvo que dar un paso hacia atrás para evitar caerse. Al ver una oportunidad, Kolbjorn le desgarró el muslo, y la sangre se derramó como un rayo rojo. Alfarr se cayó de rodillas aferrándose la pierna mientras soltaba un alarido. Kolbjorn lo dejó y avanzó entre la nieve en busca de Rachel.

La cabaña seguía rugiendo, la tierra a su alrededor se había tornado negra y varias nubes de humo se alzaban contra el cielo blanco. Detrás de la casa, vio unas huellas anchas, y un

escalofrío lo embargó. Se apresuró hacia el sonido lo más rápido que pudo, enfrentándose al ventisquero con el corazón latiéndole desbocado en los oídos. Y de pronto los vio.

Ebbe se encontraba al lado de un árbol, y Rachel varios metros más arriba, abrazada al tronco del árbol como si fuera el mástil de un barco. Ebbe soltó una maldición y golpeó el tronco con su hacha, pero no tenía ninguna lanza ni ningún arco como para lastimarla.

—¡Aléjate, deshecho de Loki! —rugió Kolbjorn.

Los dos volvieron las cabezas hacia él. Ebbe se puso pálido y huyó. Kolbjorn lo persiguió, pero el hombre era más veloz que un ave. Además, no estaba herido ni tampoco acababa de luchar contra cuatro hombres.

Cuando comprendió que no iba a poder alcanzarlo, se detuvo apoyando las manos sobre las rodillas y exhalando varias nubes de vapor que le nublaron la vista. Los pulmones le ardían por el humo y el desgaste del ejercicio. Tosió con tanta fuerza que le dolió la garganta y se le desgarró el pecho.

—Por el trasero sudado de Loki —masculló cuando se le pasó la tos.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Rachel, que comenzó a bajarse del tronco con cautela y soltando varias maldiciones—. ¿Quién iba a decir que bajarse de un árbol iba a ser más difícil que subirse a él? —masculló—. ¿Te encuentras bien?

Al final, saltó y se hundió de trasero en la nieve. Kolbjorn la ayudó a incorporarse.

—¡Estás herido! Déjame ver. —Se volvió para examinarle el brazo.

—No es nada.

—Alguien debe verla. Sí es algo. Estás sangrando mucho.

Se volvió a mirar el brazo.

—He tenido heridas peores. Vamos. Tenemos que llevar a Alfarr con nosotros. No lo puedo dejar aquí. Está sangrando mucho más que yo.

Avanzaron hasta el frente de la cabaña. Alfarr estaba acostado en la nieve, que se había tornado carmesí a su alrededor. Los otros tres guerreros yacían muertos. Rachel soltó un jadeo y se llevó la mano a la boca.

—Tenemos que sujetarle la cadera para detener la pérdida de sangre —masculló.

Kolbjorn la miró. Estaba más pálida que la nieve y tenía los ojos abiertos como platos. Parecía alguien que había visto la muerte por primera vez.

—Sí, yo lo haré. —Se arrodilló y arrancó un trozo del borde del delantal del vestido para hacer un vendaje, luego sujetó la pierna de Alfarr lo mejor que pudo. Tenían que darse prisa. Alfarr había perdido mucha sangre y tenía la piel grisácea y sudada.

—Tenemos que hacer un trineo. No podré llevarlo a casa a través de la nieve. Cortaré unas ramas de pino lo suficientemente anchas como para recostarlo sobre ellas.

—Te ayudaré —le dijo moviendo el hacha para la leña.

Kolbjorn la miró a los ojos y sintió un profundo alivio al verla sana. Su rostro hermoso le ofreció una sonrisa ancha que iluminó el día, y no logró ver más nada que no fuera ella.

No. Era una ladrona. Lo había traicionado, le había destrozado la esperanza que había sido tan tonto como para experimentar. Había tenido razón desde el comienzo. Tenía que ocultar sus sentimientos. No tenían un futuro, y sería mejor que lo recordara.

Rachel le sujetó el brazo y le produjo un cosquilleo.

—Me alegra mucho que te encuentres bien —le susurró con labios temblorosos.

Tenía el plexo solar y el pecho en llamas, desgarrados entre el deber hacia su padre y el amor hacia la mujer que amenazaba todo lo que había sido importante para él.

—No te alegres. No ha cambiado nada. Me has traicionado. Has jugado conmigo desde el

comienzo. Pero se acabó.

CAPÍTULO CATORCE

La caminata pendiente abajo fue mejor de lo que Kolbjorn había esperado, pero, aun así, le resultó difícil. No tenían esquís, y la nieve se le colaba por cualquier hueco entre las botas y los pantalones. Jalaba del trineo sobre el que Alfarr yacía inconsciente. Rachel le había ofrecido ayuda, pero no podría jalarlo.

El brazo le dolía cada vez más, como si tuviera la herida encendida en llamas. El mundo estaba quieto y se había teñido de blanco a su alrededor, y el único sonido que acompañaba sus pasos era el crujir de la nieve cada vez que se les hundían las piernas en ella.

Kolbjorn no podía dejar de observar a Rachel. Se había dicho que tenía que asegurarse de que se encontrara bien, pero lo cierto era que estaba disfrutando demasiado la vista. Rachel jadeaba, tenía las mejillas de un tono rosado delicioso por la escarcha y el cabello oscuro le resaltaba los rasgos en contraste con la nieve. La imagen de ella sonrosada le recordó lo que le había hecho con las manos y el miembro y, a pesar de sí mismo, sintió una ola de deseo.

No hablaron. ¿Qué quedaba por decir? La estaba llevando ante su padre y, lo sabía. Kolbjorn se preguntó en qué estaría pensando. ¿Estaría intentando planificar el escape? Dudaba que se daría por vencida si se le presentaba la más leve oportunidad.

¿Qué haría su padre cuando llegaran? Kolbjorn sabía cómo lidiaba con los ladrones: les cortaba la garganta. Jamás había tildado a nadie de forajido, por más que ese era un castigo peor. Un forajido vivía al margen de la sociedad, y cualquiera tenía derecho a matarlo... o a hacer lo que le viniera en gana. Fuera lo que fuese.

Kolbjorn tragó un nudo duro. Se imaginó a Rachel de rodillas, la mano de su padre sujetándola del cabello y el *seax* apuntándole a la garganta. Sintió una sensación de agonía en el vientre ante la imagen y quiso soltar un aullido. Se le estremeció la piel ante la idea de vivir en un mundo sin ella. Le ardieron los pulmones y la garganta, como si un enjambre de avispas enfadadas lo estuvieran picando por dentro.

Rachel tenía razón. Era demasiado rígido. ¿Habría algo que pudiera hacer y le permitiera salvarla al mismo tiempo que su padre recuperara el colgante y ella salvara a su madre? ¿Podría dejarla marchar? ¿Podría decirle a su padre que había huido, pero que había logrado recuperar el colgante? Ella se marcharía. La idea le hizo sentir una angustia que le retorció el vientre como una mujer escurriendo una prenda de ropa. Se convertiría en un mentiroso, pero al menos estaría viva.

Abrió la boca para decir algo, pero Rachel lo detuvo.

—¿Quiénes son? —preguntó.

La aldea se encontraba más adelante, y ya podía ver las paredes oscuras de las casas. La arboleda sagrada se encontraba a una corta distancia de allí. Delante de la arboleda, vieron a

varias personas en esquís.

Kolbjorn se movió al lado de ella para adoptar una posición protectora.

—Mi padre y sus hombres —le respondió sintiendo como si un peñasco se le hundiera en el estómago.



RACHEL SE QUEDÓ congelada y sintió como si estuviera atrapada en las vías de un tren que se dirigía hacia ella a toda velocidad.

—Aún tengo tiempo de huir —dijo con la voz estrangulada—. Cúbreme. Déjame ir.

—Es demasiado tarde —le dijo Kolbjorn con la voz apenas audible—. Ya te ha visto.

Los pies se le negaban a moverse, pero, para su sorpresa, tener a Kolbjorn a su lado la tranquilizaba. Acababa de salvarla del fuego y de su hermanastro. ¿La salvaría de su padre?

Los hombres en esquís se aproximaban rápido, y varios perros ladraban alrededor de ellos. Al ver tantas armas, a Rachel se le cerró la garganta como un puño. Jamás había estado tan cerca de una muerte asegurada.

El *jarl* Bjorn se encontraba delante del resto. Rachel solo lo había visto una vez, desde la distancia, pero era un hombre que no se olvidaba. Era la imagen típica de la palabra «vikingo»: rubio, de cabello largo, estoico, espalda erguida, hombros anchos y más poderoso que tres hombres modernos juntos. Sintió escalofríos en la columna vertebral y se sintió pequeña bajo su mirada penetrante. Los ojos de alguien que había reinado la vida y muerte de mucha gente la miraban, y en ellos se encontraba su destino. No se veía bien.

Ebbe se encontraba al lado de su padre cubierto en nieve y jadeando.

—¡Mira, padre! ¡Casi mató a Alfarr!

El *jarl* Bjorn posó la mirada en el trineo a espaldas de Kolbjorn y frunció el ceño al tiempo que una máscara de preocupación le deformaba el rostro orgulloso.

—¿Está vivo? —preguntó.

—Sí, pero necesita ayuda de inmediato —repuso Kolbjorn.

El *jarl* asintió con la cabeza, y tres hombres se acercaron para llevar el trineo con Alfarr hacia la aldea.

—¿Es cierto? ¿Casi lo mataste? —le preguntó el *jarl*.

—Sí, porque tus hijos intentaron matarme primero. Incendiaron la cabaña de caza, donde me refugié de la tormenta.

—Ebbe te vio con ella, la mujer que robó todo. Sabemos que estás detrás de todo. Los envié yo.

Rachel contuvo un jadeo. Kolbjorn asimiló la noticia con el mentón en alto y un dejo de dolor en los ojos, pero se apresuró a ocultarlo. Se llevó la mano a la bolsa de cuero en el cinturón.

—Tus hijos son gusanos traidores. Alfarr me atacó en secreto e intentó matarme para hacerme parecer culpable. —Miró a su padre—. Y parece que lo logró.

El *jarl* soltó un suspiro.

—No he dicho que les haya creído.

—Pero los enviaste a quemarnos vivos.

—Les pedí que te encontraran a ti, a la ladrona y al colgante. No sabía si habías sobrevivido la tormenta de nieve —repuso con la voz casi quebrada—. ¿Dónde está el colgante?

Kolbjorn apretó la mandíbula y miró a Rachel con una mezcla de calor y preocupación que le

hicieron vibrar el cuerpo de esperanza. Intercambiaron un mensaje en silencio. Todo y todos dejaron de existir, solo quedaron él y ella, que le pedía que la escogiera. Rachel intentó recrear la misma atracción que habían sentido los dos la primera vez que se vieron, como si fuera una bruja, una hechicera, y pudiera lograrlo de solo desearlo.

Pero el fuego se murió en su mirada, y supo incluso antes de que sacara el colgante de la bolsa que había fallado. Tenía el pecho tenso y herido, como si se lo estuviera apretando un tornillo de banco. Lo había perdido. Kolbjorn había perdido la batalla contra sí mismo. Había escogido a su padre.

El colgante destelló en sus manos: era oro puro con patrones de ramas enredadas, los cuerpos de bestias y dragones gruñendo y, entre ellos, Freyja, la diosa del norte. Era una joya tan delicada que parecía hecha de lazo de oro. Los detalles de los rostros, los ojos y los cuerpos eran tan precisos que parecía como si se hubieran quedado petrificados y pudieran volver a moverse en cualquier momento. Varios rubíes, esmeraldas y diamantes decoraban los ojos de las bestias, la corona de flores de Freyja y sus prendas de piel. Las piedras preciosas eran de diferentes tamaños, y ahora que lo había visto con sus propios ojos, Rachel sabía que se vendería en cien mil dólares con facilidad. Pero podía obtener mucho más. Era impresionante. No obstante, lo más importante era que salvaría a su madre.

El oro y las piedras preciosas eran los únicos colores en contraste con la blancura que los rodeaba, y todos tenían los ojos puestos en la mano de Kolbjorn. Rachel echó un vistazo hacia la arboleda sagrada, que se encontraba a unos pocos metros de distancia. Hasta podía ver la piedra. ¿Podría tomar el colgante y salir corriendo? ¿Podría llegar a la piedra a tiempo? La última vez no había funcionado, de modo que podría estar sentenciándose a una muerte rápida bajo un hacha vikinga.

Se puso tensa al tiempo que el cuerpo se le llenaba de adrenalina y se preparaba para echar a correr. Sin embargo, Bjorn tomó el colgante y se lo guardó entre los pliegues del abrigo. La desilusión y la desesperación la invadieron como si se estuviera hundiendo en una piscina de lava hirviendo. Al ver al *jarl* a los ojos fríos y furiosos, se quedó petrificada.

—Veo que no eres ningún traidor, Kolbjorn. Has traído a la ladrona y devuelto el colgante.

A Rachel se le formó un nudo en el estómago. Los ojos del *jarl* le prometían la muerte.

—No perdono a quienes me hacen quedar como un tonto delante de un rey. Y, en especial, a quienes amenazan mi posibilidad de convertirme en uno también.

Dio un paso hacia Rachel y la tomó del brazo. Ella soltó un grito de terror y se quedó congelada. Luego retorció el brazo para intentar liberarse y huir. Sin embargo, el *seax* brillaba en la mano del *jarl*, que la hizo volverse con un movimiento rápido y experto. Así le dio la espalda y enfrentó a Kolbjorn y los otros guerreros y se hundió de rodillas en la nieve al mismo tiempo.

—Que lo sepan todos. No hay perdón para ladrones en mi reino. Díganle a todo el mundo lo que le ocurre a quienes me quitan lo que me pertenece.

Rachel sintió la hoja gélida y afilada contra la garganta y se le aceleró el pulso. Se rebatió contra él, intentó luchar por su vida, pero Bjorn le pasó un brazo que bien pudo haber sido de acero alrededor de los hombros. Luego le apretó la hoja contra la piel.

Era el final. La muerte había ido por ella. Era el momento de recibir su castigo.

—Lo siento mucho, mamá —susurró con unas lágrimas nublándole la vista. Pero, a través de las lágrimas, vio a Kolbjorn. Al menos moriría mirando a los ojos al hombre que amaba. Al menos, en su vida corta y estúpida, había sentido lo que era amar a un hombre y compartir un momento corto e intenso de felicidad con él.

Kolbjorn la observó. Su rostro era una máscara de terror y angustia.

«Está bien», quiso decirle. «Estoy bien».

Cuando el *jarl* alzó la hoja hacia un costado para dar el golpe que le abriría la garganta, Rachel se preparó para su último momento de vida.

CAPÍTULO QUINCE

—¡Detente!

Kolbjorn se oyó gritar la palabra que había estado gritando en su cabeza. Tenía que detener eso. Ver a Rachel a punto de morir rompió algo en su interior. No podría vivir consigo mismo si permitía que su padre matara a la mujer que amaba.

Rachel tenía que vivir, aunque eso implicara traicionar a su padre. Tenía que vivir, aunque implicara romper el código de honor por el que había vivido toda su vida. Tenía que vivir, aunque su padre jamás lo aceptara, aunque lo matara, aunque lo convirtiera en un forajido.

Su padre alzó la mirada para verlo irritado por la interrupción.

—¿Qué? ¿Por qué?

A Kolbjorn se le formaron unas gotas de sudor en la frente. Jamás había tenido que mentir, jamás había tenido que engañar a nadie. Eso era nuevo, y Rachel había tenido razón cuando le dijo que no podría lograr nada con su honor. En ocasiones, había que ser un embustero. Y, en ese momento, intentó serlo.

—Detente, *jarl*. Es una bruja. Estás cometiendo un error al matarla.

—¿Por qué?

Como la experiencia de mentir era completamente nueva para él, tuvo que buscar explicaciones verosímiles.

—Hay más tesoros en su tierra de origen.

A Rachel se le agrandaron los ojos y el rostro se le puso pálido. Estaba orgulloso de ella; aceptaba la muerte como toda una guerrera: con estoicismo y la cabeza en alto, sin rogar ni humillarse.

—¿De qué hablas?

—La avispa de hierro, la comida y las bebidas, la diosa que bailaba en el aire... es todo obra de ella. Es una bruja. Nos engañó con su magia.

Bjorn la sujetó con más fuerza.

—Sí, es una bruja, y debe morir. Ni una *völva* me roba y sale con vida.

«Loki, dios de las travesuras, ayúdame. Siéntate en mi hombro y susúrrame las palabras que salvarán a la mujer que amo». No sabía si Loki oyó su plegaria o no, pero, de algún modo, se le comenzó a formar una mentira en la cabeza.

—Pero puede traer más tesoros. Tesoros que valen cinco veces más que el colgante de las auroras boreales.

El *jarl* lo miró con los ojos entrecerrados.

—¿Lo puedes demostrar?

Kolbjorn asintió con la cabeza y extrajo la bolsa transparente con los zafiros que tenía

colgando del cinturón. Las piedras preciosas brillaron con más intensidad que antes gracias al contraste con la nieve. Se acercó a su padre con los zafiros en la palma abierta. Su padre apartó el *seax* de la garganta de Rachel, y Kolbjorn pudo respirar más tranquilo. El *jarl* tomó la bolsa y metió un dedo para tocar las piedras preciosas.

—Parecen reales. ¿Por qué me robaste mis joyas si tienes esto, bruja? —le preguntó a Rachel.

—Le gustan las joyas. Es adicta a ellas. Tiene la materia prima, pero no tiene este tipo de belleza, este tipo de joya artística que has mandado a hacer.

—Pero ¿por qué las robaste? ¿Por qué no las intercambiaste?

—Porque Loki es su dios y le dijo que haga travesuras —repuso Kolbjorn.

Tejer mentiras era difícil para él. Era más difícil que luchar contra diez hombres y matarlos. Cada palabra era como una piedra húmeda y resbaladiza, y tenía que escoger con mucha cautela dónde se paraba.

Su padre lo miró durante un instante largo con los ojos entrecerrados. Kolbjorn no apartó la mirada, pero sintió el sudor que le bajaba por la columna vertebral. Su padre lo descubriría. Vería las mentiras en su rostro. Lo conocía como nadie más. Sin embargo, se limitó a asentir con la cabeza y bajó la mirada a Rachel.

—Es difícil de creerlo, pero jamás he oído ni una mentira de ti, Kolbjorn. Si tú lo dices, te creo. Y si hay más tesoros, debo tenerlos. ¿Qué dices, bruja? ¿Cambias tu vida por más de estas piedras preciosas? —Movié la bolsa en el aire.

Rachel asintió con la cabeza, y a Kolbjorn se le escapó una nube de humo de la boca. Era la primera vez que le mentía a su padre. Se sentía más sucio que la axila de Loki, pero Rachel seguía viva, y eso era lo único que importaba. Ahora tenía que lograr que regresara a su época con la joya.

—Necesita el colgante.

—¿Qué has dicho?

—Para el hechizo —se apresuró a añadir—. De lo contrario, no funcionará.

El *jarl* Bjorn la estudió con cautela, y Kolbjorn pensó que le diría que no y la volvería a sujetar. En esta ocasión, no la dejaría ir. Bjorn estudió los zafiros. Se llevó una mano al interior del abrigo y extrajo el colgante, pero no se lo entregó.

—¿Cómo puedes demostrar que regresarás con más tesoros?



RACHEL TRAGÓ CON DIFICULTAD. Se metió la mano en el abrigo y tomó el colgante de plata que tenía alrededor del cuello. Lo abrió, se lo quitó y se lo colocó en la palma temblorosa para que Bjorn lo viera. Separarse de ese colgante era como separarse de su madre, de su infancia y de una parte integral de su ser.

—Es de mi madre —pronunció las palabras como un susurro doloroso.

Bjorn lo estudió, luego lo tomó y lo examinó.

—Es un simple colgante de plata. No se puede comparar con el de las auroras boreales.

—Pero significa todo para mí. Regresaré por él. —Le echó un vistazo a Kolbjorn, que la observaba con tal intensidad que creyó que le encendería la piel en fuego.

El *jarl* asintió con la cabeza y colocó el colgante de las auroras boreales en las manos de Rachel, que sintió como si dejara un trozo de su corazón con el colgante de plata. Sin embargo, era el precio a pagar por la vida de su madre.

Sin dejar de temblar, con la espalda tensa, los hombros doloridos como si un tornillo de banco se los estuviera apretando, Rachel avanzó tambaleándose entre la nieve hacia la arboleda y la piedra que se veía negra contra la blancura que la rodeaba. Sintió la mirada pesada del *jarl* encima.

—Regresa mañana —le dijo a sus espaldas, y casi se retorció—. En una semana es la fiesta de Yule.

—Mañana —acordó con la respiración agitada y temblorosa. Como era una mentira, no quería mirar a Kolbjorn.

Continuó avanzando, y Kolbjorn se le acercó. El resto de los guerreros y el *jarl* también la siguieron. Estaba consciente de la figura alta de Kolbjorn que caminaba a su lado, y, a pesar de que no era posible, sentía como si su presencia le infundiera calor.

No podía creer que Kolbjorn hubiera mentido y que hubiera engañado a su padre por ella. La había escogido. Una ola de calor se le extendió por todo el cuerpo, y la alegría le burbujeó en el estómago. Él la había escuchado. No seguiría cumpliendo las reglas de su padre. Al comprenderlo, quiso sonreír, pero se contuvo por temor a hacer algo que llevara a Bjorn a dudar de sus intenciones.

El rostro de Kolbjorn era una máscara de piedra. Tenía el ceño fruncido, los ojos clavados al frente, pero sin concentrarse en ningún punto en particular. Parecía tenso. ¿Acaso a él también le dolerían los hombros?

La piedra con las runas se encontraba muy cerca cuando Rachel por fin comenzó a creer que de verdad se marcharía con el colgante en la mano y viva. También tuvo la certeza de que se alejaría de Kolbjorn.

El temor y la adrenalina que le habían inundado el cuerpo desde el día anterior y, en especial, durante las últimas horas desaparecieron. Estaba a punto de perder a Kolbjorn para siempre. Un absorbente y desgarrador tornado de dolor comenzó a girar en el centro de su ser. Se llevó una mano al vientre en el intento vano de calmarlo.

Él todavía se encontraba a su lado, y al poco tiempo se detuvieron delante de la piedra. Solo se veía un tercio de la superficie debajo de la pila de nieve. Y, aunque Rachel quería marcharse, y tenía que hacerlo, la piedra por la que casi había luchado hasta la muerte el día anterior ahora parecía una promesa de fatalidad.

Se volvió hacia Kolbjorn. El vapor le salía de la boca y la nariz con un ritmo rápido e inestable. Los ojos avellanados se veían serios. Parecía como si quisiera decir algo, pero se estuviera conteniendo.

Rachel tenía que marcharse, bajo ningún punto de vista podría quedarse ya. Y, aunque su madre se encontrara bien, no pertenecía allí, en esa época o con él. ¿Cierto?

Tragó con dificultad. El corazón le sangró al mirar a Kolbjorn, alto, hermoso y amable. Se había enamorado tan profundamente de él que no estaba segura de que sus sentimientos tuvieran final. Sin embargo, no podía aguardar ni un minuto más. Había muchos vikingos allí que no le despegaban los ojos de encima. Y tenían hachas y espadas y los rostros llenos de desconfianza.

No podía quedarse ni un minuto más porque con cada instante que pasaba, era más difícil dejarlo. El remolino de dolor en el vientre se aceleró y la consumió cada vez más.

Por eso, se apoyó contra Kolbjorn y buscó sus labios para plantarle un último beso desesperado a pesar de que todos la estuvieran mirando. En respuesta, la envolvió en sus brazos y la apretó en un abrazo demoledor.

—Te amo —le confesó en un susurro y le empapó la oreja con sus lágrimas.

Luego, sin mirarlo a los ojos, lo empujó para apartarse de él, y la soltó. Se volvió hacia la

piedra, colocó las manos sobre la superficie áspera y las hundió en la nieve. El hielo le quemó las palmas.

Y, cuando comenzó a absorberla una sensación giratoria, se volvió para mirar a Kolbjorn por última vez. El mundo comenzó a desaparecer, hasta que lo único que vio fueron sus ojos, como la primera vez que se conocieron y la eternidad los conectó, a pesar de que la oscuridad comenzó a abarcar todo lo que la rodeaba.

Hasta que no hubo más nada.

CAPÍTULO DIECISÉIS

C hicago, 24 de diciembre de 2018

LAS LUCES del árbol de Navidad destellaban en la penumbra de la noche en el patio trasero de Rachel. Tanto ella como su madre y James estaban sentados alrededor de una fogata improvisada y asaban perros calientes y malvaviscos, su cena navideña completamente inusual, pero de lo más divertida.

Rachel experimentó una sensación de gratitud en el pecho al ver el tinte rosado en las mejillas de su madre y el rostro concentrado de James. Todo gracias a Kolbjorn.

—Mamá, ¿quieres más té? —le preguntó Rachel al tiempo que tomaba el termo que se encontraba al lado de su silla.

—No, Rachel, estoy bien. —Kendra jaló del borde de la manta que le cubría casi hasta el pecho. Había subido de peso y recuperado el color en el rostro. Los ojos le habían vuelto a destellar, y la semana anterior había insistido en teñirse el cabello de color caoba. Como solían hacer antes, Rachel se lo tiñó.

—¿Tienes frío? —Rachel se inclinó hacia adelante para tomar otra manta o ayudarla a levantarse para ir dentro.

—Me encuentro de maravilla. Hacer una fogata y cocinar perros calientes y malvaviscos para celebrar Navidad ha sido una idea excelente, tesoro.

James extrajo el palo con unos perros calientes de la fogata y los sirvió en el plato que tenía en el regazo.

—¿Quién quiere otro?

—¡Yo! —exclamó Kendra, y Rachel frunció el ceño.

—¿No te va a hacer mal comer tantos perros calientes?

Su madre hizo un ademán y tomó el pan de las manos de James.

—Lo estoy pasando muy bien —le dijo con la boca llena—. Me siento entera y sana otra vez. Creo que mañana será el día en que regrese a la joyería.

—¡Qué bueno, mamá! —exclamó James mordiendo su perro caliente.

Rachel sonrió. Quizás su madre estaba lista para volver a trabajar. La canción *I'll be home for Christmas* sonaba de fondo en el móvil de James. Rachel tomó una profunda bocanada de aire y se llenó de paz. Se apoyó contra el respaldo de la silla y cerró los ojos. Inhaló el aroma a perros calientes, leña y vino tinto. Ese aroma siempre le recordaría al hombre que jamás volvería

a ver. El hombre que anhelaba más que a su próximo aliento. Kolbjorn.

Habían pasado poco más de tres meses desde la cirugía. Tres meses de esperanza, preocupación y angustia que se habían enraizado en el corazón de Rachel desde el día en que se alejó de Kolbjorn. Cada día, se había sentido desgarrada entre la alegría de ver a su madre recuperándose y la pérdida de abandonar al hombre que amaba. A menudo, se quedaba con la vista perdida en el espacio pensando en Kolbjorn y sintiendo que algo significativo le faltaba en la vida, que había perdido una parte de su alma en alguna parte del camino. Y sabía exactamente dónde: en la Noruega del siglo IX.

Ahora su madre se encontraba bien, y el riñón estaba funcionando. James, que siempre había sido bueno para la tecnología informática, se había graduado de la secundaria más temprano y comenzaría a trabajar en enero como un desarrollador web mientras estudiaba en una universidad en línea. A pesar de que Rachel había insistido en que aplicara a un curso presencial de tiempo completo y se dedicara solo a estudiar, él le había dicho que era lo suficientemente mayor como para ganar dinero, y que ella no era la única que quería apoyar a la familia. Era hora de que él también lo hiciera. Rachel respetó su decisión, aunque no estuviera de acuerdo. Pero sabía que no tenía que cuidarlo. Su hermano iba a estar bien.

—Me voy a dormir —anunció James.

—En otras palabras, es hora de hacer una videollamada con la novia... —lo provocó Rachel con una sonrisa.

James se sonrojó. Se puso de pie y le dio un beso en la mejilla a su madre antes de revolverle el cabello a Rachel y dirigirse hacia la casa.

—Sigues siendo un niño —le dijo Rachel a sus espaldas mientras se peinaba el cabello. Cuando su hermano desapareció, sintió los ojos de su madre encima—. ¿Qué sucede?

—¿Tú no tienes a nadie con quien hacer una videollamada?

Rachel sintió que le ardían las mejillas. ¿Cómo podía ser tan intuitiva su madre?

—No —repuso. Técnicamente, era cierto. Sería imposible hacer una videollamada con Kolbjorn. Pero Rachel sabía que la pregunta de su madre no era tan literal—. Pero tengo alguien a quien quiero.

—Sabía que esas miradas perdidas al borde del llanto significaban algo. ¿Quién es? ¿Acaso es el que te conectó con el filántropo anónimo que pagó la cirugía?

Rachel sintió unas lágrimas inoportunas que le hacían arder los ojos.

—Sí, me ayudó.

—Bueno, ¿y dónde está? ¿Lo puedo conocer?

¿Cómo debía responder eso?

—No lo creo, mamá.

—Háblame de él.

¿Qué le hablara de Kolbjorn? ¿Por dónde podía comenzar?

—Es increíblemente apuesto. Y fuerte. Y de lo más terco. —Se rio y se secó las lágrimas—. Y tiene un corazón gigante. Nunca conocí a nadie como él, y nunca volveré a hacerlo. Teníamos una conexión que detenía la tierra, implosionaba estrellas y nos calaba hasta el corazón. Y de no ser por él, no estarías aquí.

Y ella tampoco, pero no se lo contó a su madre, que la miraba con ternura y le sonreía.

—Nunca tuve nada similar con tu padre —le dijo.

Rachel se enderezó.

—¿Cómo has dicho?

—Lo amé, pero no era nada como lo que describes. Ese hombre suena muy especial, Rach.

¿Por qué no pueden estar juntos?

Rachel abrió la boca para responder que tenía que estar allí, en esa época, para asegurarse de que su madre se encontrara bien, para asegurarse de que tuvieran dinero, para cuidar de James... Pero al ver a su madre sonreír y comer perros calientes mientras planificaba regresar a trabajar al día siguiente, ya no estaba segura si la familia la necesitaba tanto. James también iba a trabajar y a estudiar. Y todo parecía indicar que su madre iba a estar bien. Pero ¿qué había de Rachel? ¿Estaría bien?

—No podemos estar juntos porque....

Pero el único motivo que se le vino a la mente era que no tenía más el huso de oro. Cuando había regresado con el colgante, el huso había desaparecido. Y, sin importar lo mucho que lo hubiera buscado, no lo encontró por ningún sitio.

—¿Por mí? —le preguntó Kendra—. Tesoro, estoy bien. Has hecho de todo por mí... de todo y más también. Puedes vivir un poco.

Rachel casi se ahoga con una carcajada de alegría.

—Mamá, no te estás interponiendo en mi felicidad. Es más complicado.

—¿Qué cosa es complicada?

—No... tengo la manera de encontrarlo.

—Oh. ¿Y si la tuvieras?

Rachel consideró la pregunta. ¿Qué haría si tuviera el huso de oro? ¿Regresaría con Kolbjorn? ¿Abandonaría a su familia y las comodidades de la vida moderna, la lujosa seguridad de la sociedad en la que vivía? ¿Y qué había del *jarl* Bjorn, que había querido matarla? Para su sorpresa, una respuesta fácil le afloró al corazón.

—Sí —le dijo—. En un parpadeo.

Su madre le sonrió.

—En ese caso, deberías encontrar el modo.

—Pero ¿y si requiere que jamás te vuelva a ver a ti o a James? ¿Y si nunca más puedo hablar con ustedes?

Su madre frunció el ceño.

—¿Qué? ¿Por qué?

—No lo puedo explicar. Pero respóndeme. ¿Aun así querías que encontrara a ese hombre?

Su madre se le acercó y le tomó las manos entre las suyas. Tenía las palmas cálidas y la envolvieron y la hicieron sentir mejor.

—Tesoro, cuando eché a tu padre...

—¿Qué has dicho?

Kendra soltó un suspiro.

—Sí, lo siento. Nunca te lo dije porque no quería que tuvieras esperanzas de algo que jamás iba a ocurrir. Lo eché porque se había involucrado con el crimen organizado, y no lo quería más cerca de ti. Lo eché, y cuando asumiste que te había abandonado, no te corregí porque no quería que lo buscaras. Quería protegerte a ti y a James. Me sentí fatal. Me rompió el corazón que comenzaras a detestar a tu padre, pero era mejor que arriesgar tu vida.

—No escogió marcharse. ¿Lo echaste?

La confesión la golpeó como un tren. La mente se le aceleró al tiempo que recordaba todas las ocasiones en que había llorado por él, todas las veces que se había prometido que jamás volvería a querer a nadie y los momentos en que se preguntó por qué su padre había decidido que ya no los quería. Pensó en lo mucho que la aterraba dejar que se le acercara alguien porque podría perderlo algún día. Pero, lo más importante, era que había temido permitir que Kolbjorn

tuviera un lugar en su corazón. Pero él no la había abandonado, sino que la había escogido.

—Sí —dijo su madre—. No quería que estuvieran en peligro por culpa de él, y no quería que aprendieras nada acerca de crímenes.

Era demasiado tarde para eso, pensó Rachel, y la culpa le pesó en el pecho como una piedra.

—Entonces, no nos abandonó —dijo en voz alta—. Nos estabas protegiendo.

—Sí, tesoro.

Rachel pensó que tenía que estar enfadada con su madre. ¿Por qué no se lo había dicho antes? Pero ella jamás le había contado lo que había hecho y lo lejos que había ido para salvarle la vida.

No necesitaba temer más. Algo en su interior sanó. Y sintió como si todo estuviera bien en el mundo, excepto una cosa. No había ningún tipo de comodidad moderna o cercanía con su familia, sin importar lo mucho que los amara, que pudiera compensar el hecho de que la vida de Rachel jamás estaría completa sin el hombre que era dueño de su corazón y su alma.

Y por microscópica que fuera la oportunidad de encontrar la manera de regresar a su lado, tenía que tomarla. Su misión allí estaba completa. Ahora podía marcharse. No podría vivir consigo misma si no intentaba ver si la felicidad yacía más de mil años en el pasado con un vikingo.

—Tienes razón, mamá —dijo Rachel incorporándose de un salto—. Tengo que encontrarlo.

—¿Dónde? ¿En Tayikistán?

Rachel se rio.

—Sí, algo similar. ¿Aún querías que lo hiciera, sabiendo que sería feliz con él pero que jamás me volverías a ver?

—¿Me puedes garantizar que no es un criminal?

—Sí —repuso Rachel con una sonrisa. Kolbjorn no era ningún criminal... bueno, por tratarse de un vikingo. Con amargura, Rachel pensó en la ironía de todo: ella era la criminal. Esperaba que su madre jamás se enterara de la verdad acerca de cómo había conseguido el dinero para la cirugía. Y, sin embargo, Rachel lo volvería a hacer de vuelta de ser necesario.

A Kendra se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Entiendo —le aseguró asintiendo con la cabeza—. Y la respuesta es sí, tesoro. Cuando eres madre, es muy difícil dejar ir a tus hijos. Pero tú eres toda una adulta. Has sido una madre para mí en los últimos seis años. Y me has salvado la vida. Te echaré de menos a cada segundo, Rachel, pero tienes que vivir tu propia vida. No puedes vivirla por mí. Tienes que vivirla por ti.

Rachel le dio un fuerte abrazo.

—Te quiero mucho, mamá.

—Y yo a ti. Y te esperaré todos los días de mi vida, pero saber que eres feliz es todo lo que necesito.

Rachel se quedó un rato más con su madre, disfrutando de su compañía y pensando que acababa de recibir el regalo más preciado de Navidad. Podía regresar con Kolbjorn. Si todo iba bien, esa sería la última Navidad que pasaría con su familia y quería saborear cada momento.

Luego de apagar la fogata y limpiar, Rachel se dirigió a su habitación sintiendo un aleteo en el pecho como una bufanda al viento. Miró alrededor de la habitación que había sido su oasis durante toda su vida: las paredes de color lila con carteles de estrellas de fútbol, la jamba con las marcas de su altura mientras crecía, el escritorio con el viejo ordenador portátil de su padre, que era grueso y pesado como un maletín. Había fotografías de los cuatro acampando juntos en el que había sido uno de los días más felices de su infancia, antes de que su padre se hubiera marchado y antes de que su madre se hubiera enfermado. Rachel debería llevárselas con ella.

Se sentó en su cama y pasó los dedos por el edredón plateado que le había tejido su madre. Decía su nombre con las mismas letras doradas del colgante. Quizás se lo llevaría también. El corazón se le ciñó de dolor al despedirse de su vida.

Varias lágrimas se le acumularon en los ojos, y con una sonrisa en el rostro de pensar en el futuro que la aguardaba con Kolbjorn... o eso esperaba.

Al cabo de un rato, se secó las lágrimas, abrió el ordenador portátil, que tardó al menos cinco minutos en cargar, y comenzó a buscar sitios en los que podrían estar ocultas las nornas en esa época en Chicago.

CAPÍTULO

DIECISIETE

B uskeland, Noruega, 24 de diciembre de 874 d. C.

—No todos los días un hombre recibe a un nuevo hijo. —La voz del *jarl* Bjorn resonó por todo el gran salón en el festival de Yule.

Las voces presentes en el banquete se apagaron, y hasta el rey, que estaba sentado a su lado, lo escuchó.

El día siguiente a la partida de Rachel, su padre se dio cuenta de que era la primera vez que Kolbjorn lo había engañado. Kolbjorn recordaba que su padre lo había mirado fijo como si lo estuviera viendo por primera vez.

Tras recibir trescientos zafiros, Eirik se había convertido en el nuevo aliado del *jarl* de buena gana.

El *jarl* continuó:

—Y es incluso más raro cuando ese hijo es un adulto. Pero solo cuando los dioses interfieren, ese hijo es épico. Hoy es mi día de suerte, porque Kolbjorn, a quienes muchos conocen como mi bastardo, se unirá a los lobos de mi clan y se convertirá en parte de esta familia.

Kolbjorn había estado comiendo en el medio del salón con Modolfr y sus hermanos de armas, escuchando sin entusiasmo sus conversaciones. Pero lo único que oía eran las palabras que le había dicho una ladrona de cabello caoba antes de desaparecer y llevarse su corazón con ella. «Te amo».

Al principio, no logró comprender el significado de las palabras de su padre. Luego sintió todos los ojos en el salón como dedos inquisitivos, y miró alrededor hasta que por fin comprendió lo que había dicho el *jarl*. Las palabras que había anhelado oír durante toda su vida. Kolbjorn se incorporó de un salto con una expresión de piedra en el rostro y apretando los puños. Abrió la boca para dar el discurso que había practicado tantas veces en su cabeza a lo largo de los años, pero no le salió nada.

Por fin podía sentirse aceptado y parte de la familia. Su padre lo amaba. Pero esas cosas ya no le importaban. Lo que importaba era que fuera sincero consigo mismo. Esa epifanía lo abrumó más que las palabras de su padre.

Lo único que había necesitado desde el comienzo había sido su fuerza interior, su aprobación interior para vivir bajo sus propias reglas. Ni como bastardo, ni como hijo de un *jarl*, ni tampoco como el *jarl* mismo. Mientras tuviera eso, iba a estar bien. Nadie podría quitárselo.

Kolbjorn se demoró mucho en responder al anuncio de su padre, que adquirió una expresión furiosa. El rey lo observaba entretenido, y Ebbe parecía a punto de escupir veneno. Era probable que también estuviera enfadado por su hermano, que se estaba recuperando en la casa del curandero.

Kolbjorn se incorporó del banco. Tenía que responder con respeto. Ahora que no necesitaba la aprobación de su padre, no le importaba hacerlo esperar. Caminó hacia el *jarl*, y los zapatos le resonaron contra el suelo de juncos. Luego se detuvo delante de él, y se miraron a los ojos.

El *jarl* estaba frunciendo el ceño, mientras intentaba ocultar el enfado. Kolbjorn notó con extraña satisfacción que Bjorn estaba esperando a ver si su bastardo lo aceptaba como padre. Y por supuesto que lo haría. Sin dudas. Rechazarlo sería el mayor insulto que le podría hacer al *jarl* Bjorn, en especial delante del rey.

—Padre —comenzó—. Esto es todo lo que siempre deseé.

A Kolbjorn no le salió tan tensa la voz como le habría salido antes en esa situación, sino que utilizó un tono suave como la ofrenda de paz de un diplomático. Al *jarl* se le relajó el rostro. Se puso de pie y se detuvo delante de Kolbjorn para apoyarle las manos en los hombros y apretárselos con firmeza.

—Ya no eres más simplemente Kolbjorn. ¡Eres Kolbjorn Bjornsson! —rugió la última palabra, y todos en el gran salón prorrumpieron en vítores, golpearon las mesas y soltaron aullidos de lobo.

Su padre añadió con suavidad para que solo Kolbjorn lo oyera:

—Kolbjorn Bjornsson, el siguiente líder de la manada. Mi heredero.

Kolbjorn aún intentaba asimilar todo lo que había ocurrido cuando comenzaron la caza de ciervos hibernal tres días más tarde. Como era un día cálido, a veces los osos salían de sus guaridas de invierno. Ese día no fue la excepción. Se trataba de una bestia enorme, que se detuvo a pocos metros de ellos y olfateó el aire sin mostrar ninguna señal de agresión.

—¡Los dioses nos están sonriendo! —le dijo el rey al *jarl*—. Creo que un estofado de oso para la cena y un buen abrigo de piel me vendrían muy bien. Si lo matas, te ayudaré a convertirte en rey para la próxima fiesta de Yule, Bjorn.

Kolbjorn miró a su padre con preocupación y notó la sonrisa ebria que le asomó a los labios.

—Creo que a mí también me gustaría cenar estofado de oso, Eirik. Y ser rey el año que viene. Hijo, dame la lanza.

Kolbjorn no movió ni un dedo.

—Padre, ¿te parece sabio? Déjalo ir.

—¿Qué has dicho? Kolbjorn, ¿dónde perdiste los testículos?

—Estás ebrio.

—¿Y? No me tiembla la mano. Dame la lanza.

Kolbjorn apretó el mentón. El temor por su padre le congeló la piel como una brisa hibernal. Tenía que mantener a su padre fuera de peligro.

—Será mejor que lo mate por ti.

El rostro del *jarl* perdió cualquier indicio de diversión.

—No.

—Parece que tu nuevo hijo cree que eres demasiado viejo como para matar a un oso —señaló Eirik.

Bjorn soltó un bufido y extrajo el largo cuchillo de caza.

—Tendré que matarlo con mis propias manos.

Antes de que Kolbjorn pudiera dar un paso para detenerlo, su padre soltó un rugido y echó a

correr hacia el oso.

Al principio, el animal huyó, pero se movía lento por la nieve, estaba adormilado y débil luego de hibernar y no consumir ningún alimento por varias semanas. Bjorn lo alcanzó y le hundió el cuchillo en el punto entre los omóplatos. Kolbjorn había echado a correr hacia su padre con el corazón acelerado.

El animal estaba furioso y ahora bien despierto. Se volvió hacia Bjorn con un rugido y le mostró los dientes y las garras. El *jarl* se movía con sorprendente agilidad considerando la cantidad de hidromiel que había bebido durante el festejo de Yule. Movía la daga y la hundía en el animal, pero no fue lo suficientemente rápido. Cuando Kolbjorn llegó a su lado, su padre se cayó aferrándose el lateral, y una mancha escarlata se extendió en la nieve a su alrededor.

El oso se alzó con un rugido doloroso y furioso que le resonó en los oídos a Kolbjorn. Estaba a punto de saltarle encima a su padre para asestarle el ataque mortal, pero su hijo le apuntó la lanza, que perforó al animal en el pecho y lo arrojó hacia atrás al tiempo que acallaba el rugido. Se hundió en la nieve a los pies del *jarl*.

Cuando llevaron al *jarl* Bjorn a casa, Kolbjorn recordó el consejo de Rachel y quiso decirles a los curanderos que lavaran e hirvieran los trapos antes de aplicárselos contra la herida. Pero fue demasiado tarde; ya habían utilizado los trapos sucios.

En consecuencia, al *jarl* se le pudrió la herida. Kolbjorn deseó contar con un colgante, un tesoro o algo que robar, algo por lo que luchar y morir de ser necesario, con tal de ver a su padre saludable otra vez. Comprendió a Rachel como nunca antes.

Su padre luchó contra la herida, pero al final, perdió la batalla. Al cabo de dos semanas, supo que se estaba muriendo. Y, en el lecho de muerte, se encontraron sus hijos: Alfarr, Ebbe y Kolbjorn. Pero, el *jarl* solo miró a Kolbjorn a los ojos y le dijo delante de todos:

—No hay un padre más orgulloso de su hijo. Sé el mejor *jarl* que pueda tener esta tierra.

A Kolbjorn se le llenaron los ojos de lágrimas. Deseó que Rachel se encontrara a su lado. Había tenido razón desde el comienzo. Cuando dejó de importarle lo que su padre pensaba y comenzó a vivir siguiendo sus reglas, acabó consiguiendo todo lo que había deseado: excepto que ya no tenía un padre. Ni tampoco a la mujer que amaba más que a la vida misma.



BUSKELAND, Noruega, junio de 875 d. C.

KOLBJORN ARROJÓ la bolsa de avena dentro de un *drakkar*, y la brisa le refrescó una parte del pecho que tenía descubierta. A pesar de que ese no era el trabajo de un *jarl*, detestaba la idea de ponerse por encima de sus hermanos de armas, que siempre le habían cuidado la espalda en los saqueos y siempre lo harían. Kolbjorn había aprendido que a excepción de Ulf, Garpr y Haki, el resto de los guerreros de la aldea le eran leales y se habían negado a atacarlo junto con sus hermanos.

Los músculos le dolían del ejercicio físico, y esperaba con ansias el ardor satisfactorio que sentiría en los hombros tras remar durante mucho tiempo. Una brisa acarreó el aroma al mar más allá de la curva del fiordo que lo llamaba. Kolbjorn esperaba que la aventura fuera una distracción agradable para dejar de pensar en Rachel a cada momento de su vida.

Zarparían más tarde ese día, luego de cargar todos los barcos con los bienes necesarios y

hacer el sacrificio a los dioses para un viaje exitoso. Ese sería su primer saqueo como *jarl*. Era el *jarl* Kolbjorn Bjornsson, pero ahora quería otras cosas. Lo que más quería era a Rachel. Kolbjorn, un bastardo hacía unos pocos meses, se había convertido en el nuevo *jarl*, pero nada de eso importaba. Ni un ápice. Porque ahora no tenía ni a su padre ni a Rachel.

El mundo a su alrededor se desvaneció mientras recordó el día en que se paró en ese embarcadero hacía unos meses con el corazón herido...

El barco en llamas con el cuerpo de jarl Bjorn se alejó navegando entre las montañas. El mundo jamás volvería a ser igual. Deseaba que Rachel se encontrara a su lado. Quería sentir su mano suave sobre la suya, sentir su consuelo y comprensión. Su amor. «Te amo», le había dicho.

Sin apartar la mirada del barco, notó que había comenzado a nevar con tranquilidad, la brisa le susurraba, y entre los copos de nieve que le rozaban las orejas, sintió los besos fríos y húmedos de las valquirias que habían ido a llevarse a su padre al Valhalla y le prometían que un día se encontraría con él allí.

Sus hermanos se marcharon del reino luego del entierro, a pesar de que Kolbjorn les había prometido sitio en los barcos de saqueos. Alfarr estaba lisiado y no podía luchar bien. Ebbe era un cobarde que siempre se había quedado al final de la batalla.

Kolbjorn regresó al presente con un estremecimiento y arrojó otra bolsa de avena que había cosechado la gente de su aldea. Su hogar.

Gracias a la alianza con el rey Eirik, los suecos ya no posaban una amenaza, y Kolbjorn estaba construyendo un hogar próspero y nuevo. Echaba de menos a Rachel tanto que le dolían los huesos. Si pudiera cambiar el reino, su nombre y toda la plata y el oro por una noche con ella, lo haría.

A menudo, había ido a la arboleda sagrada a rezar y hacer sacrificios, a demandar que las normas le regresaran a Rachel. En una o dos ocasiones le había parecido ver algún movimiento detrás de los árboles: su abrigo o su cabello caoba, pero cuando miraba, no estaba allí. Y sangraba por dentro. El dolor era tan fuerte como si un martillazo le estuviera golpeando los huesos y quebrándoselos como piedras.

Tras arrojar la última bolsa a bordo del barco, se enderezó, y la brisa cálida del verano le produjo un cosquilleo en la piel sudada. Lo más extraño de todo fue que la brisa acarreó unas notas a manzanas dulces que siempre asociaría con Rachel. El pecho le dolió como si se lo hubieran perforado con una cuchilla. Tenía que olvidarla. Pero sabía que incluso cuando se encontrara en su lecho de muerte, sería la única en sus pensamientos.

Se volvió para regresar a la aldea, y vio una silueta de cabello caoba con un abrigo de lana de pie en el embarcadero. El corazón se le detuvo y sintió una vibración en la médula. Se aclaró los ojos y los entrecerró para asegurarse de que no estaba soñando. Y ella le sonrió.

Era Rachel.

CAPÍTULO

DIECIOCHO

Rachel pensó que el corazón se le iba a detener al verlo. El pulso le latió en la sien, el estómago le dio un vuelco y se le secó la boca.

Kolbjorn se veía más hermoso de lo que recordaba. Los músculos del pecho y los hombros le rodaban como olas, y la piel le brillaba del sudor al arrojar las últimas bolsas en el barco. Se podía imaginar cómo el vientre se le tensaba y relajaba debajo de la túnica. Rachel casi podía oler su aroma masculino y saborear la sal en su piel. Las rodillas se le debilitaron.

Luego la vio. Sus miradas conectaron, y el mundo dejó de girar. Kolbjorn tenía la respiración agitada. Sin dudas, se debía al ejercicio y no a que la estaba viendo.

Rachel presintió que algo había cambiado en él. Era como si hubiera crecido más. Tenía los hombros encuadrados y la cabeza en alto. Y estaba por partir. A pesar del calor del sol, se estremeció.

—¿Vas a algún sitio? —le preguntó.

Pero qué tonta. De todas las cosas que podía decir, ¿eso era lo que se le ocurría? La observó incrédulo, como si estuviera pensando lo mismo, y la hizo ruborizar.

—Sí, me voy —le respondió.

A Rachel le temblaron las manos. Había esperado volver a conectar como antes cuando se volvieran a ver, como si nada más existiera, excepto ellos dos. Pero algo iba mal.

Caminó hacia él, y las botas de invierno con suelas gruesas resonaron con suavidad contra el muelle de madera. La observó con el ceño fruncido, el pecho subiéndole y bajándole, pero no se movió. No dio ninguna señal de alegría, ni tampoco se movió hacia ella. ¿Acaso la había olvidado? ¿O había conocido a alguien más? La duda la atravesó como una daga en el vientre, y casi se dobló del dolor.

—¿A dónde vas? —le preguntó deteniéndose delante de él. Se quitó la mochila pesada que estaba cargando. Llevaba todos los tesoros que había prometido y más.

El calor que irradiaba Kolbjorn le produjo un cosquilleo en la piel. Los labios le dolían por besarlos, con las manos casi le acarició la barba, para sentir su cuerpo fuerte bajo las yemas de los dedos. Como atraída por un imán invisible, avanzó hacia él, ansiosa de sentir sus brazos envolviéndola. Pero él se quedó quieto como una montaña y la atravesó con los ojos avellanados.

—A saquear. A las tierras de los pictos.

—Oh, Escocia. ¿Por cuánto tiempo?

—Hasta que llenemos los barcos de tesoros.

—¿Y no echarás de menos a tu esposa? —La última palabra se quebró como una rama seca. Kolbjorn parpadeó.

—No.

Rachel asintió con la cabeza.

—¿Tienes esposa?

—No.

Se rio aliviada y le ofreció una sonrisa nerviosa.

—¿Cuánto tiempo he estado lejos?

—Medio año —le dijo y luego añadió casi en un susurro—: ¿De verdad estás aquí?

La tensión se evaporó de la frente de Rachel.

—Sí —le contestó—. De verdad.

Estiró la mano para tomarle la palma izquierda entre las suyas. Tenía miedo de que se apartara de ella o la rechazara de otra manera. Pero cuando lo tocó, Kolbjorn le apretó los dedos y bajó la mirada. Luego se llevó las manos de ella al rostro y las estudió con detenimiento hasta que le hizo arder la piel. Tenía la palma cálida y seca, y la piel callosa y áspera, y un calor agradable la invadió entera. Kolbjorn se llevó sus manos a los labios, y el roce húmedo le produjo un cosquilleo en todo el cuerpo. Cerró los ojos, y la piel se le arrugó alrededor. Le sostuvo las manos de esa manera varios instantes, hasta que la preocupación de Rachel se deritió, el estómago se le relajó y los pulmones se le expandieron. Kolbjorn no era indiferente a ella. Al comprenderlo, una lágrima le rodó por la mejilla.

—De verdad eres tú —le susurró contra los dedos, y sintió el aliento cálido contra la piel—. Puedo sentir tu mano y es tan suave como la recuerdo. Creí que jamás te volvería a ver.

Rachel no soportaba pasar un segundo más alejada de sus brazos. Dio un paso hacia él, que se abrió para recibirla y, cuando la envolvió contra su torso, el mundo se volvió a detener. Le pasó las manos por la espalda e inhaló su aroma a mar, a sol y a sudor fresco. Respiró su aroma como si fuera oxígeno que necesitaba para vivir. Oyó el latido de su corazón contra la oreja; estaba igual de acelerado que el de ella.

—¿Qué haces aquí? —Sintió las palabras cálidas de Kolbjorn contra la oreja, y el simple sonido de su voz hizo que se le debilitaran las rodillas.

—He regresado —le respondió sin soltarlo. Él se apartó un poco para observarla.

—¿Has regresado?

Rachel tragó con dificultad. Esa era la parte difícil: decirle que no tenía ninguna intención de regresar a su época. Abrir el corazón para él y dejarlo a su merced.

—Sí, para siempre. Si me aceptas —añadió.

Kolbjorn abrió los ojos como platos.

—¿Y tu madre?

Rachel le sonrió con inmensa alegría.

—Se encuentra bien gracias a ti. Gracias al colgante.

A Kolbjorn se le relajaron los hombros.

—Esas son buenas noticias. ¿Cómo has regresado?

—Bueno, como ya no tenía más el huso de oro, tuve que ir en busca de una norna. No fue nada fácil. En Chicago, los que celebran la cultura pagana celebran las fiestas de Yule, y la encontré allí. Dijo que disfrutó mucho de nuestra historia y que creyó que la iba a ir a buscar antes. Tenías razón: estaba al tanto de todo. Y dijo que debería reunir mis cosas y me enviaría de regreso, pero por última vez. Ya no podría regresar más a mi época.

A Kolbjorn se le agrandaron los ojos.

—¿No?

—No, estoy atrapada aquí. He venido a redimirme, y he traído este *wergeld*. —Alzó la mochila—. Traje vino, perros calientes, medicina para las infecciones... digo, las heridas

podridas, analgésicos para el dolor. Y más piedras preciosas, de las sintéticas. Como los zafiros. ¿Aceptas este *wergeld* como compensación de todo lo que robé?

—No.

A Rachel se le hundió el corazón.

—¿Por qué no? También puedo ayudar al joyero hasta saldar mi deuda.

Kolbjorn negó con la cabeza.

—No basta, Rachel.

—¿Y qué otra cosa puedo hacer?

—Te aceptaré aquí, te permitiré trabajar con el joyero y aceptaré el *wergeld* con una condición.

—¿Cuál?

—Que seas mi esposa.

Rachel abrió la boca, pero no logró decir ni una palabra. ¿Lo había oído bien? ¿Acababa de proponerle matrimonio? Se le secó la boca.

Le dio una palmadita en el pecho y sonrió.

—Con que al final sí tienes un embustero dentro, ¿eh?

Él se limitó a alzar la cabeza.

—¿Y entonces? ¿Qué dices? ¿Quieres ser la esposa del *jarl*?

—¿La esposa del *jarl*? ¿Eres el *jarl*?

—Sí.

—Entonces tu padre te aceptó. —Kolbjorn asintió con la cabeza—. Hubiera sido un tonto si no lo hacía. Aguarda. Si eres el *jarl*, ¿dónde está tu padre?

—Murió durante el invierno.

A Rachel se le ciñó el corazón. Los dos habían perdido a su padre. Le apretó el rostro contra el pecho.

—¡Lo siento mucho, Kolbjorn!

Alzó la mirada y le estudió el rostro y, como de costumbre, la miró con estoicismo.

—¿No necesitarás a una mujer honorable como esposa del *jarl*?

—No me importa lo que piense la gente. Tenías razón. Tenía que vivir siguiendo mis propias reglas. Y, en cuanto comencé a hacerlo, conseguí todo lo que siempre había querido. Excepto lo que más quería: a ti.

Rachel le sonrió y sintió que sus almas conectaban en algún nivel que no lograba comprender.

—Serás una buena compañera. Has traído tesoros y medicina, y estás dispuesta a redimirte. Y, no me malinterpretes, te vas a redimir. Debes devolver lo que has robado de una u otra manera. El amor y la dedicación que le demostraste a tu madre y a mí al regresar aquí con el *wergeld* me dice que serás la mejor compañera que puede desear cualquier hombre. ¿Qué dices?

Había una cosa que tenía que saber antes de comprometerse con él.

—Dije algo antes de marcharme, ¿recuerdas?

—Sí.

Le recorrió la mejilla con los dedos con suavidad, y la caricia le produjo olas de dulce anticipación por la piel. Se apoyó contra su mano.

—¿Qué dije?

—Que me amabas. —El pulgar le acarició la boca y el labio con suavidad y le encendió la piel.

—Antes de darte mi respuesta —continuó viendo cómo se le dilataban las pupilas mientras le

observaba el labio que se movía bajo su pulgar—. Tengo que saberlo: ¿me amas?

Kolbjorn la obligó a mirarlo a los ojos como la primera vez que se conocieron. Luego se llevó las manos al cuello y se quitó algo que tenía oculto bajo la túnica. Era el colgante que la madre de Rachel le había regalado, el que Rachel le había entregado al *jarl* Bjorn antes de marcharse. Lo acarició con los dedos y notó que tenía la calidez de su cuerpo. Unas lágrimas se le formaron en los ojos. Kolbjorn lo había tenido todo el tiempo cerca de su corazón.

—Sí, con cada gota de mi sangre, con cada parte de mi alma, con cada esquina de mi corazón. Te amo, mi viajera en el tiempo.

Las palabras terminaron de derretir la tensión como el fuego derretía la nieve, y le obsequió la sonrisa más ancha y feliz de toda su vida.

—En ese caso, me casaré contigo, mi vikingo.

Lo tomó en sus brazos y por fin besó los labios que había anhelado besar durante tanto tiempo. Kolbjorn le devoró la boca como si temiera que al siguiente segundo fuera a desaparecer y tuviera que tomar todo lo que pudiera conseguir. La levantó en sus brazos, le pasó las piernas alrededor de los muslos hasta que le apretó el sexo contra la erección y le hizo sentir olas de placer mientras comenzaba a caminar.

—Tengo que tenerte —le gruñó contra la boca—. La vida me ha privado de tenerte, y debo recuperar todo el tiempo que he perdido.

Rachel bajó la mirada al tiempo que Kolbjorn se subía al casco del *drakkar*.

—¿Qué? ¿Aquí mismo?

Caminó hasta la esquina más alejada del navío, donde había varias pilas de bolsas y barriles. El suelo se movió, y a Rachel le dio vueltas la cabeza aún más, lo que le intensificó al ardor que sentía en todo el cuerpo. Se arrodilló con ella detrás de una montaña de provisiones.

—Sí, aquí. En cualquier sitio.

Se hundieron en el fondo, protegidos de cualquier par de ojos de la aldea, y cuando los labios de Kolbjorn se volvieron a fundir con los de Rachel, se derritió en sus brazos fuertes y respiraron y se movieron como uno. Por fin, Rachel se sintió completa, y mientras miraba los ojos cálidos de Kolbjorn, supo que él sentía lo mismo.

EPILOGO

B uskeland, Noruega, cinco años después

KOLBJORN MIRÓ ALREDEDOR del gran salón que estaba atestado de gente. Se oían risas, anécdotas de borracheras y discusiones amistosas de hombres que habían bebido demasiado. El gran salón estaba tenuemente iluminado y cálido y olía a los platos del banquete: miel fermentada, carne asada y verduras hervidas.

Como siempre, el *jarl* tenía la cabeza despejada... al menos del alcohol. Pero la tenía llena de pensamientos agradables de su familia, que se encontraba cerca de él. Su esposa estaba sentada al lado de su gran silla. Era una hechicera de cabello caoba que había venido del futuro para darle más felicidad de la que podía aceptar. La mano le colgaba del brazo de la silla al igual que la de él, y se rozaban las palmas. Si bien la conexión de su piel era casi invisible, la de sus almas, casi irrompible.

Su hijo de dos años, Bjorn, dormía en su recámara acunado por el canturreo del banquete. Tenía el cabello castaño de Kolbjorn, pero este no consideraba que su hijo fuera una paria. Y tampoco seguía pensando en él de ese modo.

Con o sin título, Kolbjorn era y siempre había sido el hijo del *jarl*. Siempre había llevado el linaje en la sangre, así como también lo llevaban su hijo y el segundo niño que esperaba Rachel.

El rey Eirik estaba sentado al otro lado de Kolbjorn con una hermosa criada en el regazo y los ojos destellantes. Acababa de renovar la alianza que había retirado luego de la muerte del *jarl* Bjorn. Unos rubíes destellaban en el colgante de oro del Mjöltnir que llevaba en el cuello. Era la joya más hermosa que Kolbjorn había visto. Cuando el rey había posado la mirada en el colgante, no se había movido ni un instante.

—¿Lo ha hecho el mismo Thor?

—No, mi esposa —había aclarado Kolbjorn sacando el pecho orgulloso.

Rachel había ocultado una sonrisa e inclinado la cabeza en señal de humildad y respeto. Rachel había hecho el colgante para el rey, como regalo para asegurarse su alianza con Kolbjorn.

Un movimiento le llamó la atención, y vio a tres personas acercándose entre los bancos del gran salón: una mujer, un hombre y una niña. Los guardias de Kolbjorn se movieron al mismo tiempo que el resto de los guerreros presentes en el gran salón, listos para proteger al *jarl*, a su esposa y al rey Eirik ante cualquier paso en falso. Sin embargo, Kolbjorn hizo un ademán, y los hombres se relajaron un poco sin dejar de mostrarse recelosos.

El hombre que avanzaba hacia Kolbjorn le resultaba familiar. Al ver el rostro curtido, reconoció a Ebbe. Kolbjorn intercambió una mirada con Rachel. Era evidente que estaba tan sorprendida como él.

—Ebbe Bjornsson —lo saludó Kolbjorn—. ¿Qué te trae por aquí?

Ebbe hizo una reverencia.

—Te presento a mi esposa, Liv, y a mi hija, Aslaug.

Kolbjorn asintió con la cabeza para saludarlas. Ver a su hermanastro le generó profunda tristeza ante el recuerdo de su padre, que ya no se encontraba entre ellos, y el recuerdo de la traición de sus hermanastros.

—¿A qué has venido, Ebbe? No hemos partido en los términos más amistosos.

—No, es cierto. Y me arrepiento de eso.

Kolbjorn arqueó las cejas sorprendido.

—¿Ah, sí?

—Sí, siempre me vi arrastrado a los planes de Alfarr, siempre fui un seguidor. Pero desde que me casé y comencé mi propia familia, me di cuenta de que ya no quiero seguir el liderazgo de otro hombre, en especial un hombre como Alfarr. Debo decidir cómo criar a mi hija, y no quiero que sea como Alfarr. O como yo.

Rachel se le acercó para susurrarle con una sonrisa:

—Estoy segura de que es la influencia de Liv. Debe ser una buena mujer.

—¿Vienes a hacer las paces? —le preguntó Kolbjorn, sin poder creer que su hermano hiciera eso.

—Sí —le dijo con una reverencia—. Y he venido a rogarte protección. Alfarr ha enfadado al jefe del clan vecino. Sus guerreros lo mataron, y ahora vendrán por nosotros y destruirán nuestra granja.

Kolbjorn sintió un aguijonazo de dolor ante la noticia de la muerte de Alfarr. A pesar de que no le sorprendía, una parte de él sintió que su hermano probablemente había obtenido su merecido.

—Somos simples granjeros —continuó Ebbe—. No somos guerreros. No puedo proteger a mi familia solo. Necesito tu ayuda.

Kolbjorn le echó un vistazo al rey, que observaba la conversación con gran interés. Sin dudas, comprendía quién era Ebbe. Kolbjorn miró a Rachel, que le asintió con la cabeza. Los dos estaban pensando lo mismo. La familia era familia. Kolbjorn no permitiría que esa niña creciera sin padres. No sentía resentimiento hacia Ebbe, ni tampoco la necesidad de vengarse de él, como muchos otros harían. Su padre lo había reconocido al final y lo había valorado más que a sus hijos legítimos. Kolbjorn había ganado hacía mucho tiempo.

—Te ayudaré —le dijo, y los rostros de Ebbe y Liv reflejaron inmenso alivio—. Enviaré a veinte guerreros. ¿Es suficiente?

—Sí, sí, gracias, hermano.

Era la primera vez que Ebbe lo llamaba de ese modo, y una sonrisa le asomó a los labios al tiempo que volvía a sentir ese deseo olvidado de tener un hermano.

—Únanse al banquete. Coman, beban y quédense.

A Ebbe se le iluminaron los ojos.

—No eres un gusano, Kolbjorn; jamás lo has sido, sin importar lo que dijera Alfarr. —Ebbe habló con la voz baja, pero Kolbjorn lo oyó, y los ojos le ardieron de las lágrimas—. Eres el lobo —concluyó su hermano volviendo a hacer una reverencia antes de encontrar un asiento para su esposa y su hija.

Cuando Kolbjorn miró a Rachel, su esposa le dio una señal en el modo especial en que se frotó la mejilla, y acordaron buscar un lugar a solas para los dos. Él quería ir a la recámara con ella, pero Rachel lo condujo afuera del gran salón.

—Quiero tomar aire fresco.

Se excusaron con el rey y salieron. Era una tranquila noche cálida de verano, y el aire olía a mar y lilas. Sin detenerse, Rachel condujo a Kolbjorn colina arriba hacia la arboleda sagrada, y un escalofrío le recorrió la piel.

—¿A dónde vas? No vas a regresar a tu época, ¿no?

Rachel se rio, y el sonido le derritió algo en el interior.

—No, tonto. Ya te lo he dicho miles de veces: no me iré a ningún sitio. Estás atrapado conmigo para siempre.

—Y se lo agradezco a los dioses —le aseguró con un suspiro de alivio.

—La arboleda sagrada es un lugar muy tranquilo porque la gente teme acercarse allí tras haberme visto desaparecer. Y quiero un momento de paz a solas contigo. Bjorn está durmiendo, y no quiero escuchar a la gente embriagándose al otro lado de la delgada pared mientras hacemos lo que tengo en mente.

A Kolbjorn le agradó el giro que había tomado la velada.

—¿Y qué sería lo que tienes en mente?

Pasaron por delante de la antigua casa de Kolbjorn, el sitio donde se habían visto por primera vez. El momento en que sus vidas habían cambiado. No dijo nada, sino que se limitó a mirarlo y arqueó las cejas. Eso siempre lo hacía reír.

—Estoy embarazada, estoy excitada y te deseo.

—Será un placer ayudarte, esposa.

Al llegar al claro, Kolbjorn colocó el abrigo de piel sobre el suelo. El corazón le cantaba mientras la besaba por primera vez en lo que esperaba que fuera una larga noche.

—¿Sabes de qué me acabo de dar cuenta? —le preguntó Rachel él mientras comenzaba a besarle el cuello e inhalaba su aroma dulce a manzanas que siempre lo hacía sentir más vivo.

—¿De qué? —le preguntó contra la piel.

—El colgante de las auroras boreales... nos unió. A través del tiempo. Y salvó a mi madre. Nos conectó. Sin él, no estaríamos aquí. Es la joya del tiempo.

Kolbjorn se apartó para mirarla y ver su piel traslúcida casi plateada en la oscuridad, el tono rubí del cabello caoba y las perlas de sus dientes.

—No —le dijo—. No ha sido el colgante. Has sido tú.

Rachel le ofreció una sonrisa tímida. Él le tomó el rostro entre las manos.

—Tú eres mi joya del tiempo.



GRACIAS POR LEER EL AMOR DEL VIKINGO. Espero que hayas disfrutado la historia de Rachel y Kolbjorn. Descubre qué sucede después cuando las Nornas envían a Donna a conocer a su alma gemela, Sigurd, en [LA CAUTIVA DEL VIKINGO](#).

DOS ENEMIGOS se convierten en amantes cuando el poderoso jarl vikingo toma cautiva a una hermosa viajera en el tiempo. ¿Será que el destino le ha enviado un buen augurio o una



LEE LA CAUTIVA DEL VIKINGO ahora >

★★★★★ “¡WOW! ¡Me encantó absolutamente esta historia!”

SUSCRÍBETE AL BOLETÍN de Mariah Stone: <http://mariahstone.com/es/signup>

¿TE APETECE UN HIGHLANDER?

Si te gustan los romances históricos y aún no has leído la historia de Craig y Amy, asegúrate de conseguir **LA CAUTIVA DEL HIGHLANDER**.

IMPRESIONANTE, apasionado, romántico -- ¡para todos los fans de Outlander! En sus brazos él encuentra fuerza. En los de él, ella encuentra esperanza. ¿Puede su amor superar las edades?

★★★★★ "¡UNA de las HISTORIAS MÁS ROMÁNTICAS Y DESGARRADORAS que he leído en mucho tiempo! ¡Me encantó absolutamente!"

Lee LA CAUTIVA DEL HIGHLANDER ahora >

O QUÉDATE en la Era Vikinga y lee un extracto de **LA CAUTIVA DEL VIKINGO**.



LA CAUTIVA DEL VIKINGO, Capítulo 1

VÖRNEN, Noruega, 870 d. C.

A SIGURD se le hundió el corazón al ver los nueve *drakkars* que aparecieron detrás de una montaña en el fiordo. Estaba de pie al lado de su padre, el *jarl* Randver, en la playa de la aldea. Diez docenas de sus mejores guerreros aguardaban al enemigo a su lado, con hachas, escudos, espadas y arcos listos para la batalla.

Las velas rojas y azules de los barcos anunciaban a gritos la llegada del enemigo, el *jarl* Fuldarr, lo que suponía que la hermana de Sigurd, Vigdis, había fracasado en la misión de negociar la paz y se encontraba muerta o capturada de rehén y probablemente a bordo de uno de esos navíos. A Sigurd se le congeló el corazón ante la idea, eso implicaba que no podían disparar una lluvia de flechas sobre los barcos por temor a lastimarla. Por eso aguardaron a descubrir qué tendría que decir Fuldarr.

—Es mi culpa —le reconoció Sigurd a su padre, que sujetaba el hacha con tanta fuerza que los nudillos se le tornaron blancos—. No la debería haber enviado, debería haber ido yo.

—Sí, es tu culpa, hijo. ¿Cuántas veces te dije que no puedes confiarles cosas importantes a las mujeres? —Su padre señaló los barcos con el hacha—. Mira las consecuencias.

—Me suplicó que le diera responsabilidades. Y siempre consigue lo que quiere.

Randver gruñó al tiempo que una sombra de dolor le atravesaba el rostro. Había estado enfermo durante más de un año. Tenía una enfermedad desconocida que lo carcomía por dentro, y el dolor le quitaba el sueño y le drenaba el cuerpo. Sigurd había estado cumpliendo con el papel de *jarl*. Había comenzado a construir una fortaleza alrededor de la aldea para anticiparse a los ataques. El reino se estaba debilitando; muchos guerreros fuertes se habían marchado porque Sigurd no podía ir a saquear. Había tenido que negociar la paz con Fuldarr, ya que no se encontraban en situación de soportar semejantes ataques. Enviar a Vigdis le había parecido una buena idea: a pesar de que era una mujer, era la hija de un *jarl* y estaba orgullosa de que le hubieran encargado la tarea de un hombre.

—Debería haber sido más estricto con ella —reconoció Randver—. De ese modo, no habría asumido que el mundo le debe nada. Se habría limitado a cumplir con sus deberes, como su madre y como cualquier otra mujer. No deberías haber confiado en ella. —Se volvió a Sigurd—. Nunca confíes en una mujer, hijo.

Las palabras le recordaron a su madre e hicieron que los músculos le dolieran como estremecidos antes de tener fiebre.

Lo que le había ocurrido a Vigdis había sido su culpa. La culpa le colgaba del pecho como una piedra; esperaba no haber enviado a su hermana a la muerte. Si Fuldarr le había tocado tan solo un pelo de la cabeza, Sigurd le arrancaría el corazón y se lo daría de comer a los cerdos.

Los barcos llegaron. Varias decenas de guerreros de Fuldarr los miraban con los ceños fruncidos, pero nadie se movió. En el barco más grande, Sigurd vio al *jarl* Fuldarr con la *brynja* más costosa que había visto en toda su vida, la barba larga trenzada, el cabello oscuro peinado y engrasado y un abrigo de piel de marta sobre los hombros, que lo debía de haber protegido de las noches frías a bordo del barco.

Fuldarr los observaba sin moverse. Sigurd apretó el mango del hacha de batalla listo para atacar o construir un muro de escudos al oír la orden de su padre, pero un movimiento le llamó la

atención y volvió la mirada a la silueta de una mujer que apareció al lado de Fuldarr. Sin dar crédito a lo que veía, parpadeó.

Era Vigdis y estaba sana y salva. Tenía la espalda erguida, el largo cabello dorado oculto debajo de un pañuelo plateado, un indicio de que estaba casada, y el rostro frío de una reina. Llevaba puesto el vestido más hermoso que había visto en la vida, del color de un cálido atardecer de verano, y joyas de una belleza tal que solo había visto en una ocasión cuando saquearon en Francia. Tenía una bufanda de marta cibelina alrededor del cuello. Se veía hermosa, como su madre. Sigurd sintió el dolor de la pérdida de la primera mujer que había traicionado a su familia. Su padre tenía razón, como de costumbre.

—¿Te encuentras bien, Vigdis? —le preguntó Randver.

Su rostro perdió la expresión orgullosa durante un instante efímero y registró culpa.

—Sí, padre.

—En ese caso, veo que tus negociaciones han ido bien —repuso Randver—. Jamás creí que te casarías con nuestro enemigo.

—Fuldarr me ofreció algo que tú jamás me ofrecerías. —Alzó el mentón—. Igualdad de voz y voto en su mesa. Para siempre. Me trata como a una reina, y no como tú has tratado a mi madre. O a mí.

Randver escupió sobre la playa de piedras sin interrumpir el contacto visual con Fuldarr.

—¿Y a qué has venido, Fuldarr? Ahora somos familia, ¿no?

En la playa reinó el silencio. Randver le susurró por lo bajo a Sigurd:

—Le ha contado todo acerca de nuestras defensas. Por eso se casó con ella. Ya sabes qué hacer. Vete.

—¡He venido a reclamar lo que me pertenece! —rugió Fuldarr.

Sigurd le respondió a su padre en voz baja:

—No te dejaré aquí. Nos duplican en números.

Randver se rio, y los ojos celestes le brillaron por primera vez en mucho tiempo.

—Hijo, recibiré agradecido esta muerte. Un arma me quitará la vida y no la enfermedad que me ha tenido agarrado de los testículos como un crío. Odín me recibirá en el Valhalla hoy, y beberé hidromiel con él y con mi padre. Te estaré esperando allí cuando llegue tu momento. Pero no te des prisa.

Lo sujetó del hombro y se lo apretó.

—Ahora, vete. Protege la aldea.

A Sigurd se le cerró la garganta. La traición de su hermana, el enemigo a sus pies y la muerte certera de su padre hicieron que se le subiera la bilis por la garganta. Lo último que quería hacer era abandonar a su padre y a sus mejores guerreros en la primera línea de defensas, pero sabía que Randver tenía razón. La aldea necesitaría a Sigurd para liderar a los guerreros cuando cayera la primera línea.

—Te veré en el Valhalla, padre. —Sigurd le apretó el hombro poderoso a su padre, y se despidieron con un asentimiento de la cabeza mientras se miraron a los ojos por última vez.

Dejó la fila de guerreros mientras comenzaron a moverse bajo el último grito de su padre:

—¡Muro de escudos!

No podía creer que su hermana lo había traicionado luego de cómo la había protegido durante toda la vida. Recordó las palabras de su padre: «Nunca confíes en una mujer, hijo».

Mientras corría hacia la aldea, una lluvia de flechas comenzó a clavarse en el suelo a su alrededor. Sigurd se tocó el colgante con el martillo de Thor que siempre le daba suerte y susurró:

—No lo haré, padre. Te lo prometo...

LEE [LA CAUTIVA DEL VIKINGO](#) ahora!

CONSIGUE UN LIBRO DE MARIAH STONE GRATIS

¡Únete al boletín de noticias de la autora en <https://mariahstone.com/es/> para recibir contenido exclusivo, noticias de nuevos lanzamientos y sorteos, enterarte de libros en descuento y mucho más!

OTRAS OBRAS DE MARIAH STONE

DUQUES Y SECRETOS

Vendida al duque (precuela)

La bella y el duque

La falsa prometida de lord Libertino

Duque por conveniencia

La apuesta de lord Canalla

AL TIEMPO DEL HIGHLANDER (NOVELA ROMÁNTICA HISTÓRICA)

Sineag (precuela)

[La cautiva del highlander](#)

[El secreto de la highlander](#)

[El corazón del highlander](#)

[El amor del highlander](#)

[La navidad del highlander](#)

[El deseo del highlander](#)

[La promesa de la highlander](#)

[La novia del highlander](#)

[El protector de la highlander](#)

[El reclamo del highlander](#)

[El destino del highlander](#)

[Reunión de Navidad](#)

AL TIEMPO DEL VIKINGO (NOVELA ROMÁNTICA HISTÓRICA):

La tentación del vikingo (precuela)

[El deseo del vikingo](#)

[El reclamo del vikingo](#)

[La novia del vikingo](#)

[El amor del vikingo](#)

[La cautiva del vikingo](#)

AL TIEMPO DEL PIRATA:

[El tesoro del pirata](#)

[El placer del pirata](#)

¡Más libros nos esperan en 2024!

¿TE HA GUSTADO EL LIBRO? ¡PUEDES MARCAR LA DIFERENCIA!

Por favor, deja tu opinión sincera sobre el libro.

Aunque me encantaría, no cuento con la capacidad financiera de los editores de Nueva York para publicar anuncios en periódicos o colocar carteles en el metro.

¡Pero tengo algo mucho, mucho más poderoso!

Lectores comprometidos y leales. Si disfrutaste del libro, te estaría enormemente agradecido si pudieras dedicar cinco minutos a dejar una reseña en la página de venta del libro.

¡Muchas gracias!

ACERCA DEL AUTOR

Mariah Stone es una autora superventas de novelas románticas históricas, destacándose por su aclamada serie de regencia *Duques y secretos*, su envolvente serie de romance histórico *Al tiempo del highlander*, y sus cautivadoras novelas de Vikingos, Piratas y Regencia. Con casi un millón de libros vendidos, Mariah narra historias de mujeres valientes que encuentran el amor verdadero con sus almas gemelas a través del tiempo. Sus obras están disponibles a nivel mundial en diversos idiomas y en formatos electrónicos, impresos y de audiolibros.

¡Suscríbete al boletín de Mariah y obtén hoy mismo un libro de romance histórico gratis en <https://mariahstone.com/es/>!

